

Soledad Marambio
Sujetos del deseo

Latin American Literatures in the World

Literaturas Latinoamericanas en el Mundo



Edited by / Editado por
Gesine Müller

Volume 13 / Volumen 13

Soledad Marambio

Sujetos del deseo



Una exploración sobre la traducción amateur en los años del panamericanismo

DE GRUYTER

Published with the support of the University of Bergen

ISBN 978-3-11-074964-9

e-ISBN (PDF) 978-3-11-074998-4

e-ISBN (EPUB) 978-3-11-075010-2

ISSN 2513-0757

e-ISSN 2513-0765

DOI <https://doi.org/10.1515/9783110749984>



This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License. For details go to <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Library of Congress Control Number: 2021941716

Bibliographic information published by the Deutsche Nationalbibliothek

The Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet at <http://dnb.dnb.de>.

© 2021 Soledad Marambio, published by Walter de Gruyter GmbH, Berlin/Boston

This book is published with open access at www.degruyter.com.

Typesetting: Integra Software Services Pvt. Ltd.

Printing and binding: CPI books GmbH, Leck

www.degruyter.com

Agradecimientos

Así como para criar una hija se necesita un pueblo, una tribu, para escribir un libro también. Y este libro (como mi hija, como nuestra familia) ha recorrido varias ciudades y países, ha atravesado pueblos y ha crecido gracias a tantos. A Fernando Degiovanni, Esther Allen y Sylvia Molloy gracias por la inspiración, las lecturas, el conocimiento y la amistad. A Mariano Siskind, por lo mismo y también por su incansable apoyo y junto con él a Ani, Valu y Bruno, por la compañía y por abrirme su casa cuando necesité investigar por sus tierras. A Magdalena Perkowska y José del Valle por todo el apoyo en los años de estudio. A Lina Meruane por sus llamadas a Richmond. A toda la gente querida que hizo de Richmond nuestra casa por unos años: Jenny Pribble, Paolo Tripodi y Antonio, Mariela Méndez, Danny Coudriet y Quin, Karina Vázquez, Jeanette Amaral, Laz Lima, Agustina Levy, Nico Thratcher, Emma y Tommy, Julia Righetti, Felipe Schwartzman, Pedro y David, Harper y Garland, Becca y Carson.

Gracias enormes a mis queridas Mariana Graciano y Claudia Prado, por el aguante constante, el cariño, las llamadas, las camas prestadas. A Vanessa Manko, Isabel Cadenas Cañón, Cristina Colmena, Isabel Baboun por estar siempre cerca. Gracias al grupo de lectura que armamos en la Universidad de Bergen, que nació primero como un grupo de gente querida, amiga, que cada vez se vuelve más tribu: Roxana Sobrino, Ann Cathrin Corrales, Marta Salvá, Tania Espinoza, Kari Soriano, Julián Valle, Ernesto Semán. Gracias a Julieta Marchant y a K.B. Thors por enseñarme en la práctica, tal vez sin saberlo, tanto sobre traducción, trabajo colectivo, deseo amateur. Gracias al colectivo Frank Ocean por dejarme usar dos de sus traducciones para cerrar este libro, esta historia.

Gracias a Eva y a Maite, sanadoras luminosas, guías y compañeras.

Gracias a Simeón Marambio, a quien le hubiera gustado este libro, por haberse quedado en mi corazón. A Mariluz Castro, a Anita y Luz Marambio, por la inspiración y el amor de siempre. Y gracias, sobre todo, a Ernesto y Clara Semán, a quienes dedico este libro. A Semán, por las lecturas constantes, el apoyo, la insistencia, la paciencia y el amor para escuchar una y mil veces sobre traductores, deseo y amateurismo. A Clara, por el amor inmenso y ser la viajera incansable que ahora nos traduce Noruega. Gracias también a Pelusa por llegar a la familia y tenernos siempre corriendo con una sonrisa en la cara.

Contenidos

Agradecimientos — V

Habitantes de los bordes — 1

Sobre los nombres — 6

Nota al pie — 8

¿Por qué este escenario? — 9

Capítulo 1

El primer viaje panamericano — 15

Dependencias imperiales — 19

All Aboard! — 22

Miradas sobre la piel — 27

La lengua — 32

Interregno o el espacio entre tu lengua y la mía — 37

Capítulo 2

Sujetos del deseo: Alice Stone Blackwell y la traducción amateur — 45

“Eros es un verbo” — 50

La construcción de una traductora amateur — 51

Desear traducir — 54

Apuntes sobre un método: traducir para leer — 61

Woman of leisure — 65

El panamericanismo y los profesionales de las letras — 67

La anotadora — 69

Capítulo 3

Isaac Goldberg, profesional del cosmopolitismo roto — 71

Mentes panamericanas — 73

El intento de profesionalizarse: ¿traductor o traditore? — 77

Traductor a trato — 80

Goldberg, el escritor — 83

Traductor panamericano, cosmopolita estadounidense — 85

As Latin America Sees Us — 89

Capítulo 4

La mujer peligrosa y el hombre invisible — 95

De invisibilidades y peligros — 98

Leer con una diferencia — 104

Cuando Latinoamérica no vende — 108

El velo sobre Mistral o el fracaso de una escena de traducción — 112

¿Por qué traducimos? — 121

¿Qué es una buena traducción? — 122

Trabajo intangible — 126

Lo que nos rodea — 127

Coda — 131

Bibliografía — 135

Índice — 143

Habitantes de los bordes

Lo primero que conocí de Anne Carson fue su cara pálida, surcada de arrugas en blanco y negro, recortada contra un fondo radiante, salpicado apenas por puntos que podían ser gente, y bordeado de sombras que podían ser árboles. La fotografía ilustraba un artículo que anunciaba la publicación de *Nox* y recorría algunas claves de la poética de Carson¹. Entre ellas, la presencia del deseo, la triangulación constante –lo que ella llama “a third angle of vision”. Y, también, la traducción. “Translation, the act of renaming, is clearly crucial to Carson’s method of coming to grips with loss”, dice en un momento el artículo, como si dijera que Carson, quien ha enseñado y traducido a los clásicos griegos y del latín, es también una traductora de su propia historia, sus lecturas, pensamientos, dolores y demases. Que los poemas, la prosa que se rompe en las páginas que escribe fueran, también, de algún modo, traducción. Comencé de inmediato a leer a Carson mientras que como inmigrante recién estrenada lidiaba con mis propias pérdidas y con el encuentro de una lengua que no dominaba del todo. Unos años después, mientras cursaba mi doctorado en literatura y cultura latinoamericana, comencé a traducir *The Glass Essay* de Carson. Sin mayor preparación y sin otro motivo aparente que el deseo de acercarme aún más a esa escritura, a esa voz y sus derroteros, como si quisiera leer de una manera más honda, como poniendo un texto bajo la piel. Cuando la traducción estuvo lista me pareció lógico compartirla, publicarla y me aboqué a eso. El libro se editó en Chile, el segundo de Carson que circulaba allá. No recibí dinero por la traducción, pero fui feliz. De pronto, me había vuelto traductora y amateur. Una entre tantas y tantos.

En 2016 Deborah Smith ganó junto a la autora coreana Hang Kang el Man Booker International Prize por *The Vegetarian*. Por primera vez el premio se entregaba a un autor de una obra de ficción específica y, por primera vez también, se repartía entre una autora y su traductora al inglés². Smith y Hang Kang se llevaban cada una 25 mil dólares y con eso Smith hacía historia, una marginal, como la traducción misma, que ocupa en el imaginario general el lugar de equilibrista en los bordes del mundo literario³. Con la precariedad del equilibrista

1 “The Unfolding”, de Meghan O’Rourke fue publicado en *The New Yorker* en 2010.

2 Entre 2005 y 2015 el premio se entregó cada dos años a un autor o una autora por toda su obra publicada –escrita en inglés o mayormente traducida a esta lengua–, un reconocimiento a la trayectoria.

3 Se ha criticado la traducción de Smith por tomar ‘demasiadas libertades’ con el original. La idea de la libertad para con el original es una que exploraremos en este libro. Sobre el caso específico de Smith ver, por ejemplo, Armitstead (2018) y Fan (2018).

en mente, Smith, saludó al premio como un gran reconocimiento y como un cambio enorme en la vida de los traductores premiados. Lo del cambio enorme se refería específicamente al hecho de recibir dinero –y tanto dinero– por el trabajo de traductora, ya que en el Reino Unido los traductores literarios reciben por hora bastante menos que el sueldo mínimo⁴. La realidad en otras partes del mundo no es mejor. Por ejemplo, detengámonos un segundo en Megan McDowell, traductora estadounidense quien a comienzos de 2017 fue finalista del Man Booker International Prize junto a Samantha Schwebelin, y quien se ha convertido en una de las traductoras del español, sobre todo de literatura latinoamericana, más prolíficas y visibles de los últimos años. McDowell vive desde hace unos años en Chile y por mucho tiempo se pasó la mayor parte de sus días traduciendo para un banco de inversiones para poder traducir literatura durante las noches, o cuando pudiera. Dos trabajos entonces, uno para la subsistencia, y el otro, ¿para qué? Un artículo sobre McDowell publicado en *LitHub* recoge esa misma pregunta⁵:

As a freelance literary translator –and *there's no other kind*– McDowell's catalog demonstrates her power as a *curative force*, as well as the *precarious nature of her work*. Of her last eight books, each one has been published with a different press, and you can find McDowell's name on only two of those covers. Even when she's working with great writers and great presses, *the compensation is minimal*– in some cases close to nonexistent... “I'm not a translator for the fame or the money.” She hesitates. “I guess then the question is *why am I a translator?*”. (el énfasis es mío, MacNamara 2017)

Esa misma pregunta recorre todo este libro, ¿por qué un traductor traduce? Y esa pregunta arrastra consigo a otras: ¿Quién es, entonces, un traductor? ¿Por qué trabaja sin pensar en la recompensa? ¿Por qué se prepara, se entrega, se absorbe en una actividad que no le dejará ni reconocimiento ni dinero? Podemos anticipar que habrá muchas respuestas para tantas preguntas. Una podría ser que se traduce para compartir la belleza de lo leído en otra lengua, como dijo la traductora Lina Protopapa en un artículo, el mismo donde Jennifer Croft explicó que para ella la traducción era una gran manera de dar prioridad a las voces marginadas de autoras mujeres y donde Marilyn Booth contó que había comenzado a traducir motivada por la frustración que le producía la falta de circulación en inglés de la obra de mujeres árabes⁶. Frustraciones, luchas, compartir belleza. En el fondo de esas respuestas, deseo, deseo, deseo: de dar voz, de diseminar algo que se piensa vale la pena. La pregunta por el deseo del tra-

4 Ver Smith (2017).

5 McDowell dejó hace poco el trabajo en el banco y declaró “I'm poorer but more-well rested”. Ver (“Ac·Cent·Tchu·Ate the Intertextuality: Interview!” 2019).

6 Ver Goyal (2019).

ductor también recorre estas páginas y también la pregunta sobre cómo ese deseo se relaciona con el material de la traducción, con el diálogo que se establece a través de ella, con la precariedad de la labor, con la independencia del traductor que se sitúa al margen de instituciones y su importancia para el mercado literario y para el campo cultural. McDowell es un ejemplo de la traductora como curadora de trabajos que de otra manera no llegarían a tierras extranjeras, trabajadora creativa que no recibe paga por interpretar textos, por llevarlos, así, interpretados, de una lengua a otra, convertidos en libros, bienes culturales que se transan en el mercado. ¿Qué clase de trabajo es ese que produce bienes, pero no remuneración? Es el trabajo de un amateur, de alguien que ama, si nos atenemos a la raíz etimológica de la palabra y si dejamos de lado la carga negativa que el término “amateur” ha ido adquiriendo con el paso del tiempo desde sus primeros usos en el siglo XVIII hasta la actualidad.

Uno de los propósitos de este libro es sumarse al trabajo de rescate de la figura del amateur, hacer su elogio –en este caso desde el campo de la traducción– y ponderar su libertad de movimiento, su pasión, su preparación, pero también reflexionar sobre la precariedad de su condición, siempre marginal. Recientemente algunos intelectuales y académicos han propuesto una mirada que salva al amateur de las apreciaciones peyorativas que lo presentan como un sujeto poco preparado, poco hábil y que no toma con seriedad su afición. En ese sentido, mi estudio se suma al trabajo reciente de intelectuales como Bernard Stiegler, Paloma Duong, Saikat Majumdar, Marjorie Garber y al hecho en los años 70 por Robert Stebbins. Si hablo de amateurs cuando hablo de traductores es porque propongo como uno de los argumentos centrales de este estudio la idea de que todo traductor literario es un amateur (y no solo un trabajador *freelance* como decía más arriba MacNamara), es decir, alguien que destina sus recursos y su tiempo libre –el no dedicado a un trabajo remunerado– a otro trabajo del que no depende su subsistencia y al que se encuentra ligado por el deseo, el amor. Es ese deseo el que lo impulsa, el que pone en movimiento el proceso que lleva a la traducción y es ese mismo deseo el que lo mantiene en movimiento a pesar de la precariedad económica del trabajo. Es, entonces, el deseo de la traductora, del traductor, el que pone en movimiento ciertos materiales, bienes culturales, que de otro modo no tendrían la posibilidad de un recorrido. Por todo esto, nos preguntaremos a lo largo del libro quién es un traductor, por qué traduce, y también nos preguntaremos qué es lo que desea o que está detrás de su deseo. Además, exploraremos su contexto porque un traductor es un agente cultural que crea trayectorias –de bienes, de relaciones intelectuales, culturales, lingüísticas– que no se dan en el vacío sino dentro de ciertos contextos históricos, políticos, económicos y culturales y en un territorio que, por definición, cubre distintos países, lenguas y culturas.

En este trabajo, mi mirada se detiene en un escenario de traducción específico, el del principio de la relación traductora entre Estados Unidos y Latinoamérica a comienzos del siglo XX, y es desde allí que planteo, una vez más, las preguntas que hasta hoy se hacen los traductores como McDowell, Smith y tantos otros. Tal como hace Sherry Simon en su trabajo sobre ciudades construidas en torno a la traducción, busco en una narrativa que se desenvuelve en un escenario específico el porqué de esta, ya que como dice Naoimi Seidman, la traducción “cannot be separated from the material, political, cultural or historical circumstances of its production . . . in fact represents an unfolding of these conditions” (Simon 2013: 8). Además de este escenario de traducción puntual, para explorar los porqués de la traducción y el rol del amateurismo en su práctica, he elegido seguir las trayectorias y el trabajo de dos traductores estadounidenses, Alice Stone Blackwell e Isaac Goldberg. Sin actores específicos es muy difícil analizar el escenario de traducción que aquí me ocupa y como este libro es, sobre todo, una exploración sobre la naturaleza del traductor, me detengo en estos dos traductores que estuvieron entre los primeros en traducir literatura latinoamericana para audiencias estadounidenses. Luego de presentarlos, de empezar a conocerlos, volveré al escenario –al tiempo y el lugar y a las condiciones culturales y políticas– que recorre este libro para entender por dónde nos moveremos en las páginas que siguen.

Blackwell (Orange, NJ 1857-Cambridge, MA 1950) fue sufragista, editora del *Woman's Journal* por más de tres décadas, y, antes de concentrarse en el español, reconocida traductora al inglés del ruso, ídich y armenio. A pesar de que no hablaba ni leía en ninguno de estos últimos idiomas, Blackwell, graduada del Boston College, produjo antologías poéticas o libros de poesía en cada uno de ellos, motivada por sus simpatías políticas y humanitarias. Su método consistía en pedirles a nativos en la lengua a traducir que hicieran una primera versión en inglés de los textos, sobre la cual ella versificaba. Con el español, sin embargo, siguió un camino distinto y después de versificar sobre algunas traducciones de otros, decidió aprender el idioma. Para su formación autodidacta se valió de leer enormes cantidades de poesía con la ayuda de un diccionario, así traducía los poemas que más le gustaban y convirtió su práctica en aprendizaje. Según decía, trabajaba en sus traducciones por placer y solo en los momentos libres de su “very busy life”, es decir, una amateur en todo el sentido de la palabra si pensamos en los orígenes de esta misma. A lo largo de tres décadas, Blackwell acumuló una enorme cantidad de material que reunido dio forma a su extensa colección de poesía latinoamericana traducida al inglés, su *Some Spanish-American Poets*, publicada en 1929 y reeditada cinco veces desde entonces.

Goldberg (Boston, MA 1887-Brookline, MA 1938) también se movía entre varias lenguas. Aprendió ídich en casa y español, francés, portugués, italiano y otros idiomas en la universidad, porque a diferencia de Blackwell, Goldberg, quien obtuvo

un doctorado en lenguas romances en Harvard en 1912, se formó como profesional de las letras. Sin embargo, al igual que Blackwell, circulaba por fuera de la academia. En cuanto terminó sus estudios, Goldberg se dio cuenta de que no estaba hecho para ser profesor y durante la Primera Guerra comenzó a escribir artículos sobre literatura latinoamericana, teatro y música. Poco después empezó su carrera de traductor –que fue intensa, prolífica, breve–, intentando ganarse la vida con la práctica, volverla profesión. Entre los libros que produjo en ese tiempo se destacan *Brazilian Tales* (1921) y un estudio sobre los modernistas latinoamericanos llamado *Studies in Spanish-American Literature* (1920). Blackwell y Goldberg pertenecían a la intelectualidad bostoniana y los dos tenían conexiones con el departamento de lenguas romances de Harvard, fuertemente vinculado con las ideas del panamericanismo, el movimiento que les serviría como telón de fondo y que influiría de manera directa en sus prácticas de traducción y en sus modos de acercarse a Latinoamérica, su gente, su literatura.

Los años del panamericanismo definen, entonces, el marco histórico en el que se desarrolla el trabajo de Blackwell y Goldberg. Definir a su vez el panamericanismo es un asunto complejo porque su naturaleza es “esquiva” como dice David Sheinin, quien lo explica de la siguiente manera:

At its simplest (Pan Americanism) defines a movement started in the 1880s by diplomats, business leaders and politicians from many countries. Spearheaded principally by the United States, Pan Americanism was meant to organize the Western Hemispheric republics into an international cooperative body (Sheinin 2000: 1).

Así mismo lo resumen otros, como Mark T. Berger o Ricardo Salvatore, para luego, invariablemente, mencionar su doblez, lo que se esconde detrás de esa proclamada idea de cooperación internacional⁷. Para poner este doblez en las palabras de Sheinin: “Pan Americanism has always been U.S. led, the friendly face of U.S. dominance in the hemisphere” (Sheinin 2000: 1). Esta idea de dominación, el intento de Estados Unidos por instalar su liderazgo y su hegemonía económica y política en la región, se va a reflejar inequívocamente en el escenario de traducción que exploro aquí. La propuesta del panamericanismo creó la necesidad de saber más sobre Latinoamérica, sobre sus habitantes, culturas e historias. Lo que se conocía sobre la región para fines del siglo XIX y comienzos del XX era poco, vago, insuficiente para ser la base desde la que se construyera un organismo de cooperación regional. Por lo mismo, pronto la necesidad de saber más llevó a los actores políticos y económicos del panamericanismo a aliarse con ciertos miembros de la academia estadounidense embarcados en la recolección de conocimiento sobre la región. Como señala Ricardo Salvatore,

⁷ Ver Berger (1995) y Salvatore (2016).

“enhanced knowledge, the argument ran, would generate greater mutual trust in Inter-American Relations” (Salvatore 2016: 1). Es en este entorno de búsqueda de conocimiento que Blackwell y Goldberg intentaban acercar la literatura latinoamericana a los lectores de Estados Unidos. Como veremos, estos traductores se relacionaron de maneras distintas con el panamericanismo y sus propuestas, resistiendo, anotando, corrigiendo o colaborando, pero siempre articulando su ser traductor en relación a los marcos establecidos por el proyecto panamericano. Explorando estas formas de relacionarse con él, ahondaremos en otro punto central de esta investigación: ver de qué manera la naturaleza amateur de la traducción literaria entra en tensión con proyectos hegemónicos como el panamericanismo y cómo en esas tensiones se van iluminando ciertas características esenciales de la práctica.

Sobre los nombres

Los márgenes por los que circula una traductora o un traductor van más allá de los planteados en esta discusión específica sobre el panamericanismo. Los bordes sobre los que hace equilibrio la traducción son múltiples. La traductora se encuentra en los márgenes del campo literario, a la sombra del autor, muchas veces fuera de las tapas de los libros y apenas remunerada por su trabajo, es decir, también, en los bordes del sistema de producción capitalista en el que nos movemos. En 2019, Matthew Reynolds, profesor de la Universidad de Oxford, presentó un enorme proyecto colaborativo de traducción llamado *Prismatic Jane Eyre*. El proyecto explora la relación entre *Jane Eyre*, la novela de Charlotte Brönte publicada en 1847, y sus cientos de traducciones producidas y publicadas en el mundo en los casi dos siglos que han transcurrido desde su aparición⁸. Es decir, entre *Jane Eyre* y las cientos de Jane Eyre que han recorrido el mundo, desde Chile hasta China, pasando por casi todos los rincones del mapa. Uno de los objetivos de este proyecto es resaltar la figura del traductor, buscarla, encontrarla, sacarla a la luz, pero los investigadores se han topado con el problema de la *desaparición* del traductor, en este caso, con la de muchos de los cientos de traductores de la novela de Brönte. Reynolds explica que en gran parte de las 594 traducciones de *Jane Eyre* que han conseguido rastrear, “usually all that is known of a

⁸ Ver Chau (2020) y el sitio web del proyecto *Prismatic Jane Eyre*, que culminará con un libro con los resultados de la investigación que involucra a decenas de académicos y traductores. El libro incluirá la lista total de traducciones de *Jane Eyre*, más análisis y ensayos surgidos del proceso de investigación.

translator is a name and often not even that –about 15 per cent of the translators are anonymous, and an unknown number are pseudonymous” (Chau 2020).

A veces, los traductores son solo iniciales. Como León de Sanctis, el traductor de “Nota al pie”, el cuento de Rodolfo Walsh en el que la carta que un traductor suicida deja al editor con quien trabajó toda su vida pasa de ser una nota al pie del relato de su muerte a tomarse la página entera del cuento. L.D.S. Así, dice el cuento, aparece el nombre del traductor en su primer libro traducido, en ese y en decenas más, hasta que gana, por tiempo y dedicación, que la editorial le “conceda” poner su nombre completo en algún rincón interior del libro traducido. Para entonces ya es casi demasiado tarde. El traductor, autodidacta, que se enseña inglés a sí mismo con diccionarios y paciencia, cansado del trabajo excesivo y la poca paga se va desilusionando de su trabajo, mientras pasa hambre, frío. En un momento clave del relato debe empeñar su máquina de escribir para poder seguir viviendo. Ya no puede traducir, ha perdido su herramienta y también el deseo, la pasión o el amor, si se quiere, por la traducción. El motor que mueve a su ser amateur se ha roto. Él, que pasó de ser un mecánico de autos a ser un traductor, a pensarse con orgullo como parte de una clase intelectual que finalmente lo desprecia y lo mantiene al margen y en la pobreza, se da cuenta de que ya no puede seguir. Y escribe su carta, donde explica a su editor sus miserias, sin culparlo, aunque detalla cada mal pago, cada trabajo explotador que se le ha encargado, para finalmente suicidarse. Solo entonces, hacia el final de su carta, del relato de su miseria, la nota al pie que es la voz del traductor se toma toda la página, crece en itálicas hasta llenar todo el marco. Sin embargo, este sujeto de los márgenes ha hecho crecer y no desaparecer el borde en el que siempre se ha movido. Ni siquiera su muerte lo saca de ahí porque antes de que se tome el espacio de la página, leemos que tanto el editor como el policía que toma los datos del incidente están listos para seguir en lo suyo, para dar vuelta la página y olvidarse de esa enorme nota al pie. Si bien no todos los traductores tienen finales trágicos, la condición de habitantes de los bordes siempre está presente, de un modo u otro.

Tanto Blackwell como Goldberg, los protagonistas de esta historia, tienen sus propias marginalidades, de género, de raza, de activismo político, pero es precisamente en su lugar marginal que encuentran la libertad para articular su propuesta traductora. Es desde los bordes y desde las condiciones que presenta el panamericanismo que logran pensar un territorio común con las mentes latinoamericanas letradas de su época, una idea que resuena con la noción de cosmopolitismo pensada por el filósofo cínico Diógenes quien creía en la existencia de una ciudad, una comunidad moral definida por la compatibilidad mental y no

por la vecindad geográfica.⁹ Estos traductores –una amateur, el otro devenido profesional, ambos marginales–, son también cosmopolitas, agentes culturales que trabajan por su idea de mundo desde el borde, tal como lo hacen los escritores latinoamericanos que estudia Mariano Siskind, quienes ven desde su propia orilla –Latinoamérica, lejos del “mundo”– que la modernidad transcurre fuera de su alcance¹⁰. Así como para ellos el cosmopolitismo puede entenderse como un discurso imaginario que va contra la estructura hegemónica que los deja al margen, Goldberg y Blackwell, desde su paradójico lugar en las orillas del centro geopolítico, conviven en un cosmopolitismo que podemos pensar como un territorio intangible al que intentan incorporar a otros, a los latinoamericanos, y hacerlos habitantes también de una ciudad inmaterial como la que había imaginado Diógenes. Una tarea titánica. Por lo mismo, va aquí el rescate de sus nombres, de su empeño, de algo de su historia traductora.

Nota al pie

Esto no es una nota al pie, pero sí una nota en medio de estas reflexiones para plantear acá de qué hablamos cuando hablamos de traducción en este libro. Si bien hay aristas, detalles, especificidades que se irán agregando a lo que entiendo por traducción a medida que avanzamos, comienzo aquí adhiriendo a la idea de Lawrence Venuti de entender la traducción desde un modelo hermenéutico, es decir, como una práctica interpretativa que es al mismo tiempo lingüística y cultural y que transforma un texto inicial –y al mismo tiempo crea un texto otro– de acuerdo a los intereses y particularidades de la cultura que lo recibirá traducido (Venuti 2019: 8, 18). Y sumo a esto las ideas sobre traducción que sostiene el Oxford Comparative Criticism and Translation Research Centre (desde donde se desarrolla *Prismatic Jane Eyre*): “Translation is creative, not mechanical; it is a matter of growth as much as, or more than, loss. Translators are writers. Languages are not separate boxes but are rather intermingled areas on the ever-shifting continuum of language variation” (Chau 2020). Allí, entre una definición y otra, entre esos grupos de ideas y declaraciones sobre la traducción, se encuentra el deseo, triangulando, creando tensión entre una lengua y otra, entre culturas, entre lector y traductor.

Si llamo a este apartado “Nota al pie”, igual que el cuento de Rodolfo Walsh, es porque es cierto que ese es el lugar, si acaso, que se les suele otorgar

⁹ Ver Cronin (2006: 7).

¹⁰ Ver Siskind (2014).

a traductoras y traductores, a la traducción en general: el borde, el margen, casi fuera de la página. Este margen del que parecen pender los traductores también ha incluido una lectura de género hecha una y otra vez sobre la traducción y su relación con el resto de los géneros literarios. Como veremos más adelante, históricamente se ha hablado de la traducción feminizándola, otorgándole características con las que también se ha puesto a la mujer, una y otra vez, al margen. Es así como encontramos a la traducción descrita o presentada como la contracara débil, sumisa, sometida, de un texto original al que supuestamente no puede alcanzar, sino solo imitar¹¹. En este libro quiero desafiar esa mirada. También quiero criticarla y corregirla y para eso coloco a la traductora, al traductor y a la traducción en el centro de mis páginas y de un trozo de historia. Pero el centro de esta página que presento sigue estando en los bordes porque quiero pensar también ese espacio marginal que ocupan traductores y traducción como un lugar de resistencia e intervención, un aviso, también, de que ahí se está, presente, en el texto que llena la página, ese texto en traducción que es un original nacido de otro modulado en una lengua extranjera que se ha hecho, gracias a la escritura y a la lectura, propio.

¿Por qué este escenario?

Antes de las guerras por la independencia en América Latina, como ha sido estudiado, ya existía contacto entre un joven Estados Unidos y las que pronto serían las repúblicas independientes del sur, ansiosas de sacudirse de encima el yugo colonial. John T. Reid cuenta que hay evidencia de que la mayoría de los líderes de los procesos de independencia latinoamericanos habían leído la Constitución de los Estados Unidos, la Declaración de Independencia, algunos trabajos de Thomas Paine y algunos de los discursos presidenciales más famosos del país. Reid dice, citando al historiador chileno Barros Arana, que muchos de los criollos habrían tenido copias de estos textos traducidos al francés. Esta última era la lengua extranjera de más prestigio y popularidad entre las mentes ilustradas de Latinoamérica de fines del siglo XVIII, mientras el inglés tenía algunos poquísimos lectores que se encargaban de difundir esas ideas¹². Dice Reid:

¹¹ Ver capítulo cuatro y la crítica al estilo de traducción de Blackwell.

¹² El estatus del francés cambiará más cerca de la Primera Guerra Mundial, cuando el inglés comience a ser visto como la lengua extranjera que presenta más ventajas, como veremos en el capítulo 2. Sobre las lecturas políticas en Latinoamérica alrededor de las guerras de independencia ver: Subercaseaux (2010) y Reid (1977).

Some of these (texts) were translated in books and periodicals published in South America; others were published in the United States in Spanish translation by Spanish Americans temporarily resident there ... It is probable that some North American merchants and whalers visiting ports in South America carried with them copies of the basic documents and state papers of their homeland (Reid 1977: 10).

Estos tiempos de independencia, de los primeros contactos entre Estados Unidos y lo que sería Latinoamérica, eran tiempos de textos políticos, de traducciones escasas pero vitales, de poco conocimiento de la otra lengua extranjera. Estos primeros contactos estaban atravesados por el deseo de alejarse de la Europa colonizadora, de mantenerla al margen. Un espíritu similar alimentará unas décadas después, en 1823, a la doctrina Monroe. Con ella, Estados Unidos, que ya comenzaba a pensar en la importancia de Centro América para su propio comercio interno costa a costa, instaba a los poderes europeos –especialmente a Gran Bretaña, por ese entonces el país con mayor influencia política y económica en la región– a respetar la independencia de los países latinoamericanos¹³. No sería hasta 1868 que se publicaría en Estados Unidos, en traducción al inglés, un libro escrito en español en una república independiente de Latinoamérica. Los años entre la instauración de la doctrina Monroe y la publicación del *Facundo*, de Sarmiento, rebautizado en la traducción de Mary Mann como *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants; or Civilization and Barbarism*, fueron años de intervención estadounidense en los países latinoamericanos más cercanos a sus fronteras. Entre 1846 y 1848 se llevó a cabo la guerra contra México que terminó con la anexión estadounidense del 30 por ciento del país vecino y, a partir de la década de 1850, diversas incursiones de filibusteros se abrieron paso en América Central y el Caribe. Estas últimas incluyeron la toma de Nicaragua por William Walker, que tuvo el breve beneplácito de Washington y las varias expediciones a Cuba, todas fracasadas, de Narciso López. Después, a fines de 1860, con Estados Unidos ya delineándose como el futuro poder industrial y económico que sería para fines de siglo, llegó la traducción del *Facundo*, que todavía tendría el peso del texto político, ya que Mary Mann lo traduciría pensando en ayudar a Sarmiento en su carrera como candidato a la presidencia argentina¹⁴. Es poco antes, en la década de 1840 para ser más precisos, que las elites criollas comienzan a hablar de Latinoamérica por primera vez, adoptando el nombre acuñado en Francia¹⁵.

13 Ver Berger (1995).

14 Para más sobre la traducción del *Facundo* por Mary Mann ver la introducción de la traductora Kathleen Ross en Sarmiento (2004) y el ensayo de Esther Allen en Allen y Bernofsky (2013).

15 Para más sobre el origen del nombre de Latinoamérica y sobre su adopción por las elites criollas latinoamericanas, ver Gobat (2013).

Toman el nombre no para constituirse como unidad geográfica sino como comunidad cultural, como identidad política, y para diferenciarse de Estados Unidos y marcar un límite a sus ansias expansionistas.

La indiferencia de Estados Unidos para con la cultura de América Latina no vendría a menguar hasta fines del siglo XIX y comienzos del XX, es decir, hasta la formulación del panamericanismo y su promoción de la necesidad de conocer a los “vecinos”¹⁶. Por eso mi mirada se posa sobre este marco de tiempo, en este contexto histórico, porque es aquí donde comienza a articularse la relación traductora, tan compleja, esquivada, entre Estados Unidos y Latinoamérica, la misma que irá cambiando, afinándose, a través del tiempo y de marcos de acción delineados por procesos políticos globales o regionales como la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, la Política del Buen Vecino –punto cúlmine del panamericanismo–, la Guerra Fría, el neoliberalismo globalizado. Esta es entonces una mirada a las fundaciones, a los comienzos de una relación que, aunque pide cosas específicas a la traducción y a los traductores, ya trae inscritas las preguntas que se siguen haciendo hoy tantos traductores literarios, y no solo los que trabajan entre el inglés y el español. Es decir, en esta escena de traducción específica se busca una respuesta amplia, una forma de conocer y reconocer el trabajo de los traductores literarios en general, y así discernir su valor, hacerlo visible.

Antes de revisar brevemente los contenidos de los capítulos de este libro, quisiera decir que si aquí hablo de Latinoamérica como una entidad medianamente homogénea es porque sigo la mirada que se tenía sobre ella desde Estados Unidos en la época que trato. Para comienzos del siglo XX se pensaba la región en dos bloques: Centro América, México y el Caribe, por un lado y, por otro, América del Sur. Dice Ricardo Salvatore que la primera zona era considerada más inestable política y socialmente, lo que sumado a la cercanía geográfica la hacía más susceptible de intervenciones armadas. El sur, en cambio, era considerado como una tierra de repúblicas más estables, entre las que destacaban los llamados “ABC countries”, Argentina, Brasil y Chile, que presentaban también un constante nivel de progreso económico. Si aquí no considero el caso de la relación traductora de Estados Unidos con la literatura brasileña, de la que Isaac Goldberg fue precursor, es porque baso mi estudio en el trabajo conjunto que hizo este con Blackwell, buscando así en su colaboración en torno al español un terreno común para los dos. Otra razón para no ahondar en este terreno es personal, tiene que ver con mi inte-

16 Durante estos años previos a 1890 en Estados Unidos se produjo una cantidad significativa de libros escritos en español y traducidos al español, muchas veces por exiliados latinoamericanos como el puertorriqueño José María de Hostos o el cubano José Martí. Estos libros se mandaban por barco a las repúblicas del sur. (Ver Allen y Bernofsky 2013).

rés y conocimiento sobre la circulación de textos entre Estados Unidos y la Latinoamérica que habla español y porque prefiero dejar el vínculo con Brasil en manos más expertas.

En el primer capítulo de este trabajo reviso la historia de un viaje en tren que emprendieron los delegados latinoamericanos invitados a Washington para asistir a la reunión que luego sería conocida como el Primer Congreso Panamericano (octubre de 1888 – abril 1889). A partir del análisis de artículos publicados en su momento por *The Chicago Tribune* y *El Avisador Hispano-Americano* leo este viaje de seis mil millas por partes del norte industrial de Estados Unidos y establezco el marco en el que se moverán las prácticas de traducción de Blackwell y Goldberg, es decir el panamericanismo y sus propuestas, las que plantearán demandas específicas a la traducción. Aquí planteo también que el panamericanismo comienza con problemas de traducción, los que van desde el origen mismo del nombre del movimiento hasta ese viaje inaugural en el que no hay traductores ni intérpretes. Además, se exploran las ideas de raza y las jerarquías entre las lenguas y las culturas que entrarán en juego en esta relación traductora que estudiamos.

Entre el primer y el segundo capítulo hago una breve anotación, una pausa, para analizar cómo y por qué el interés por América Latina y todo lo que venga de la región alcanza un punto álgido con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Acá observo y exploro cómo cambia la popularidad del español como lengua en el Estados Unidos de la época y cómo comienza la acumulación de conocimiento sobre la región que exigen las ideas detrás del movimiento panamericano.

El segundo capítulo está dedicado a Alice Stone Blackwell, las particularidades de su práctica de traducción y su compleja relación con el panamericanismo, alrededor del cual se movía siempre con una mirada crítica. También aquí recorro la genealogía del término “amateur” y la relación de este con el deseo y la pasión, tal como lo hizo antes Bernard Stiegler. Busco así aliviar al concepto de toda la carga negativa acumulada en su larga confrontación con la idea del “profesional” y destacando su papel como engranaje indispensable en el proceso de circulación de bienes materiales, tal como lo plantea Robert Stebbins. Aquí se presenta una de las propuestas centrales de este trabajo, la idea de que todo traductor literario es un amateur movido por el deseo y el amor y, además y por ser amateur, un sujeto de los bordes. Estas características le permiten moverse alrededor de instituciones – académicas, políticas, editoriales– con cierta libertad, la que a su vez le da espacio para resistir, corregir o comentar un orden determinado de cosas, una estructura hegemónica, un desequilibrio de poder entre lenguas y culturas. Blackwell, en este trabajo, representa el epítome del traductor amateur y de la capacidad de resistencia y comentario que encierra su naturaleza.

En el capítulo 3 se revisa la figura de Isaac Goldberg y su propia práctica de traducción, que emprende desde su formación de profesional de las letras –de las latinoamericanas en particular– de la academia estadounidense de comienzos del siglo XX. Exploro su relación con la literatura y las lenguas latinoamericanas, conformada bajo los preceptos del panamericanismo, especialmente bajo el del mandato de búsqueda de conocimiento, y que, por lo tanto, adquiere un carácter instrumental. La traducción de Goldberg, el contexto que arma en torno a ella, está pensada para explicar América Latina, para conocerla desde la mente y no desde el alma, como propondrá Blackwell. Por lo mismo, la traducción de Goldberg –la hecha con estos propósitos panamericanos– se leerá como más transparente que la traducción de Blackwell, tan marcada por su propio gusto y persona.

En el capítulo 4 vuelvo a la idea del cosmopolitismo como uno de los territorios comunes entre Blackwell y Goldberg, probablemente el que mayor incidencia tuvo en las colaboraciones que emprenden este par de traductores separados por la diferencia generacional, de prácticas y formaciones. Aquí también reviso la diferencia en las estrategias de traducción de uno y otro, analizando una crítica aparecida en la revista *Poetry* sobre *Studies in Spanish-American Literature* de Goldberg, que compara los estilos de traducción de Blackwell y Goldberg y, al mismo tiempo, define y alaba la invisibilidad del traductor, que tan bien conceptualizará y criticará Lawrence Venuti. Aquí también cuestiono la feminización de la traducción en relación con otros géneros literarios, la forma en que se le han atribuido rasgos supuestamente femeninos para desvirtuarla y marcarla como un género del margen. También cuestiono la permanente exigencia de fidelidad que se le hace a la traducción y vuelvo, una vez más, sobre el papel del deseo traductor. Cierro este capítulo y este libro con la descripción y análisis de dos momentos fallidos de este escenario de traducción. Primero, el momento en que Blackwell intenta infructuosamente conseguir editorial para su *Some Spanish-American Poets*, que termina pagando de su bolsillo en 1929 y, luego, los intentos de una Nobel, Gabriela Mistral, antigua y fiel amiga de Blackwell, por ver un libro de su autoría publicado en traducción al inglés. A través de estos dos fracasos exploraré las oscilaciones del interés de Estados Unidos por la literatura latinoamericana y las exigencias de traducciones transparentes y útiles que se desprendía de las ideas del panamericanismo. Veremos cómo estos requisitos panamericanos influyen en la menor presencia de traducciones de poesía en relación a una mayor presencia de novelas y cómo esto mismo hace que trabajos como el de Blackwell se presenten como vehículos de crítica y resistencia a los planteos del movimiento.

No arruina el final de esta historia el contar aquí que los intentos de Blackwell y Goldberg por acercar a Estados Unidos y Latinoamérica a través de la traducción se desmoronan sobre los restos del panamericanismo, que desapareció, fracasado,

engullido por el reordenamiento geopolítico que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en el intento está la riqueza, ahí es donde se encuentran las complejidades del traductor, del amateur, de las relaciones culturales, intelectuales, que atraviesan lenguas y naciones. Allí también la posibilidad de comenzar a entender la relación traductora entre Estados Unidos y “Latinoamérica”, así, toda, como una región cuya unidad siempre ha flotado utópica, o políticamente construida, sobre nuestra forma de entender la región. Sobre todo, también en este intento se encuentran las posibles respuestas a la pregunta de McDowell que se recoge al comienzo de esta introducción, la misma que tantos se siguen haciendo a pesar del cambio de escenarios, de contextos: ¿Por qué traducimos?

Capítulo 1

El primer viaje panamericano

Durante la primera mitad del siglo diecinueve Estados Unidos se dedicó a mirar hacia dentro, a explorar su territorio y a desarrollar su economía. Hacia mediados de siglo el país ya alcanzaba los límites de sus propias fronteras, dándose cuenta de que el proceso de expansión debía volverse otro. Entonces la mirada estadounidense se posó sobre la frontera con México y vino la guerra (1846–1848) que terminó con el 30 por ciento del país latinoamericano siendo anexado por Estados Unidos. Alrededor de los mismos años, grupos de filibusteros incursionaban en Centro América y el Caribe, pero, oficialmente, la mirada sobre América Latina como región era una de simpatía desapegada, sin intenciones de mayores relaciones ni culturales ni económicas. Esto cambió alrededor de 1880, cuando Estados Unidos se vio excedido por su propia producción durante la recesión que lo golpeó entre 1882 y 1885. América Latina comenzó entonces a configurarse como una posibilidad para resolver lucrativamente el problema de la sobreproducción. Es decir, pasó a ser vista como un territorio a conquistar económicamente y en el cual descargar el exceso de la industrialización. Para estos años, la elite latinoamericana ya se había apropiado del término “Latinoamérica” para nombrar a la región, usando el concepto acuñado en Francia, para acercarse más al país europeo y marcar distancia con Estados Unidos, con esa América del Norte a la que veía con demasiadas ansias de avanzar hacia el sur¹. La visión de Latinoamérica como mercados hacia los que expandirse está definitivamente presente ya para 1881, cuando el entonces secretario de Estado, James G. Blaine, se inspiró en la doctrina Monroe para imaginar una conferencia de Estados americanos con el fin de discutir disputas territoriales entre México y Guatemala, y Chile y Perú². Blaine veía a Estados Unidos como árbitro, como guía, pero no solo de esos conflictos en particular sino de todo el hemisferio. Joseph Smith cuenta en “The First Conference of American States” que Blaine:

1 Ver Gobat (2013).

2 La llamada doctrina Monroe, de 1823, proclamaba que desde ese minuto el hemisferio occidental no sería considerado “as subjects for future colonization by any European power” y que cualquier asomo de imperialismo europeo en la región sería considerado una amenaza a la paz y seguridad de la región. No obstante, no sería hasta fines del siglo XIX que Estados Unidos tendría el suficiente poder militar para hacer respetar la doctrina con la que reclamaba su influencia en el hemisferio. Para más sobre esto ver Nester (2013).

Insisted that the conference might have fostered a closer relationship between the United States and Latin America and allowed a chance for the United States to exert a “moral influence” that would be “beneficent and far-reaching” in promoting peace and civilization throughout the hemisphere (Smith 2000: 21).

La conferencia de 1881 no prosperó³, pero con su propuesta Blaine se ungió como el gran promotor del panamericanismo, presentado entonces como el llamado a la unión y cooperación de los países del hemisferio, pero que, como ya se planteó en la introducción de este libro, entiendo aquí como el movimiento que nace a fines del siglo diecinueve en el seno de un Estados Unidos que busca expandir su influencia económica y política hacia Latinoamérica. La inspiración que Blaine encuentra en la doctrina Monroe es clave para entender uno de los motores internos del panamericanismo: la idea de alejar toda influencia europea de territorio latinoamericano, haciendo a la región más susceptible de conquistar económicamente y de influir políticamente por una potencia interna creciente. Esta idea se pondrá en evidencia especialmente en tiempos de crisis, como durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos, a través de su retórica panamericanista tratará primero de asentar su influencia y después, en la Segunda Guerra, de alejar la amenaza de la influencia nazi en la región.

Antes de seguir avanzando es necesario hablar del primer panamericanismo, el pensado por Simón Bolívar y cuyas ideas sería reapropiadas, torcidas, por el movimiento que luego enarbolaría Blaine. En el Congreso de Panamá de 1826 el Libertador venezolano propuso una federación de Estados americanos compuesta solo por las antiguas colonias españolas⁴. Para él, la particularidad y originalidad de la América que formaban estas naciones era su ser mestizo, que se contraponía a la esencia blanca de Norteamérica. Esta diferencia, más las producidas por la marca del catolicismo y del protestantismo, respectivamente, volvía incompatibles a las dos regiones. Además, según Sara Castro-Klarén, Bolívar imaginaba la Pan-América como una forma de contención contra el la-

³ Cuenta Smith que la propuesta de Blaine fue hecha sin el respaldo de los países involucrados en los conflictos a arbitrar y que, además, por ser anunciada muy poco antes de que Blaine tuviera que dejar su puesto, fue vista como una maniobra de Blaine para asegurarse una cuota de poder personal (Smith 2000: 20–21).

⁴ Estados Unidos habría recibido una invitación al Congreso de Panamá sin la venia de Bolívar. Finalmente, los dos delegados estadounidenses no asistieron a la reunión, por motivos fortuitos: uno de ellos murió camino a Panamá y el otro no consiguió que se aprobaran a tiempo los gastos requeridos para hacer el viaje.

tente imperialismo de Estados Unidos⁵. La reapropiación, entonces, del término de panamericanismo que Estados Unidos efectúa en 1881 requiere de, como dice Castro-Klarén, “a violent resemantization of Bolívar’s concept” (Castro-Klarén 2003: 26). En otras palabras, podríamos decir que lo que hace Estados Unidos es su propia lectura y traducción del término bolivariano⁶. Blaine y quienes modulan con él este panamericanismo liderado por Estados Unidos violentan el concepto bolivariano hasta transformarlo en una antítesis de sí mismo. Lawrence Venuti, quien adscribe a la mirada sobre la traducción como un espacio en el que confluyen fuerzas lingüísticas, culturales, económicas e ideológicas, dice que el traductor “always exercises a choice concerning the degree and direction of the violence at work in any translating” (Venuti 2008: 15). Quiero extender esta idea a la forma en que se manipula el término de panamericanismo en el escenario que exploro⁷. Tanto Blaine y sus colaboradores más cercanos, como William Curtis, un periodista de Chicago en quien recayó la mayor parte del esfuerzo administrativo de la Conferencia Panamericana, conocían las ideas de Bolívar y sabían cómo querían usarlas. Siguiendo su propia agenda ideológica se reapropiaron el concepto bolivariano y lo tradujeron, torciéndolo en su paso de una lengua a otra, de una cultura a otra, de una época y de un territorio específico a otro. Sabían el grado de violencia que ponían sobre el término, también tenían muy clara la dirección en la que se ejercía.

Sylvia Molloy dice que toda traducción implica una descontextualización, una extracción desde un contexto de origen para luego colocar el término desplazado en una ubicación inesperada⁸. Podemos pensar esa descontextualización y ese reubicar un término o una idea, como en la violencia de la que habla Venuti. La reubicación, en el caso del término panamericanismo, es la agenda imperialista de Estados Unidos, que busca ampliar su influencia sobre Latinoamérica y que tiene como hito inaugural la Conferencia Panamericana que se

5 Castro-Klarén recuerda que Bolívar siempre habló y escribió sobre “América”, sin la necesidad de hacer la distinción que haría años después José Martí al hablar de “Nuestra América”. Para Bolívar, América “. . . Referred to an indivisible territory, and inaugurated an indivisible, shared social and symbolic order” (Castro Klarén 2003: 33). Este territorio indivisible era, como ya se dijo, el de las antiguas colonias españolas, es decir, una tierra mestiza, fuertemente marcada por el catolicismo.

6 Como dice Patricia Willson siguiendo a Borges: “una traducción es la escritura de una lectura” (Willson 2001).

7 Si bien en *The Translator’s Invisibility* Venuti se refiere específicamente a los traductores literarios independientes (freelance), que trabajan bajo ciertas condiciones precarias y específicas, me parece que la idea se puede extender aquí a estos traductores ocasionales, Blaine y Curtis.

8 Molloy habla de la traducción como un *objet trouvé* en Molloy (1998).

llevó a cabo entre 1889 y 1890. Casi una década después de su primer intento, Blaine por fin ve que su insistencia con el tema del panamericanismo va a dar frutos. El Senado aprueba la conferencia y comienzan los preparativos y los anuncios. Smith dice que la retórica de Bolívar inspira la de Blaine y las ideas del Libertador son revestidas, violentamente en este contexto imprevisto, y presentadas en la convocatoria a la conferencia. Meses antes de que comience la reunión de los Estados, se suceden las notas de prensa anticipando la ocasión. Una de ellas, publicada como anónima, pero en realidad escrita por Curtis, explica que “the primary purpose of this congress is international fellowship, as desired by Bolívar” (Smith 2000: 24)⁹. La gran idea bolivariana de una unión de Estados americanos formada por antiguas colonias españolas termina entonces convertida en un amplio llamado a la amistad internacional hemisférica, sin exclusiones. La idea de un hemisferio unido, fuerte, comienza a enarbolarse como si fuera una herencia del Libertador, quien nunca la pensó viable ni recomendable. Al mismo tiempo que esta retórica de la fraternidad se promueve incansablemente en la prensa y con los países invitados a la conferencia, en el interior de la máquina política de Estados Unidos se habla claramente de la necesidad de expandir la influencia económica y política en Latinoamérica. En 1888 el senador demócrata Richard Townshend expuso así su idea de *colaboración regional*:

The largest and most inviting field for enterprise on Earth exists in the countries south of us in the American continent. Their natural resources are incalculably valuable, and their trade and commerce are capable of immense extension . . . We should not only have a larger share of that trade than any country but we should be able to control most of it. It is the only great market left for our surplus products (Smith 2000: 22).

Blaine se suma a la mirada expansionista y declara que su idea de panamericanismo siempre tuvo en consideración el crecimiento de los mercados. Dicho esto, se pone a la cabeza de la organización de la Conferencia Internacional Americana, que pronto es rebautizada por la prensa y el público general como Conferencia Panamericana. Dice Smith que: “The concept of all the delegates working together to create a hemisphere of prosperous and democratic sisters nations reflected the popular view of Pan Americanism in the United States” (Smith 2000: 24). Bolívar andaba en el aire. Traducido.

A pesar de esas declaraciones de amistad y cooperación, los países latinoamericanos sospechaban de las intenciones de Estados Unidos. Se aproximaba la fecha de la reunión y muchos de los países invitados demoraban su respuesta. Smith explica que “Brazil would not confirm its conference attendance.

⁹ Una de las tareas de Curtis fue promover la causa de la conferencia.

Peruvian officials . . . anticipated nothing of value to emerge from the meeting, and Chileans were openly suspicious of United States . . . few Argentines thought or cared much about the United States” (Smith 2000: 23). Finalmente, delegados de 17 países latinoamericanos aceptaron la invitación de Washington. No se harían presentes ni Haití ni República Dominicana y, los que acudieron, accedieron con reticencias y cada uno por sus propios motivos, especialmente con la idea de abrir oportunidades de negocio, pero siempre con la sospecha rondando¹⁰. José Martí, quien cubrió la Conferencia Panamericana para *La Nación*, de Buenos Aires, escribe sobre la reunión de Estados y alerta a los latinoamericanos:

Jamás hubo en América, de la Independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite de los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América . . . De la tiranía de España supo salvarse la América española . . . urge decir . . . que ha llegado la hora de declarar su segunda independencia (Martí 1991: 46).

Fue así, entre la retórica bolivariana y la amenaza del poder del “coloso del norte”, que los delegados latinoamericanos llegaron a Washington para asistir a la conferencia y para hacer, incluso antes de que comenzara la reunión internacional, el viaje en tren que el Departamento de Estado norteamericano había organizado para mostrar a sus invitados del sur el poder del norte. Comenzaba con ese recorrido la era dorada del panamericanismo y también una serie de intentos para establecer una comunicación más directa entre la América Latina y la anglosajona, un acercamiento de las lenguas y las mentes, que muchas veces no logró más que reforzar las imágenes fijas que una región tenía sobre la otra.

Dependencias imperiales

En la mañana del 3 de octubre de 1889 la lengua que más se hablaba en la estación Baltimore and Potomac, en Washington, era el español¹¹. Varias decenas de personas se arremolinaban en el andén que flanqueaba a la locomotora

¹⁰ En las *Obras completas* de José Martí, quien cubrió la conferencia para *La Nación de Buenos Aires*, se registra así la explicación de la ausencia de los dos países caribeños: “Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná” (Martí 1991: 33).

¹¹ Ver *Chicago Tribune* (4 de octubre de 1889: 2).

1053, una de las más poderosas fabricadas hasta el momento, y a los seis carros de lujo que la seguían¹². En vez de las siglas que solían adornar a las locomotoras estadounidenses dando pistas sobre su lugar de origen, en los costados de la 1053 se desplegaba su marca de proveniencia con todas sus letras: Pennsylvania Rail Road. Este alardeo de fábrica, el lujo ferroviario nunca antes ensamblado sobre rieles norteamericanos, se debía a la calidad de los pasajeros que el tren transportaría durante seis semanas y casi seis mil millas: los delegados latinoamericanos invitados por el Departamento de Estado estadounidense a participar en la primera Conferencia Internacional Americana.

La idea del viaje, según las palabras de Curtis, encargado de los detalles prácticos y de la reunión posterior, era la de mostrarles a los invitados “the mills of New England, the forges and furnaces of Pennsylvania, the farms of the prairies, and the plantations of the South” (Smith 2000: 24)¹³. Es decir, el progreso, el acelerado crecimiento de los Estados Unidos, la grandeza que prometía. De ahí el tren y su locomotora, lo grande, lo poderoso, la máquina que se abre camino a todo vapor por el nuevo mundo. La minuta preparada por la compañía ferroviaria de Pennsylvania apenas acabado el viaje asegura que el tren destinado para la ocasión era “as complete in all its appointments as a metropolitan hotel or club-house” (Pennsylvania Railroad Co. 1889: 19). Al poder lo seguía la riqueza, el lujo. Después de la locomotora, el tren continuaba en seis carros: cuatro de ellos pomposos dormitorios con camarotes y literas, y, antes de la sucesión de coches-dormitorios, un coche-comedor y otro que servía de biblioteca, fumadero, salón de encuentros, barbería y que también contenía los baños. Dependencias imperiales, según lo llamaba la minuta del viaje. En este tren nada se desperdiciaba: uno de los carros llevaba un dínamo que se alimentaba con el vapor que producía el movimiento del tren, con éste se generaba la electricidad necesaria para iluminar cada compartimiento. El mismo vapor se usaba también para producir el calor que arroparía a los delegados en el viaje por el otoño estadounidense¹⁴.

12 Para más sobre la locomotora que realiza este viaje ver Fisher (1947).

13 Las plantaciones del Sur estaban reservadas para un segundo tour ferroviario que se haría después de la conferencia, y que tuvo que ser cancelado por falta de viajeros: solo dos delegados se inscribieron.

14 No todos los que participarían después en la conferencia se subirían al tren. Según cuenta el *Chicago Tribune* en su nota del 4 de octubre de 1889, los tres delegados de Argentina se abstuvieron inicialmente de participar en la excursión (aunque se unirán más tarde, como comentaremos después) como también lo hicieron uno de los tres delegados brasileños, dos de los tres de México, el único delegado de Nicaragua y uno de los tres funcionarios venezolanos.

Este viaje que comienza bajo el signo de una traducción, de una re-escritura del panamericanismo acuñado por Bolívar (o de la escritura de una lectura), está marcado por grandes espacios de incomunicación. A bordo del tren no van traductores ni intérpretes, a pesar de que son pocos los latinoamericanos que hablan inglés y que ninguno de los delegados estadounidenses a bordo del ferrocarril domina el español¹⁵. Acá no hay sitio para la descontextualización de la traducción de la que habla Molloy porque lo que parece privilegiarse es el silencio entre las dos lenguas. Sin intérpretes ni traductores no hay posibilidad de ubicarse, el discurso traducido que hubiera hecho de puente entre los representantes de las dos regiones no llega a establecerse. De este modo, la contaminación, la relación que se da en toda traducción según dice Jorge Luis Borges, apenas se insinúa¹⁶. Aparece aquí y allá, aisladamente, sobre todo gracias a los pocos delegados latinoamericanos que manejan mejor el inglés –en calidad y en cantidad– que lo que sus contrapartes estadounidenses manejan el español. La comunicación, entonces, comienza quebrada. Los delegados no logran posicionarse del todo en ese lugar móvil al que se los destina apenas llegados a Estados Unidos y antes de comenzar siquiera las conversaciones sobre una posible unidad panamericana. Se podría suponer que esta falta de traductores e intérpretes se debió a un descuido del Departamento de Estado, un descuido relacionado con el poco conocimiento de los invitados latinoamericanos o con el etnocentrismo, como dice Smith, de los anfitriones.

A pesar de no contemplar el tema de la traducción, el Departamento de Estado quería asegurarse de que sus huéspedes fueran bien tratados y de que no se notara el esfuerzo detrás de tamaña empresa¹⁷. Por eso las tripulaciones de relevo, que tomaban el mando de la locomotora cuando el viaje debía seguir su curso por las noches (no todas las noches, algunas se pasaban en hoteles en la ruta). Por eso, también, el cigarro, el licor, la comida, los cuidados. La orden dada fue “Spare no expense” (*Avisador Hispano-Americano* 1890: 91), por lo menos en lo que respecta a los agasajos que los delegados recibieron en Chicago, pero lo cierto es que esa parece haber sido la orden detrás de todo el viaje. Atiborrar a los latinoamericanos con vistas, visitas a fábricas, ciudades, comidas, fiestas, hasta el punto del agotamiento, como veremos pronto. Llenarles los ojos de la grandeza del país antes de

¹⁵ Según mi investigación en los archivos un puñado de delegados (unos cinco) hablan un inglés fluido. Como se verá más adelante en este capítulo, mucho de los discursos que se dan durante el viaje son dados por los delegados en español y luego traducidos o reproducidos en parte por alguno de los delegados que habla inglés.

¹⁶ Ver Molloy (1998).

¹⁷ En el tren viajaban unas cien personas en total, entre tripulación, delegados, secretarios y prensa invitada.

que se sentaran a discutir una moneda común para las Américas, la posibilidad de unidad aduanera y otros puntos de la agenda de la Conferencia Panamericana. Recordándoles, de vez en cuando, claro, sobre la idea bolivariana de la fraternidad entre los Estados americanos, aunque se hiciera visible la transformación, la manipulación, de las ideas detrás del Congreso de Panamá (que por cierto tampoco logró unir a los Estados de las otras Américas, que también guardaban sus propias tensiones entre sí). Uno de estos momentos se dio en la visita a una fábrica de ladrillos en Pittsburgh, la que reprodujo así el *Avisador Hispano-Americano*¹⁸:

En compañía de nuestro siempre querido y respetado amigo don Nicanor Bolet Peraza recorrimos aquel vasto salón y tal vez nada llamó más nuestra atención que tender la vista hacia una columna de ladrillos, que se exhibían, y leer que en cada uno de ellos decía: *Bolivar Fire Brick Company*. –“¿El nombre de nuestro Libertador en ladrillos? –nos dijo Bolet Peraza, –Es caso curioso.” El encargado de la sección, que comprendió al momento nuestra natural curiosidad, tomó una de aquellas piezas de barro, y nos dijo: –“*Bolivar brick, suitable for all purposes requiring ordinary heat resistance, and for fine outside work*” (*Avisador Hispano-Americano* 1890: 91).

Bolet dijo enseguida: “Efectivamente, Bolívar resistió con fuego intenso a la tiranía, y la belleza de sus obras resplandece hoy en nuestras repúblicas. Está muy bien puesto el nombre a los ladrillos” (*Avisador Hispano-Americano* 1890: 91). Con esa explicación, el delegado traducía de vuelta, recuperaba a Bolívar, pero esa monetarización de la fraternidad panamericana, la torcedura del término, estaría presente durante todo el recorrido ferroviario. Seguramente los delegados venezolanos se hubieran sorprendido de saber que el pueblo aldeaño a la fábrica de ladrillos también se llamaba Bolívar, nombre que habían adoptado luego de que el primer nombre elegido, Washington, fuera descartado por ya estar demasiado repetido a lo largo del país.

All Aboard!

El 4 de octubre Martí escribe (y traduce mientras lo hace):

18 *El Avisador Hispano-Americano* es un periódico de Nueva York dirigido por el cubano Enrique Trujillo y del cual José Martí fue frecuente colaborador. *El Avisador* no estaba entre la prensa acreditada para hacer el viaje en tren, pero cubrió el evento alcanzando a los viajeros en puntos clave del recorrido. Los artículos que se usan para este trabajo fueron recopilados en el libro de 1890 *Relación del viaje de los señores delegados a diversos lugares de los Estados Unidos*.

Se abre el *Herald* y se lee: 'Es un tanto curiosa la idea de echar a andar en ferrocarril, para que vean cómo machacamos el hierro y hacemos zapatos, a veintisiete diplomáticos y hombres de marca, de países donde no se acaba de nacer'. . . El *Tribune* dice: 'ha llegado la hora de hacer sentir nuestra influencia en América: el aplauso de los delegados al discurso de Blaine fue una ovación'. . . Y el *Sun* dice: 'Están vendidos a los ingleses estos sudamericanos que se le oponen a Blaine. . . El tren palacio ha comenzado, en tanto, a rodar en su camino de cinco mil cuatrocientas seis millas' (Martí 1994: 41).

Los delegados ya llevan un día de camino cuando Martí escribe lo que precede. Mientras la prensa local se pregunta por la sabiduría del viaje, por los motivos de los latinoamericanos, por el poderío de la nación anfitriona, el tren ya ha recorrido desde Washington a Nueva Jersey y desde ahí hasta la academia militar de West Point. El *Chicago Tribune* del mismo día en el que Martí se sienta a leer los artículos que cita toma un poco de distancia de las preguntas políticas que sobrevolaban el momento para contar lo que los viajeros vieron desde sus ventanas en ese primer tramo:

The day was clear and cool, a tinge of frost lingered in the air from over night. The maples had begun to turn scarlet and altogether the scene, familiar to the American eye, presented a charmingly novel effect to the great mass of the delegates who come from tropical and semi tropical climates and are accustomed to the sight of the spring cactus and the dark but ever green foliage of the South American jungles (*Chicago Tribune* 4 de octubre de 1889: 2).

La descripción de la naturaleza del norte es usada para marcar la diferencia entre los viajeros. Entre sus miradas. Unas, acostumbradas a los arces y, por extensión, al progreso, a las industrias que van alterando el paisaje natural. Otras, supuestamente, acostumbradas a las vistas de junglas y desiertos, que en este párrafo se transforman en el único territorio posible de Latinoamérica. Ellos y nosotros. América y el sur de América. Desde el primer día del relato de este viaje entran en juego los imaginarios, los estereotipos que se tienen de América Latina, de su paisaje, de la "raza" que la habita, de su naturaleza, sus gobiernos. Se sospecha, se especula. Muchos de los estadounidenses que reciben a los delegados en las distintas paradas del tren panamericano se preguntan cuál será el color de la piel de los viajeros, cómo sonarán, cómo podrán comunicarse, cuánto negocio traerán a los Estados Unidos. En una época en la cual los países industrializados organizaban exposiciones mundiales como forma de acercarse al resto del globo¹⁹, el tren funciona como una muestra en movimiento, una que corre en dos direcciones. Primero, sirve de gran exhibición móvil

¹⁹ De hecho, en los artículos sobre el viaje que publica el *Chicago Tribune* se menciona más de una vez la próxima Feria Mundial de Chicago de 1892.

de Estados Unidos²⁰. Los delegados latinoamericanos pueden mirar desde sus ventanas el país y lo que ofrece: sus campos, sus fundiciones, el crecimiento que parece imparable. Al mismo tiempo, es una exhibición en dirección opuesta. Los delegados están allí, adentro, y descienden una y otra vez de los seis carros del tren para ponerse ante la mirada estadounidense.

“Una inmensa concurrencia estaba repartida en los alrededores del paradero”, dice *El Avisador Hispano-Americano* de la llegada de los delegados a Ann Harbor, y continúa:

La ciudad toda estaba de gala. Con gran trabajo pudieron los carruajes dirigirse a la Universidad de Michigan. Una gran procesión nos seguía . . . A la llegada frente al edificio donde está la universidad, encontramos a los 2,500 estudiantes que tiene ese establecimiento, formados en dos líneas, escoltando a la comitiva para penetrar en el salón de recepción (*Avisador Hispano-Americano* 1890: 53).

Los delegados, entonces, avanzaron por entre dos filas de 1,250 personas aproximadamente, que los miraban, atentamente, avanzar. Además, los vitoreaban. Dice el *Chicago Tribune* (que por cierto asegura que los estudiantes son 2000) que al paso de los latinoamericanos, los anfitriones gritaban: “Rah, rah, zing, boom, A-h-h-h!”. No hubo otro momento del viaje donde tantos ojos se posaran a la vez, y con la misma intensidad, sobre los viajeros, pero, de distintas maneras, la situación se repitió una y otra vez. Como si el juego de miradas fuera la manera de llegar a la formación de una imagen –que pasaba por confirmar o no estereotipos previos, ideas vagas– a su vez necesaria para sentarse después a la mesa de la negociación panamericana. El 21 de octubre de 1889, los delegados son agasajados en Chicago con una fiesta en la mansión de Potter Palmer, uno de los grandes hombres de negocio de la ciudad. Dice el *Chicago Tribune* del día siguiente:

In this illuminated exterior people from the neighboring side streets, and some even from distant parts of town, walked up and down or stood in groups to get such *glimpses* as they could of the arriving Spanish-Americans and the captivating *scenes within*. As the first carriages, which contained the delegates, began to arrive, the crowd gathered on the sidewalk opposite the doorway. A subdued but ecstatic murmur went up as the doors opened to admit Sr. Juan P. Velando of Bolivia, and his escort, and *revealed* for a moment the imposing circular hallway of the house, with its ring of marble pillars (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 2).

Así como los delegados son observados atentamente, desde cerca, por quienes los reciben y agasajan, son también vistos desde lejos, al pasar, por las multitudes de gente común que quieren acercarse al extranjero y, también, a la pompa

²⁰ Le debo a Sylvia Molloy esta idea.

que rodea el viaje. Porque la riqueza de América no es para todos y el lujo que el tren del progreso ha ido llevando al Nuevo Mundo se disfruta a puertas cerradas, por unos pocos. Las miradas de la multitud entonces se posan sobre esas dos extranjeras: la riqueza y la latinoamericanidad de los delegados, quienes tal vez traigan aun más riqueza, y, tal vez, por qué no, podría ser la pregunta de esas multitudes, para todos. Esa podría ser una forma de entender el revuelo que los latinoamericanos van creando a su paso. El *Chicago Tribune* del 1 de noviembre cuenta que:

It's in the smaller cities that the outpouring of the people to receive the travelers is most noticeable. Every little station platform by which the train rushes is lined with its crowd of country people shouting their welcome and waving an on-speeding. Bands of music are at many of the stations and people waving flags of all the nations of the three Americas are seen as the train flashes by . . . (this) is a source of much satisfaction to the southerners (*Chicago Tribune* 1 de noviembre de 1889: 7).

Las miradas aparecen incluso cuando el tren avanza veloz, sin detenerse. Y cuando se detiene, cuando los delegados bajan del tren-exhibición y se entregan a los ojos anfitriones, las miradas se muestran distintas en su calidad. Por ejemplo, en Portland, Maine, donde llegan los viajeros cinco días después de haber comenzado el tour. Después de dejar la estación, los delegados son llevados a recorrer la ciudad en carruajes. Dice en otro momento el diario de Chicago: “The citizens were prepared for the visitors and flags floated from many buildings; almost every window on the route was filled with faces, hats were raised and the children turned out in numbers” (*Chicago Tribune* 9 de octubre de 1889: 2).

Los niños salen afuera, corren, juegan junto al paso de los delegados. Además, se levantan sombreros. Hay gente en la calle que intenta ver a los delegados desde las veredas, se asume, pero también hay muchos que se parapetan desde las ventanas. Quieren ver, pero no participar del todo. Mirar un poco, golpear el vidrio o abrirlo para ver mejor la cara fugaz de los latinoamericanos. Así se hace presente en este viaje la mirada curiosa, que no se compromete pero observa, anota, especula. Los delegados latinoamericanos también hacen un ejercicio de la mirada durante los 42 días de tour ferroviario. Observan el paisaje vasto que cambia mientras el tren se mueve. Observan cómo se fabrican ladrillos, armas, ropa, los bienes de Estados Unidos, exhibidos ahora como productos terminados especialmente para ellos, como cuenta el *Tribune*:

After *looking over* the factories the party was escorted to a new mill, where had been arranged a *display* of textile and other goods produced in Manchester in the half of a working day. It made a most formidable *showing* in its extent, and was, moreover, *arranged* so as to make a most attractive *exhibition* . . . When the exhibit had been duly *admired*

the party were seated at a luncheon furnished by the citizens. . . (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 9 de octubre de 1889: 2).

Los delegados no solo miran lo que está frente ellos, sino lo que ha sido *arreglado* para ellos. Pueblos, ciudades y fábricas despliegan performances para los visitantes. Se adornan y se presentan en la manera en que quieren ser vistos por estos latinoamericanos que tal vez, y ese es uno de los motivos y de las posibilidades que se plantean con este viaje, terminen siendo parte de la misma América, de la Pan América. “El otro” que se vuelve vecino, un conocido, ya no tan lejano. Algunos de los latinoamericanos también llegan a percibir la familiaridad que los rodea, por lo menos eso le ocurre al reportero de *El Avisador*, que va en el tren de los delegados en el tramo de Pittsburg a Filadelfia:

Verdaderamente, nunca habíamos visto a los campos de Estados Unidos representados con tanta grandeza . . . Hay panoramas que reflejan la hermosura de los campos de México, la belleza de los de Cuba . . . La herradura que forma la línea férrea, para vadear un río y una cuesta, es de gran efecto. La roca viva que se ha perforado por la mano del hombre, para hacer aquella obra, es admirable (*El Avisador Hispano-Americano* 1890: 91).

El reportero “reconoce” la tierra como propia o parecida a la propia. De esa manera los triunfos del progreso se sienten menos extranjeros, más cercanos. En este viaje, Estados Unidos presenta sus riquezas, su creciente dominio sobre la naturaleza, su progreso extraordinario: el producto de “solo” medio día de trabajo en Manchester, el poder del gas natural en Pittsburg, tres mil luces eléctricas encendidas a la vez por un dínamo y muchos ejemplos más por el estilo. Pero también se les muestra algo más a los delegados. El primer día de viaje, como ya se mencionó, termina en la academia militar de West Point, con un desfile militar y con el descubrimiento de los bustos de tres generales estadounidenses. El tercer día se destina para la visita a una correccional de Boston, ubicada en la isla Deer, donde los viajeros son recibidos por unos 300 chicos detenidos en la correccional quienes les cantan canciones vestidos con uniformes azules y guantes blancos. Los organizadores del viaje no son los primeros en incluir cárceles como parte de los tours para mostrar el progreso en Estados Unidos. Tocqueville mismo había visitado el Eastern State Penitentiary de Filadelfia como parte del viaje del que nacerá *Democracy in America*. Después, cuando el viaje llegaba a las dos semanas, los delegados ya exhaustos con el ritmo frenético del tour por los Estados del norte, son llevados a un asilo mental. Ya la vista está cansada, como lo insinúa el mismo *Chicago Tribune*:

Without a chance of getting to a hotel and declining further attentions they were taken to Newburg. There they made the tour of the insane asylum, dragging themselves up countless flights of stairs only to look upon the saddest thing in the universe – faces robbed of

the light of reason. After this they were taken through mill after mill, all extremely interesting, but to most of the visitors a tremendous bore (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 16 de octubre de 1889: 2).

Los delegados se quejan de la poca flexibilidad del itinerario planeado para ellos, pero el viaje del tren ya está planificado y la máquina no se detiene. Están obligados a mirar y estas últimas tres paradas de las que hablamos les muestran que el progreso no se logra sin dejar residuos y sin la autoridad ni la disciplina para disponer de ellos, reeducarlos, transformarlos en algo útil, aunque esa utilidad no sea más que una performance. De esta manera, sin quererlo, estas paradas se presentan como advertencias del progreso y, también, como amenazas. Estados Unidos es un tren que avanza rompiendo cosas a su paso, de las que sabe disponer. Ese es el naciente modelo que se exhibe ante las ventanas de un tren en movimiento, cargado de latinoamericanos que pronto se sentarán a una mesa a decidir la consolidación o no de un hemisferio tutelado por Estados Unidos.

Miradas sobre la piel

En su artículo sobre Pedro Henríquez Ureña y el latinoamericanismo Fernando Degiovanni menciona una encuesta hecha por la Oficina de Asuntos Interamericanos de Estados Unidos en 1941 sobre “What people in the United States think and know about Latin America and Latin Americans”. El cuestionario listaba una serie de adjetivos descriptivos y pedía que quienes contestaran eligieran las palabras que representaban mejor a los habitantes de Sudamérica y Centro América. Dice Degiovanni (quien toma esta información del trabajo de Lars Shoultz sobre las políticas de Estados Unidos hacia Latinoamérica):

Los resultados eran del todo desalentadores para una política del entendimiento: setenta y siete por ciento de los encuestados –la mayoría– respondían que los latinoamericanos eran “dark skinned”, y los atributos que seguían en su caracterización eran “quick-tempered”, “emotional”, “backward”, “religious”, “lazy”, “ignorant” y “suspicious”. El adjetivo menos elegido era “efficient” (Degiovanni 2015: 145).

¿Cómo se había llegado en Estados Unidos a tener estas ideas sobre Latinoamérica y sus habitantes? Dice Degiovanni que Henríquez Ureña entiende que “esas representaciones son el producto de años de construcción de un discurso público a partir de la teoría positivista de los “caracteres nacionales”. Incluso en Latinoamérica misma, esas ideas sobre las razas estaban particularmente en

boga para los años de la Primera Conferencia Panamericana²¹. También son parte de las expectativas de la gente que recibía a los delegados latinoamericanos en su recorrido ferroviario, en lo que esperaban de sus costumbres, de sus apariencias. Un ejemplo de la fuerza de estos estereotipos en formación está en esta escena descrita por el *Chicago Tribune*, donde se da cuenta de la llegada de los delegados a la ciudad de Chicago y de lo que pasa cuando son “vistos” por primera vez por quienes los esperan:

Much surprise was manifested when the delegates were *seen*. A vague impression seemed to prevail among the better acquainted persons in the crowd that a *swarthy* lot of gentlemen, a shade lighter than octoroons and with *the habit of rolling cigarettes*, would appear and the more densely ignorant fostered a *notion of persons with wide sombreros and trousers with lambrequins* on them. But when they came, a meeting of American bank directors might *not have been distinguished from the crowd* on the parlor floor of the hotel –all natty, all not swarthy, but darkly pale, all dressed in the fashion, and mostly all speaking English perfectly²² (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 20 de octubre de 1889: 1).

Lo primero que hace aquí el *Tribune* es dividir al grupo que espera a los delegados según su conocimiento sobre lo que es “ser latinoamericano” o, mejor dicho, sobre el conocimiento respecto a cómo “debería verse” un latinoamericano²³. Sylvia Molloy dice que las lecturas que el primer mundo hace del tercer mundo siempre son reduccionistas, ansiosas²⁴. La imagen de Latinoamérica que el periódico adjudica a los menos duchos en las apariencias de la región evoca una particular mezcla de mexicanos de sombreros grandes y gauchos de Rugendas, es decir, hombres vestidos para la vida afuera, la vida bajo un sol inclemente, la de lacear caballos, la de dormir siestas apoyados en rocas o troncos. Por otro lado, se le asigna a los más informados la idea de que la principal diferencia con los delegados estaría en el color de la piel, que en los visitantes sería más oscura. Esta idea se hace presente otras veces a lo largo del viaje, como en esta visita a las empaquetadoras de carne de las afueras de Chicago:

It was so chilly that one gentleman was moved to ask a dark-complexioned reporter if he did not find the climate rather severe up here. The reporter said he did at first, but after staying here four or five winters he had gotten sort of used to it. The gentlemen walked away and made no more attempts to pick out delegates by their appearances. In fact, that

21 Ver Reid (1977: 120).

22 Como se dijo anteriormente, en realidad unos cinco delegados latinoamericanos hablaban el inglés de manera fluida.

23 La mirada sobre la región era una mirada general, de bloque, que no hacía mayor distinción entre los países que la conformaban, con la excepción –que tampoco admitía mucho detalle a nivel de conocimiento socio-cultural– de los llamados países ABC: Argentina, Brasil y Chile.

24 Ver Molloy (2005).

was an extremely difficult thing to do. Mix them up with the Reception Committee and with a few exceptions one could not tell who was a delegate and who was not (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 1).

En el título de la nota, otra vez la referencia a los ojos, la mirada, el verse. La semejanza entre unos y otros, ellos y nosotros, confunde a los estadounidenses que no han conocido antes a gente de Latinoamérica. La distinción que esperan pasa por el color de la piel, la ropa, las costumbres, la lengua. Y el encuentro con personas “all natty, all not swarthy, but darkly pale, all dressed in the fashion, and mostly all speaking English perfectly” (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 1) es más desconcertante que la diferencia radical augurada²⁵. ¿Cómo manejar esa familiaridad con ese otro al que se suponía tan lejano? Una forma es precisamente leerlo en términos familiares, con los códigos del mundo del estadounidense de fines del siglo diecinueve, como en este fragmento que pertenece al artículo del *Tribune* del 20 de octubre:

The crowd of 500 or 600 persons . . . surged forward to see Major Domo William Elroy Curtis . . . reappear with great radiance escorting a tall man with a pointed grey beard *who look like an Englishman* out here to shoot buffalo. This was Dr. Alberto Nin of Uruguay, *who speaks English with an English accent and looks less like a Spaniard* than Lieut. Read of the army, who had his other arm (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 20 de octubre de 1889: 1).

Los delegados van siendo rápidamente reapropiados por la narrativa “americana”. Van siendo traducidos, borgianamente contaminados. En este caso, Nin es puesto junto a los ingleses, por su apariencia y por su acento y perfecto inglés. También, en esa misma dirección, acercándolo, se dice que se ve menos “Spaniard” que el teniente estadounidense que le toma de un brazo. El delegado uruguayo aparece entonces revestido con los ropajes de un inglés, al mismo tiempo, la imagen que se le asigna trae a la cabeza la de los hombres que solo 20 años antes del viaje panamericano habían atravesado las grandes praderas estadounidenses, disparando desde las ventanas de un tren en marcha hasta casi extinguir a los búfalos y, con ellos, a los indígenas norteamericanos. Es decir, el delegado también es inscrito en esa narrativa de conquistadores de la tierra norteamericana tal vez augurando una nueva era de bonanza para el país gracias a los posibles tratos panamericanos. Además, las imágenes a las que se recurre en las citas anteriores recodifican a los delegados colocándolos no solo en un terreno familiar sino asignándoles un lugar específico en este: el de la riqueza, el

²⁵ Es interesante notar cómo se generaliza el dominio del inglés de los delegados, ya que son mayoría los que no hablan inglés fluidamente. Sin embargo, el puñado que sí maneja la lengua a la perfección pasan a representar a todo el grupo.

del poder. Se los descontextualiza y se les coloca en un lugar nuevo que obedece a las expectativas estadounidenses sobre el panamericanismo. Esto es lo que se hace al decir que es difícil distinguirlos de los miembros del comité de recepción o lo difícil que sería separarlos de una reunión de banqueros estadounidenses²⁶. Este tipo de comparaciones viene a alimentar la idea de los beneficios comerciales que podría traer la unidad panamericana a Estados Unidos.

Como ya se ha visto, las imágenes que se tienen sobre los delegados y por extensión sobre Latinoamérica cubren un espectro amplio que va desde la diferencia racial, que comprende la idea de la inferioridad racial de América Latina, hasta la formulación de los delegados como sujetos con poder económico y político. De hecho, para algunas voces de la época, como demuestra este fragmento de un artículo publicado por *The Nation* el 17 de octubre, ese mismo imaginario, ese espacio de conocimiento insuficiente que se completa con especulación y estereotipos, habría estado en el origen de la invitación al tour ferroviario:

It may be said that its planning showed other motives than delicate consideration for the nation's guest. Most of them are men of mature years, for whom six weeks of life in railroad cars, in a changeable climate, is not exactly a luxury. Besides, there is in the thing almost an implication against their intelligence –as *it would be a good thing to treat them as the Government used to treat the Sioux chiefs* Red Cloud and Crazy Horse– take them to Washington, show them the sights, and so *impress them with Uncle Sam's power* that they would see no hope in opposing him. These delegates are traveled gentlemen, who are not easily awe-stricken (el énfasis es mío, Smith 2000: 25).

El artículo de *The Nation* es muy claro en su crítica. Habla, como dice Smith, del etnocentrismo y la inexperiencia de Blaine y de Curtis (recordemos, las principales mentes detrás de la Conferencia Panamericana), de todo lo que se ignora sobre Latinoamérica, lo poco que se sabe también de sus elites intelectuales y sus gobernantes. En este espacio de desconocimiento es posible construir una imagen de los delegados que amerite un trato del Departamento de Estado equivalente al recibido por los jefes Sioux en su momento. Se les ofrece un tren con todas las comodidades posibles para partir a un viaje absolutamente demandante, plagado con actividades hasta el último minuto. Las comodidades y lujos que se les ofrecen a los viajeros pueden leerse bien como una forma de impresionar o de presionar una colaboración con una unión hemisférica liderada por Estados Unidos. Todas esas visitas a fábricas, molinos, mataderos, ciudades en crecimiento, la academia militar, la correccional, el asilo mental, pueden leerse como un tour dedicado a

²⁶ En cada pueblo o ciudad a la que llegaban los delegados, los esperaba un comité de recepción formado por los honorables del lugar, ya sea industriales, dueños de tierras, alcaldes o semejantes.

promover las maravillas de un país en plena expansión, pero también como una velada amenaza con respecto al poderío en construcción del coloso del norte.

Por su parte, los delegados latinoamericanos observaban y tomaban nota. Como ya se dijo antes, muchos de ellos habían aceptado la invitación a regañadientes y por diversos motivos²⁷. En general, los países de América Latina desconfiaban de las intenciones de Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de la desconfianza, los delegados se entregaron al tour ferroviario con bastante entusiasmo, aunque a poco andar el horario repleto de actividades comenzó a pesarse. La prensa que cubría el viaje dio cuenta del cansancio de los viajeros y del sinsentido del cúmulo de actividades al que se les sometía. Un día antes de que se publicara la nota de *The Nation* citada anteriormente, el *Chicago Tribune* dedicó a los latinoamericanos un artículo donde se comentaba sobre esto:

It is a weary, weary party of South Americans . . . They have been whirled over states till they have forgotten the number . . . They have been banqueted till their stomachs are as weary as their heads . . . The early rising feature of the present expedition is the most serious consideration to the South Americans. One of their number explained, in speaking of the fatigues of the journey, that the southerners were in the habit of rising at easy hours of the forenoon, of eating when they feel disposed, and no-customed [sic] to having railways trains await their deliberated will (*Chicago Tribune* 16 de octubre de 1889: 2).

Mientras el viaje se desarrolla algunos de los delegados comienzan a demostrar su cansancio. Algunos abandonan la expedición en ciertos puntos, para retomarla en otros, algunos se niegan a levantarse por la madrugada. Otros, como el que habla con el *Tribune*, se deciden a proclamar las diferencias culturales que hacen del viaje una experiencia agotadora, pero al mismo tiempo toman nota de lo que van viendo. Como dice el periódico de Chicago del 20 de octubre, que reproduce una conversación en la que participan tres delegados que manejan el inglés. En ella participan el alcalde de Chicago y otros funcionarios estadounidenses, el delegado Horacio Guzmán de Nicaragua (el con mejor nivel de inglés, según el periódico), el delegado de Perú F.C.C Zegarra (“a typical Spaniard from Peru”) y el delegado argentino Manuel Quintana. Todos se muestran muy contentos con lo que han visto en la primera mitad del viaje. Zegarra anuncia que ha visto “más glorias” de las que pudo haber soñado alguna vez, entonces lo interrumpe Quintana, quien dice que aún faltan más glorias, como los “stockyards” y las “packing houses” de los mataderos. “If we get from them

²⁷ Dice Smith: “Brazil was rumored to be eager for a commercial treaty with the United States to boost its declining sugar industry, Chileans hoped for regular steamship traffic to the United States and supported a common silver currency for the hemisphere. At the same time, most countries saw the conference as an opportunity to air a variety of grievances and initiatives. . .” (Smith 2000: 23).

new ideas we will have filled our missions” (*Chicago Tribune* 20 de octubre de 1889: 1), dice uno de los representantes de Argentina, país que no tiene mayor interés en la conferencia misma.

La lengua

Este encuentro de las regiones también fue un encuentro entre lenguas, más bien un desencuentro, como ya hemos sugerido. La noche antes de embarcarse en el viaje los delegados fueron agasajados en el hotel donde vivía Blaine a la espera de que se terminara la construcción de su casa. Antes de la cena, se había reunido el pleno de la conferencia para dar el discurso inaugural de la reunión que sería retomada después de las seis semanas de tour ferroviario. Los discursos se dieron solo en inglés. No había intérpretes, tampoco traductores. Estados Unidos marcaba su afán de liderazgo hemisférico estableciendo también una jerarquía entre las lenguas. La relación de poder entre las culturas en juego se explicitaba también en el orden de la palabra. Este desequilibrio se desplegaría en el viaje en tren y luego se corregiría parcialmente, de manera imperfecta, en el resto de la Conferencia Panamericana²⁸. Pero en ese tren, en ese espacio cerrado, móvil, que lleva y trae a todos los delegados, el desencuentro se plasma en silencios, en la torpeza de la incomunicación.

Aunque son pocos los delegados latinoamericanos que manejan el inglés, son aun menos, apenas un par, los estadounidenses que hablan algo de castellano. Esto hace que las intervenciones de los invitados al viaje sean, en general, muy pensadas porque como dice el periódico de Chicago, “impromptu interpretation is not an easy task” (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 2). Continúa el diario: “At the banquets the foreigners usually decline to trust themselves before an audience trammelled with a foreign idiom, and they speak in their own language”. Las únicas veces que un delegado latinoamericano se aventura a hablar en inglés, dice el *Tribune*, es cuando el discurso se ha escrito la noche anterior y ha sido traducido por alguno de los secretarios de la delegación correspondiente. “But when the talk is extemporaneous the poor secretary must have his wits

²⁸ El *Chicago Tribune* explica que en la conferencia se usaría inglés y español (es de suponer que los delegados brasileños usarían el portugués, aunque no se hace mención de esto en el artículo). Luego un intérprete haría un resumen de lo dicho y al día siguiente se publicarían versiones completas y bilingües de las intervenciones de los delegados para permitir reacciones a estas mismas. Al parecer esto no se respetó del todo. Según Smith, durante la conferencia “there were no English-to-Spanish translations made of opening conferences speeches” (Smith 2000: 24).

about him . . . they usually succeed remarkably well in doing this” (*Chicago Tribune* 16 de octubre de 1889: 2).

Es de suponer que el discurso que dio el delegado de Venezuela Nicanor Bolet Peraza a poco andar de la expedición, y que acá cito de acuerdo a la versión en español que publicó el *Avisador Hispano-Americano*, fue uno de estos traducidos por un secretario:

Es la primera vez que hablo en público en un idioma extraño, el cual he aprendido para expresar mis necesidades y no para expresar mis sentimientos (*Aplausos*) . . . Yo apelo, pues, a la indulgencia del respetable auditorio. Yo suplico a mis oyentes, que si no pueden entenderme bien, tomen en su mano el diccionario del corazón, y lo abran por la página de la Fraternidad (*Aplausos*) (*El Avisador Hispano-Americano* 1890: 19).

Con sus palabras Bolet Peraza califica al inglés como lengua utilitaria, para hacer transacciones, trámites, a diferencia del francés que, en esos años, era para las elites latinoamericanas el idioma del conocimiento y de las letras. Otra cosa que hace el venezolano aquí es apelar a una lengua común para el hemisferio, una que no tiene que ver con reglas gramaticales ni lingüísticas, una lengua de la fraternidad que en la realidad (ni en el viaje en tren ni en la conferencia que lo sigue) no se sostiene. A veces se intenta, como cuando en una de las múltiples paradas del tren el delegado chileno José Alfonso hace un apasionado discurso en español que es vitoreado por sus pares hispanos y, acto seguido, por los estadounidenses que no entienden una palabra de lo que dice pero que se contagian con la emoción del momento. Pero ese contagio es momentáneo. No es contaminación. En general, lo que abunda en el viaje son los desencuentros, los pedidos de traducciones improvisadas, los esfuerzos de algunos por acercarse a los otros. Hay muchos momentos de frustración lingüística, algunos provocados por la ignorancia del idioma ajeno y, aunque suene extraño, otros provocados por el conocimiento del mismo. En el relato de la llegada a Chicago que hace el *Tribune* se da una curiosa mezcla de estos dos últimos. El periódico cuenta que misteriosamente nadie de entre la multitud que esperaba en la estación escuchó venir el tren. Los oídos se cerraron ante la llegada del vapor que debe haber sonado alto y la llegada súbita de la locomotora y de sus seis carros causó una pequeña conmoción que desbandó el orden previsto para la llegada de los viajeros. Rápidamente se formaron dos filas de policía en una de las salidas del tren para facilitar la bajada de los delegados y su encuentro con el comité de recepción que intentaba acercarse a ellos.

Al caos de la llegada lo sucedió el desencuentro de las lenguas. “The members of the committee hastened to the different coaches to welcome the guests, and –well, it is best to say nothing of those who met people who could speak nothing but Spanish” (*Chicago Tribune* 20 de octubre de 1889: 1). Sobre el mur-

mullo feroz de la multitud se escuchaban aquí y allá las voces que llamaban a los latinoamericanos desde los carruajes que los llevarían al hotel asignado para ese tramo del viaje. De una manera u otra, la comitiva logró salir de la estación y llegar al hotel. Allí, entre quienes los esperan estaba un Coronel Sam Parker, quien llevaba en un bolsillo de la chaqueta un diccionario de español, el que había estado mirando durante la mañana. Cuando entraron los delegados, Parker se acercó a uno de ellos y saludó:

“Seenyore,” began Mr. Parker.

“Call me mister,” said the visitor, “and kindly ask what you call ‘front’ to show me to my room, for I am tired.”

Col. Parker sank to the floor exhausted (*Chicago Tribune* 20 de octubre de 1889: 1).

Al parecer, los invitados latinoamericanos con conocimientos del inglés no siempre fueron atentos a los esfuerzos estadounidenses por hablar español. Aunque también cabe preguntarse por el rápido desánimo de los estadounidenses, sobre todo si se tiene en cuenta que el número de los delegados latinoamericanos que hablaba español era limitado.

Just as the train got under way one of the gentlemen informed a delegate that they were bound for the establishment of “Armour y Cia. Saladeros y Comisionistas de Provisiones y Proprietarios de Armour Glue Works.”

“O, yes”, said the delegate, “Going to Armour’s. I’ve heard of him.”

Then the man went off and sat down by himself, and tore up a card that Armour had gotten out in Spanish, stating that his “oficino” [sic] was at No. 205 Calle de La Salle (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 1).

Tal vez la actitud de los latinoamericanos haya sido motivada por el cansancio y el enojo producido por el ya largo viaje y el feroz ritmo impuesto por los organizadores del mismo. O tal vez haya sido el cansancio de enfrentarse a un español que no lograba llegar a ser tal, como cuenta el *Tribune* casi al final del periplo.

The appointment of the local reception committees in the various cities brings out many amateur linguists. St. Louis was specially blessed with these. They seemed to think the visitors spoke little English, and committeemen have all day been springing Spanish sentences from hidden phrasebooks. Occasionally an especially *enterprising entertainer* would be seen who had covered his cuff with convenient phrases and was thereby able to astonish his friends as well as the visitors. The trouble with *this kind of Spanish* is that it is *unintelligible to an American coming from anywhere between Patagonia and Hudson’s Bay* (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 30 de octubre de 1889: 3).

El periódico reconoce aquí la inutilidad del español balbuceado, de las frases inconexas que se prestan más para la entretención de los invitados que para la comunicación. La lengua como circo no sirve para lograr un hemisferio unido, como el que aparece aquí, ese que va desde la Patagonia hasta la bahía del

Hudson y que se une en la incapacidad de entender un idioma del que se sacan y repiten frases sin sentido. Ya se ha visto que entre las elites de Estados Unidos y de los países latinoamericanos hay un desequilibrio evidente sobre el conocimiento del otro, sobre la lengua del otro. Aquí no hay traducciones sino asaltos a la lengua extraña. Estados Unidos vuelca su mirada sobre los vecinos del sur sin sacar sus ojos de su propio idioma, de su desarrollo imparable, de su autotorgado excepcionalismo, de sus expectativas. Es decir, mira hacia allá sin ver más que lo superficial o sin poder despegar esa mirada de la imagen de Latinoamérica que él mismo se ha creado.

The shocking ignorance of the people everywhere in this country as to everything pertaining to the home countries of the visitors causes much well-bred surprise. . . ‘We have at Buenos Ayres’ said a delegate from the Argentine Republic, ‘a newspaper with a greater circulation than any other in the Western Hemisphere –including your United States, mind you– and even with that evidence of civilization it is hard sometimes to convince our friends here that we live in anything but a country of savages (*Chicago Tribune* 22 de octubre de 1889: 1).

La mirada estadounidense no puede dejar de mirar a través de los estereotipos y de las ideas pre-formadas, como lo demuestra esta pequeña escena con la que se describe en el *Chicago Tribune* la visita que hacen los delegados a una granja de caballos de carrera:

“Beautiful! Superb! Perfect!” The stock of English adjectives was exhausted, and the distinguished representatives of all America called their native Spanish to their aid to express their admiration of the sight. “Magnífico! Hermosa! *Splendito! Spectaculo linda!*” (el énfasis es mío, *Chicago Tribune* 23 de octubre de 1889: 1).

Estos errores del periódico pueden parecer pequeños pero son tan grandes como la idea de que no se necesita corroborar el habla que se desconoce. No se llega a tomar en serio a esta lengua ajena, que se sigue presentando pintoresca, idioma de retablo, la menos poderosa en el juego de jerarquías que se está recién estableciendo entre las distintas regiones de América. Este lugar de desencuentro entre las lenguas involucradas en el intento de construir una Pan-América se vuelve el espacio necesario para la aparición de traductores, intelectuales y escritores que puedan establecer un puente u otra forma de negociación de los poderes atribuidos a las lenguas y culturas en juego. Serán ellos los que desafiarán los imaginarios anquilosados sobre Latinoamérica mientras tienden redes con sus pares de la región, entablando una conversación que irá más allá de las modas que acompañan a ciertos eventos como la misma conferencia de la que hemos hablado. Porque después de esta, que en concreto no logró nada más importante que la creación de una oficina de comercio para las repúblicas americanas, que luego se convertiría en la Unión Panamericana, el español y lo panamericano gozó de

cierta popularidad en Estados Unidos. Las clases de español se multiplicaron en escuelas y universidades, la oficina de comercio no paró de imprimir catálogos, guías de viaje, textos con los que conocer más a los vecinos del sur. El problema es que la fascinación parece haber sido unidireccional, además de breve, como se verá en los capítulos siguientes. Latinoamérica seguía alimentando sus sospechas sobre las intenciones de Estados Unidos. Así lo decían sus políticos, sus intelectuales. Así lo escribirían Darío y Rodó con sus Arieles y Calibanes. Y cómo no nutrir la sospecha, si vendría la intervención en Cuba que se convertiría en guerra contra España, la apertura del Canal de Panamá, si después de la Primera Guerra Mundial y el reordenamiento geopolítico subsiguiente serían solo unos pocos los que continuarían mirando a Latinoamérica. Entre ellos, los traductores e intelectuales que exploraremos más adelante, quienes siguieron, a pesar de todo, tratando de conectarse con esas mentes pares de los países de Latinoamérica.

Interregno o el espacio entre tu lengua y la mía

A comienzos de 1916 la Gran Guerra quebraba al mundo en pedazos. Sin embargo, en Estados Unidos, que aún permanecía al margen del conflicto, esa misma sensación de orden roto parecía crear el clima propicio para una nueva unión: “Enter the Pan-American! The season’s latest, patriotic dance novelty, inspired by the new feeling of unity between the continents of the western world”. Así, en enero de 1916, *The Day Book* de Chicago, diario sin publicidad y dedicado a la clase trabajadora, anunciaba la primera de seis entregas consecutivas dedicadas a enseñar los pasos de The Pan-American, un baile que, según el diario, ya hacía furor en los salones neoyorquinos¹. Durante seis días se sucedieron las fotografías de los dos creadores de la danza, Aimee Ehrlich y Robert Henri, posando las instrucciones escritas junto a las fotografías que los retrataban con ropas de lunares y rayas, talles altos, vuelos flamencos. Esta especie de fotonovela que duró seis días y seis poses, tenía como fin enseñarles a los trabajadores de Chicago a bailar al son de “La Panamericana”, obra compuesta por Victor Herbert en 1901, y estrenada ese mismo año en la accidentada exhibición panamericana de Buffalo².

En esos días de 1916 los periódicos, incluido *The Day Book*, dedicaban la mayor parte de sus páginas a informar sobre los últimos acontecimientos de la Gran Guerra. Las bombas caían sobre Londres, Estados Unidos seguía afuera. En medio del derrumbe del orden geopolítico imperante el llamado a la unidad del hemisferio que hacían los creadores de la danza panamericana, la exhibición panamericana y el diario que los promocionaba, estaba lejos de ser único. Desde la política y la academia se hacían llamados similares. Con el resto del mundo en crisis, las miradas desde Estados Unidos se volvían hacia Hispanoa-

¹ *The Day Book* se publicó entre septiembre de 1911 y julio de 1917, en Chicago, Illinois. Fue pensado como un diario para la clase trabajadora, con énfasis en noticias sobre sindicatos y leyes laborales, y además fue pionero en no llevar publicidad. El magnate de medios de comunicación Edward Willis Scripps, quien estuvo detrás de la idea, apostaba a que el periódico se sostendría a base de suscripciones y lectoría (Fuente: Library of Congress).

² En esta, la primera exhibición dedicada a la idea del Panamericanismo, fue asesinado el presidente de Estados Unidos, William McKinley. Herbert, famoso compositor y director de orquesta de la época, temía desde antes que la feria no fuera un éxito financiero y que los organizadores no fueran capaces de pagar lo prometido. El asesinato de McKinley a manos de un anarquista hizo que Herbert pensara que nadie iría a escuchar sus composiciones, pero no fue así, un mes después de la muerte del presidente, Herbert se presentó con éxito de público en la exposición. Allí presentó su obra, la que supuestamente abre con una parte “india”, luego sigue con música estadounidense de la época y termina con un trozo cubano o de “Spanish character”.

mérica, o, mejor dicho, Latinoamérica³. Pero antes de avanzar hacia una supuesta unidad del hemisferio, se hacía necesario conocerlo. Ricardo Salvatore dice que entre 1900 y 1945 un grupo de académicos estadounidenses se dedicaron a rellenar los vacíos de conocimiento que había sobre la región: “Enhanced knowledge, the argument ran, would generate greater mutual trust in *inter-American relations*” (el énfasis es mío, Salvatore 2016: 1).

Quiero detenerme brevemente en el “inter” que usa Salvatore y que estará presente a lo largo de este libro. Harris Feinsod, en su exploración de la poética inter-americana que se desarrolló en el continente entre el final de la década del 30 y comienzos de los 70’s, explica que “The prefix *inter-* favors common political designations of the era over a *trans-American* imaginary whose utopian allure may too readily promise to override the residual power of nation-states” (Feinsod 2017: 11). La exploración de Feinsod se centra en el trabajo de poetas que produjeron obras inspirados o modelados –empujados de alguna manera por instituciones o alianzas creativas– por el deseo de crear una “Poesía de las Américas”. En otras palabras, poetas movidos por un “geopolitical desire”, “a vision of an alternate world” (Feinsod 2017: 2), un hemisferio unido, un lugar para los americanos todos⁴. El “inter” en el trabajo de Feinsod se refiere entonces a las relaciones entre poetas que se mueven en marcos definidos por instituciones y políticas delineadas por sus respectivos Estados. En este libro, también, el prefijo “inter” fija el escenario geopolítico en el que se desarrolla el comienzo de la relación traductora entre Estados Unidos y Latinoamérica. Sin embargo, el “trans” también se hace presente en este vínculo traductor, no en la geografía que lo acoge, tampoco en lo político que lo condiciona porque las fronteras y las políticas que gestionaba entonces el ya naciente deseo imperialista norteamericano no le dan cabida, sino en el impulso que motiva las traducciones de las que pronto hablaremos. Como escriben los académicos Daniela Kato y Bruce Allen, “. . . Translation is the transnational practice par excellence, embodying intercultural exchange that is vital to the interpenetration of the local and

3 Para entonces ya era común el uso de “Latinoamérica”, que permitía borrar la diferencia lingüística dentro de la región en incorporar así a Brasil, uno de los países más prósperos de la zona. El término, como ya dijimos en el capítulo anterior, también establecía un vínculo con Francia y es el que prefiero usar para este trabajo.

4 Los años que toma Feinsod como límites de su investigación se definen por eventos políticos que marcan la cronología de las Américas. En sus palabras: “From the intensification of the Roosevelt-era Good Neighbor Policy (1938–1945) through the inter-American ‘drought’ of the early Corld War (1945–1959) and into the long decade of countercultural promise following the Cuban revolution. . . a significant company of expressive artists and critics, in tandem with politicians and international institutions, took seriously the claim that literary culture formed a basis for inter-American political understanding” (Feinsod 2017: 3).

the global” (Allen y Kato 2014). En este libro lo global es reemplazado por la idea de lo hemisférico, pero la traducción ocupa también ese espacio trans en el que cabe el intercambio cultural, el deseo geopolítico de agentes culturales de aquí y de allá de unirse, de crear un espacio propio, americano, levantado en parte por esta relación traductora que exploro aquí. Para llegar a esa relación es necesario primero, conocerse, aprender del otro para poder confiar, como dice Salvatore.

El interés de Estados Unidos en Latinoamérica se remonta a mediados del siglo XIX. Entonces ocurre la guerra contra México (1846–1848), uno de los primeros ejercicios de expansión de las fronteras nacionales de Estados Unidos hacia América Latina. Es también entonces cuando un pequeño número de universidades estadounidenses comienza un lento proceso de acumulación de material sobre los vecinos del sur: libros, panfletos, periódicos, manuscritos de la era colonial y material sobre el pasado precolombino que podía usarse como base y origen de un imperio moderno nacido en las Américas⁵. El mejor ejemplo de esto último es la lectura que el historiador William Prescott hace del imperio español y su caída. Prescott busca marcar las semejanzas de la joven república estadounidense con el imperio en expansión de la España medieval, llena de “libertades”, entusiasta, patriota. Al mismo tiempo, aleja a su naciente país del imperio caído, España ya vieja, la que, dice Prescott, se hunde bajo el peso de los Habsburgo y su sofocante relación con el catolicismo y la institución de la Inquisición. Con esta interpretación Prescott quiere decir que Estados Unidos en su juventud y entusiasmo, en su “bold commercial spirit” engendrado por las libertades de las que goza la nación, tiene lo que los imperios necesitan para durar en el tiempo⁶. Parte de ese espíritu anima las miradas sobre Latinoamérica, sobre la necesidad de conocerla, sobre la necesidad –como se plantea desde el movimiento Panamericano– de expandir hacia ella los mercados estadounidenses.

Poco a poco, en torno a esta idea de acumular conocimiento sobre la región, la enseñanza del español comenzó a encontrar lugar en las universidades estadounidenses. En 1925, Henry Grattan Doyle, profesor de lenguas romances de la George Washington University, escribió para el boletín de la Unión Panamericana una breve historia sobre la enseñanza del español en Estados Unidos. Doyle cuenta ahí que Harvard fue pionera entre las universidades con la creación de la Smith Professorship of French and Spanish Literature and Languages en 1817⁷. Después, cerca de 1830, siguieron Yale, Miami, Columbia y el College

5 Para más sobre este tema y su vínculo con el nacimiento de los estudios sobre Latinoamérica ver Salvatore (2016) y Salvatore (2005).

6 Para más sobre Prescott ver Kagan (1996) y Eipper (2000).

7 El hispanista George Ticknor fue el primero en ocupar esta posición en Harvard. Ticknor fue gran amigo de Prescott, educado también en Harvard, sobre quien escribió una biografía publi-

of New Jersey (ahora Princeton). En cuanto a las escuelas secundarias, la primera en incorporar clases de español en su currículo parece haber sido la English High School de Boston, en 1856. Durante todo este tiempo, el estudio de lenguas extranjeras en Estados Unidos no era considerado como parte de los requisitos para obtener un grado. Además, los profesores, la mayoría de las veces, eran mal pagados y debían enseñar dos o tres lenguas. La situación, por lo menos la del español, comenzó a cambiar alrededor de la guerra contra España, en 1898, cuando con la ocupación de Puerto Rico y con la presencia que establece en Cuba Estados Unidos se abre a territorios en los que se habla español y experimenta la posibilidad de expansión económica y política hacia América Latina⁸. Doyle cita un informe preparado en 1913 para Washington por C.H. Handschin sobre la enseñanza de lenguas modernas en Estados Unidos donde se dice que después de la guerra del 98: “. . . The prospect of trade and political relations with our Spanish possessions gave a great impetus to the study (of the language), and we find the colleges hastening to secure a course in Spanish” (Doyle 1925: 231). Luego vendrían la apertura del Canal de Panamá y la Primera Guerra: la crisis y la oportunidad, las expectativas de la expansión de los mercados como proyecto civilizador e integrador, la necesidad de intérpretes con los que entender a la región que se abría al sur.

Aunque el español parecía ganar terreno en las salas de clase y en los currículos de comienzos del siglo XX, eran muchos lo que creían que la enseñanza de las lenguas extranjeras en Estados Unidos estaba lejos de tener un nivel ideal y que el existente no bastaba para cimentar un proyecto común. Una de ellas era Graciela Mandujano, profesora chilena de lenguas extranjeras, quien pensaba que en Estados Unidos no se le daba a la enseñanza de lenguas extranjeras ni la importancia ni el foco debido. Mandujano, formada en la Universidad de Chile al alero de las enseñanzas de Rodolfo Lenz⁹, viajó a Washington en enero de 1916, al mismo tiempo en que *The Day Book* promocionaba el baile de la Panamericana en sus páginas. La profesora era una de las participantes del

cada en 1846. Cuento esto para ilustrar las estrechas relaciones entre los académicos y las instituciones que pasarán a formar parte del marco intelectual del movimiento panamericano. La misma silla que inaugura Ticknor, pasará en 1917, después de estar vacante por veinte años, a manos de Jeremiah D. Ford, de quien hablaremos en los próximos capítulos.

8 Para más sobre este tema ver Torruella (2007).

9 Rodolfo Lenz fue un lingüista alemán contratado en 1889 por el gobierno de Chile para dar clases en el Instituto Pedagógico, formando maestros. Dentro de sus muchos aportes al campo del estudio de las lenguas en Chile se destaca su “revolución”, como la llama Mandujano, en el área de la metodología de la enseñanza de las lenguas extranjeras en Chile. Además, creó herramientas para el uso de la gramática española y creó un diccionario etimológico de palabras chilenas con raíces indígenas. Para más información sobre Lenz ver Valencia (1993).

Segundo Congreso Científico Panamericano. En su exposición en el congreso, Mandujano explicó que el conocimiento de las lenguas extranjeras era considerado parte vital de la enseñanza secundaria en Chile, no por un asunto de tradición ni de sofisticación intelectual, sino por ser necesario para entender y ser entendido por el resto del mundo. Mandujano se lamentaba de que esa formación y ese interés por la lengua extranjera que se tenía en Chile no fuera correspondida en el país que visitaba:

[En Chile] El conocimiento del francés ha sido considerado como requisito importante de la persona culta; debemos aprender el alemán si nos dedicamos a la investigación científica, y el inglés se hace necesario como el idioma del comercio, o en caso de que queramos hacer una visita interesante al extranjero [sic]. Este interés de parte nuestra no era correspondido por un interés análogo de los extranjeros en nuestro idioma. ¿Quiénes estudiaban castellano algunos años ha? Sólo aquellos que tenían mucho empeño en leer el Quijote en el original, y estos eran contados . . . cómo es posible que mientras cerca de la mitad del continente habla español –sin mencionar España– no tenga la otra mitad ningún interés por ponerse en *contacto directo* con aquellas naciones. Me atrevería a decir que la necesidad siempre ha existido donde hoy se siente, pero que sólo no se había presentado la oportunidad de sentirla tan agudamente como ahora (el énfasis es mío, Mandujano 1915: 574).

Cuando Mandujano se presentó frente a los asistentes al congreso panamericano, el inglés llevaba cuatro años siendo considerado como la principal lengua extranjera a aprender en Chile, habiendo desplazado al francés que tanto había influido en la vida literaria e intelectual del país y de toda Latinoamérica. El cambio había ocurrido en 1912, después de que el Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria determinara que así lo ameritaban las oportunidades comerciales que podía traer consigo la apertura del Canal de Panamá. Luego, en el mismo año de la apertura del canal, estalló la Primera Guerra. Ese es el momento, la oportunidad de la que habla Mandujano. Su razonamiento fue confirmado con lo que pasó con la enseñanza de las lenguas extranjeras en Estados Unidos cuando éste entró en la guerra, en 1917. Dice Doyle que en ese momento muchas de las escuelas secundarias estadounidenses sacaron al alemán de su currículo. Así, entre 1915 y 1922 los estudiantes matriculados para estudiar alemán pasaron de ser 312.000 a ser cerca de 19.000. En la misma época, el español pasó de tener 35.000 inscritos a 263.000¹⁰. Aunque, dice Doyle, no hay duda de que la caída de la popularidad del alemán contribuyó en el alza de interés por el español, no fue la única causa (el estudio de español ya había experimentado un alza entre 1910 y 1915, cuando el alemán todavía gozaba de buena salud). En la

¹⁰ La inmigración de alemanes a Estados Unidos comenzó de manera moderada en los 1700. Entre 1820 y la Primera Guerra Mundial el flujo fue enorme y constante. Entre 1840 y 1880 fueron el grupo más grande de inmigrantes en Estados Unidos. Ver Wittke (1949).

misma época, el francés y el latín también experimentaron un alza enorme de matrículas, lo que coincide con que entre 1914 y 1921 las escuelas secundarias recibieron a cerca de 990.000 nuevos estudiantes (más de los que se habían sumado durante los 25 años anteriores). Como sea, para gente como Mandujano no solo se trataba de números, existía necesidad de contacto directo, se necesitaba *conocer* al habitante de la región contigua, al vecino:

. . . Para facilitar las relaciones financieras, científicas y sociales entre ambas Américas que confiamos han de producirse, necesitamos más que nunca un *conocimiento mutuo* . . . Nuestras relaciones internacionales no serán nunca otra cosa que un compromiso político y fácil de anular si esta inteligencia mutua no se extiende a las *masas del pueblo*. Y esto no será posible mientras no exista un *intercambio* de idiomas ¹¹ (el énfasis es mío, Mandujano 1915: 575).

Conocimiento mutuo. La búsqueda del otro, la experiencia, la comunicación con el extranjero tan cerca de casa como base para la relación de los pueblos del hemisferio. Para Mandujano, sin ese conocimiento y sin que éste se extendiera a la gente común de los países americanos, no podrían establecerse vínculos duraderos. Más aún, su idea de aprendizaje sobre el otro requería de un *intercambio* de idiomas, es decir, recibir uno y entregar otro, en una acción que implicaría igualdad¹². ¿Cómo lograr esa igualdad en el contexto del panamericanismo y su origen en la idea de la superioridad de Estados Unidos sobre el resto de América? ¿Dónde encontrar ese conocimiento sobre el otro? La primera pregunta la suspendo hasta más adelante y me quedo, por ahora, con la segunda. Salvatore dice que en el periodo de entreguerras el número de académicos estadounidenses comprometidos con el panamericanismo era cada vez mayor. Los promotores del movimiento esperaban que el conocimiento acumulado por estos intelectuales re-

11 Las dos Américas de las que habla Mandujano eran dos grandes bloques en el discurso general –Estados Unidos y Latinoamérica–, pero para los encargados de la política de Estados Unidos en relación al resto del hemisferio, esas Américas eran por lo menos tres. Ricardo Salvatore dice que el discurso académico estadounidense de principios de siglo XX –que es el que conforma el político- dividía al sur trazando una línea imaginaria en Panamá. Al norte se encontraba México, el Caribe y Centro América, es decir, los países más cercanos a Estados Unidos, también los más inestables política y económicamente, lo que los hacía más susceptibles de sufrir intervenciones directas por parte del coloso que crecía en Norteamérica. “Sudamérica”, en cambio, se caracterizaba por una mayor estabilidad política y económica. Ahí destacaban en especial los llamados “ABC countries”, Argentina, Brasil y Chile, vistos por inversores y comerciantes estadounidenses como “lands of opportunity”. Esta subdivisión de la región no afectaba la concepción general de una Latinoamérica en bloque, formada por naciones cuyas fronteras y peculiaridades se esfumaban para el consumo masivo.

12 Como ya se explicó en la introducción, para este estudio se dejó de lado la relación con el portugués como forma de partir de una base común entre los dos traductores cuyo trabajo analizaremos acá, y también por motivos de preferencia personal.

velara la “verdadera” identidad de las naciones latinoamericanas, sus semejanzas y diferencias. Los académicos embarcados en el estudio de la región, dice Salvatore, se enorgullecían de que sus disciplinas sirvieran para conformar la política exterior del país. Además, esperaban que una vez que los resultados de sus trabajos estuvieran al alcance de las masas estadounidenses este nuevo conocimiento adquirido produciría “feelings of sympathy and understanding” por los habitantes de Latinoamérica. Alfred Coester, que en 1916 escribe, en inglés y desde la academia estadounidense, la primera historia de literatura latinoamericana, dice en su prólogo que la manera de conocer a quienes llama “vecinos” es a través de los libros: “The main characteristics and trend of the Spanish-American *mind* are revealed in his literature” (el énfasis es mío, Coester 1916: vii). El conocimiento del vecino, entonces, pasaba por asomarse a esas mentes, esos intelectos. No a cualquier mente, no a las del pueblo que invocaba Mandujano, sino a la de las elites gobernantes. Es entonces que la literatura comienza a leerse como fuente de información, como lugar que revela esas mentes y los caracteres nacionales que forman Latinoamérica. Es así que la poesía comienza a caer del canon, superada por la novela, más apta para entregar hechos, datos. Sin embargo, la caída es lenta. Aún luchando contra la novela como género favorito y gracias a su mayor flexibilidad espacial la poesía se convirtió en la principal carta de presentación de Latinoamérica en esas primeras décadas del siglo XX. Desde antes de la Primera Guerra y sobre todo durante el transcurso de esta, fueron varios los periódicos que publicaban traducciones o incluso versiones bilingües de poesía latinoamericana, como *The American Mercury*, *Mexican Review* y más adelante el boletín de la Unión Panamericana y la *Pan American Magazine*¹³. Mientras Coester y el lentamente creciente número de académicos que se especializaban en los estudios sobre Latinoamérica leía y analizaba las obras de la región estudiando los caracteres nacionales, sus semejanzas y diferencias, un puñado de mujeres y hombres atentos a la falta de conocimiento mutuo y a las deficiencias de la enseñanza de la lengua extranjera comenzó a traducir las obras de América Latina, especialmente su poesía. Podríamos decir que todos ellos, de alguna manera, estaban motivados por el espíritu del panamericanismo, aunque muchos veían al movimiento como la posibilidad de lograr una real unidad hemisférica, un intercambio entre naciones iguales, sin seguir la idea hegemónica que lo animaba desde sus raíces políticas estadounidenses. Había en ellos un impulso de resistencia,

13 Incluso en 1925 la reconocida revista *Poetry* dedica un número especial a poesía latinoamericana (en su mayoría traducida por la poeta y oficial de asuntos culturales estadounidense Muna Lee), en la que se incluían trabajos de Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Leopoldo Lugones, Rubén Darío y José Santos Chocano, entre otros. Hablaremos más adelante un poco más sobre este especial.

una propuesta distinta a la que traían muchos académicos y el Departamento de Estado estadounidense.

Son estas voces traductoras que rodean a la lengua y a la literatura mientras abogan por una unidad hemisférica distinta a la propuesta por el panamericanismo, voces que disienten de la propuesta del movimiento a pesar de estar en estrecha relación con él, las que me interesan. Son voces de los bordes, posicionadas en los márgenes del campo literario y del movimiento panamericano y en directa relación con el desequilibrio de poder entre el inglés y el español. Ellas piensan el interregno, la suspensión de las políticas, de las intrigas, de la tensión de las instituciones, y delinean un espacio de encuentro entre lenguas e intelectos, entre pueblos que tal vez se parezcan más de lo que piensan. Sobre todo, centraré mi atención en Alice Stone Blackwell y en su trabajo de traductora amateur: ella, agente cultural, intermediaria, quien gracias a la libertad que le da el no depender de la traducción para vivir y el no estar atada a instituciones desafía al movimiento panamericanista, lo anota, resiste, siguiendo su deseo –creativo y geopolítico– de crear un lugar para el encuentro de las lenguas, de las mentes, de América toda.

Capítulo 2

Sujetos del deseo: Alice Stone Blackwell y la traducción amateur

La poeta y traductora Anne Carson se definió una vez como traductora y escritora amateur. Se explicó diciendo que nunca había estudiado literatura inglesa, por lo que no tenía ninguna familiaridad con las formas de esa tradición literaria. También dejó ver que no le interesaba la idea de ocupar tiempo entrenándose en esas formas para luego escribir o traducir desde el griego antiguo o el latín, lenguas clásicas en las que sí se había formado. En síntesis, decía que las formas a las que llegaba en su escritura no tenían que ver con formación, pero sí con una triangulación: “[I am] An amateur, yeah totally amateur, yes. But the thing about being an amateur is that it opens out that space for the third thing to happen” (el énfasis es mío, Carson 2012).

Carson se formó pensando en terceras cosas. La triangulación es una idea clave de su *Eros, the Bittersweet*, el libro basado en su tesis doctoral que ya es un clásico contemporáneo. En esa exploración sobre el deseo que hace en textos clásicos de la antigua Grecia, Carson se topa una y otra vez con esa tercera cosa que, argumenta, es constitutiva del deseo. Se la encuentra, por ejemplo, en los fragmentos de Safo¹, quien, según explica Carson, percibía el deseo como una estructura de tres partes, el o la amante, la o el amado y lo que está entre ellos. “The third component plays a paradoxical role for it both connects and separates, marking that two are not one, irradiating the absence whose presence is demanded by eros” (Carson 2009: 16). Según esta mirada, el deseo necesita una falta, la incompletitud, la separación del otro que se anhela. Esa falta pondría en movimiento al deseo, pondría, por decirlo de alguna manera, el triángulo a circular.

Suspendamos por un momento la idea de este triángulo movilizado por el deseo y miremos una breve declaración de la escritora brasileña Clarice Lispector, que también insistía en ser una escritora amateur y no profesional: “Soy amateur, yo escribo cuando quiero” (Lispector 1977). Con esa afirmación, Lispector declaraba la relación entre su ejercicio escritural y sus ganas, su deseo. También hay aquí una relación con el uso del tiempo y la remuneración. Lispector escribe cuando lo desea y en el momento en el que ese deseo se manifiesta, es decir, no en un tiempo regulado por instituciones o deberes, como los plazos de entrega de

¹ Carson es, además, traductora de Safo. Un conjunto de estas traducciones se publicó bajo el título *If Not, Winter: Fragments of Sappho*.

un trabajo escrito para la prensa o para un journal académico, tampoco bajo la presión de una remuneración contra entrega.

En su declararse y definirse amateurs, Carson y Lispector tocan algunos de los principales temas que entran en juego a la hora de definir el concepto de amateur: su contraposición con el profesional, el tema del uso del tiempo, la formación –porque Carson sí tiene formación, no solo como clasicista, sino como lectora voraz y atenta además de escritora prolífica– y, claro, el deseo. El deseo y el amor están en la base de la actividad del amateur. De hecho, están en la base de la palabra misma. Según el *Oxford English Dictionary*, el primer uso de esta palabra en inglés en la acepción que la contrapone a lo profesional fue hecha en 1786. Ya se había ocupado dos años antes de manera más apegada a la etimología que aún la marca y define: *amateur*, el o la que ama algo. Bernard Stiegler, filósofo francés que se ha ocupado de la pérdida de individuación en nuestras sociedades híper-mediadas y que ve en el amateurismo contemporáneo una forma de rescatar individuaciones a través del amor², ya ubicó el término en el centro del debate que en 1759 sostuvieron Diderot y el conde de Caylus, en el que Diderot cuestionaba los aires de Caylus quien proclamaba que solo una persona de rango (un noble, de esos mismos que perderían la cabeza poco después de este debate) podía ser un *verdadero amateur*, es decir un verdadero *amante* de las obras de arte³.

En las páginas que siguen exploraremos los temas que se desprenden de las declaraciones de Lispector y Carson y también los cambios que han sufrido el significado y la valoración del amateur a través de su no-historia, como podríamos llamarla si seguimos a Paloma Duong que indaga el tema en su trabajo “Amateur Citizens: Culture and Democracy in Contemporary Cuba”⁴. Allí, Duong traza genealogías de un término que en el habla cotidiana ha ido perdiendo prestigio hasta convertirse en sinónimo de un trabajo de baja calidad, de falta de habilidades, pero que, al mismo tiempo, se ha usado directa o indirectamente como

2 Stiegler no escribe directamente sobre el amor como sí lo hicieron filósofos como Barthes o Badiou, pero lo toca una y otra vez en sus textos. Ver Hughes (2014), donde Robert Hughes hace una brillante recopilación de las ideas de Stiegler sobre el amor y el deseo.

3 Stiegler cuenta que el término “amateur” fue definido en 1663 en las reglas de la Real Academia de Pintura de París. La definición en ese entonces apuntaba a “personas de rango” que ejercían la crítica o lectura de la obra de arte. El debate con Diderot culmina en la idea, original para su tiempo, de que el público tiene derecho a juzgar “estéticamente” una obra de arte, es decir, se acaba con el privilegio de clase asociado hasta ese momento con la idea del “amateur” (Stiegler 2017: 39–41).

4 Ver Duong (2014: 48–112).

figure of contrast with respect to the market-driven standardization of aesthetic codes, as *counterpart to the professionalization* of creativity, as *signifier of the democratization* of taste and creative labor, and as a *site of resistance* . . . to the division of labor, the commodification of leisure time, and the alienation of labor specific to the capitalist mode of production (el énfasis es mío, Duong 2014: 49).

La palabra se ha usado entonces como etiqueta despectiva, pero, ya desde el siglo XX, también como bandera de cierta lucha. Duong explica cómo el amateur se ha configurado en el presente como agente de corrección, resistencia o disrupción de un cierto orden de cosas, ya sea político, geopolítico o, aún más específicamente en el caso que aquí nos atañe, del orden de la circulación de los productos culturales, de la jerarquía de las lenguas y de las literaturas (todo esto, como veremos un poco más adelante, relaciona al amateur de manera estrecha y orgánica con el ejercicio de traducción). Lo que hace Duong al trazar esta genealogía reivindicadora del término amateur es lo mismo que busco en este espacio y lo que ha hecho gente como Lispector y Carson al proclamarse, con orgullo, amateurs: alejar el concepto de amateur de sus calificaciones más peyorativas e iluminar la manera en que ha cumplido y cumple funciones esenciales para la producción y circulación de bienes culturales.

Antes de detenerme en Duong y en su lúcida mirada sobre la evolución del amateur en los siglos XIX y XX quiero ir más atrás en búsqueda de los cambios en el significado y uso del término, para buscar allí, en las oscilaciones de la palabra, más datos sobre el ejercicio del deseo, el uso del tiempo libre, la formación y la paga en relación con la actividad amateur. Marjorie Garber en *Academic Instincts*, hace un recorrido por términos usados muchas veces como sinónimos de amateur y que lo anteceden en el tiempo. Así, en el siglo XVII *virtuoso* era usado para hablar de los hombres de la aristocracia (“men of leisure”) que además eran coleccionistas y concededores, hombres cultos, con acceso a los conocimientos del *scholar*, el anticuario y el científico. Yendo aún más atrás en el tiempo y a otra entrada del *Oxford English Dictionary*, vemos que *leisure* ya se usaba en el siglo XV para hablar específicamente de oportunidades a las que se accedía gracias al estar libre de ocupaciones. Así, ya entonces, el ocio, el placer, el esparcimiento –todas posibles traducciones de *leisure*– se asociaban indeleblemente a una clase privilegiada, que no debía ocuparse por sobrevivir. Garber también cuenta que en el siglo XVII se llamaba *dilettante* a quien se deleitaba en la adquisición de saberes y en la apreciación del arte. Luego, en el siglo XVIII, se usaba el término *belletrist* para hablar de literatura o de los estudios sobre la misma, pero después, con el tiempo el uso de la palabra cambiaría hasta llegar a ser sinónimo de pedantería y superficialidad literaria. Como se ve, en un principio todas estas palabras relacionadas con “amateur” implicaban una formación. Además, requería de esa libertad del uso del tiempo que da la riqueza,

que entonces permitía la formación en las artes, la literatura, el deporte, que entonces llevaba la marca de la aristocracia, de los “men of leisure”, amateurs que jugaban o practicaban por amor al deporte y/o a la nación, en contraste con los profesionales, que después lo harían por dinero y por la posibilidad de avance social⁵. Aquí, en el siglo XIX, con la práctica de ciertos deportes comenzaba ya la relación entre amateur y profesional que, como dice Garber no implica solo una distinción sino una relación dialéctica, compleja e intrincada: “. . . *Amateur and professional* . . . produce each other and they define each other by mutual affinities and exclusions . . . Not only are they mutually interconnected. Part of their power comes from the disavowal of the close affinity between them” (Garber 2009: 5). No hay amateur sin profesional y vice-versa.

Paloma Duong dice que antes de que existieran las tecnologías de reproducción masivas, como el gramófono, la radio o la jukebox, el amateur, el musical y el dedicado a otras artes u oficios, era probablemente uno de los agentes de apreciación y diseminación cultural más importantes. El amateur transmitía, socializaba “a form of active aesthetic enjoyment in salon cultures providing a circuit for the dissemination, discussion and promotion not just of the works themselves but of aesthetic theory and criticism more generally” (Duong 2014: 52). Esta idea de la distribución, del amateur como agente que amplía la recepción de ciertos bienes culturales, seguirá siendo vital para el amateurismo y su evolución, la que comprende, de manera importante, su salida del campo de acción de una aristocracia declinante para pasar a ser, ya en el siglo XIX, capital cultural de la naciente burguesía. El tiempo libre pasa a ser entonces no todo el tiempo que otorga la riqueza sino el que queda después del dedicado a la profesión que sustenta la vida diaria, el trabajo pago. A través de este desplazamiento, el amateur se posiciona en los márgenes del sistema de producción capitalista, lo que le permite ciertas libertades que no tendría de otro modo. Siguiendo en esa línea, Duong cita el trabajo hecho en 1970 por el sociólogo Robert Stebbins quien propuso al amateur como un agente cultural indispensable de la modernidad, encargado de facilitar los mecanismos de distribución y recepción de los mercados culturales del siglo XX. Otra característica específica que Stebbins reconoce en el amateur es la de ser un miembro peculiar del público o audiencia: un amateur es al mismo tiempo practicante y público del arte u oficio que desempeña. Esta ubicuidad alimenta su compleja relación con el profesional, ya que a través de ella se presenta como un sujeto que por un lado sabe lo que el público espera de cierta performance o producto cultural y que,

5 Para más información sobre la relación entre amateurs y profesionales, clase trabajadora y aristocracia en el mundo del deporte de los siglos XIX y XX ver Garber (2009: 6–30).

por otro, también sabe qué se requiere de parte de quien produce el bien cultural para cumplir con esas expectativas. Es relevante para mi trabajo el que Stebbins piense en esta ubicuidad del amateur moderno al mismo tiempo que lo declara un agente marginal, “(a) marginal men of leisure”, para ser más exactos (Stebbins 1977: 598). En esta declaración de Stebbins se mantiene la idea del ocio, del “hombre” –la idea de una mujer entregada al tiempo libre todavía no encuentra espacio en el campo semántico que nos atañe, pero la añade: también de la mujer– entregado/a a una actividad por fuera de sus preocupaciones diarias, y se agrega el tema del margen, alguien que se mueve siempre al borde, a punto de caer. Esta marginalidad, característica vital para la exploración que haremos aquí sobre la figura del traductor amateur, está dada por el hecho de que el amateur se dedica a su arte u oficio con toda seriedad y compromiso, aunque no viva de ello, es decir, como ya dijimos, con una dedicación que queda en el margen del sistema de producción capitalista⁶.

Stiegler de una manera oblicua también apunta a esta marginalidad del amateur. En la mirada del filósofo francés este habitar los bordes le permite al amateur el tener una idea del tiempo distinta a la que ha ido modelando e imponiendo el sistema capitalista y su economía del consumo: “The time of the amateur is that which resists the dissociation of the time of life into time of work (of production) and time of leisure (or of consumption)” (Stiegler s.f.). El amateur trabaja por lo que ama, en lo que ama, cuando quiere –como Lispector– y así quiebra la economía de consumo y se inscribe en una economía de “contribución”, que permite la aparición o circulación de tecnología y de cultura. Así Stiegler llega por otra vía que Stebbins a la idea del amateur como responsable de la circulación de ciertos bienes culturales, los que, sin él o ella, sin su deseo, no entrarían en movimiento, en ese que pone a correr al triángulo del que habla Carson.

Quiero incluir en las marginalidades que definen al amateur la mirada social que se ha instalado en torno a la depreciación del término. Esta no asume la relación entre amateur y profesional como otra cosa que términos contrapuestos y con ese pasar por alto la relación dialéctica entre los dos términos avala la imposibilidad de recompensar monetariamente al amateur. El salario de uno niega toda posibilidad de salario para el otro. Esta medida social del valor del amateur asume toda la carga peyorativa que ha adquirido el término en su uso cotidiano,

⁶ Stebbins dice que otros aspectos de la marginalidad del amateur serían la tendencia a no poder controlar la enorme cantidad de dedicación otorgada a su oficio o vocación, el hecho de no poder romper con su condición amateur (es decir, no poder ingresar al área profesional de su campo) y la frustración que sentirían por no tener tiempo o acceso a la tecnología disponible en un oficio que manejan tan bien. Para este trabajo destaco la característica que me parece más relevante para mi investigación.

aquí el amateur sería el poco especializado, el no formado, el que ocupa tiempo libre para una actividad recreativa, ¿y a quién se le paga por un pasatiempo?

“Eros es un verbo”

Sigamos al triángulo que rueda. “Desire moves. Eros is a verb” (Carson 2009: 17), escribe Carson. Ese movimiento parte del amor, si pensamos en las fuentes clásicas de Carson, que también son las que toma Stiegler como punto de partida. Cuando el francés habla de amor y deseo, explica Robert Hughes en su trabajo sobre Stiegler⁷, lo hace siguiendo a *El banquete* de Platón, donde el amor y el deseo son presentados como aliados cercanos que avanzan juntos en la búsqueda de lo amado, en la búsqueda, también y siempre, de conocimiento (conocer *al* amado o la amada, a *lo* amado). Avance, búsqueda, movimiento. El amateur hace, fabrica, crea, ama y construye. Dice Stiegler: “Amateur is the name given to one who loves works or who realizes him or herself in traversing such works” (Stiegler s.f.). Así pensado, el amateur ama las obras a las que se dedica –su tiempo, su esfuerzo, su conocimiento– y además crece a través de ellas. Como ya vimos ese crecimiento no es para su solo beneficio sino también para el de quienes reciben ese trabajo puesto a circular, porque el o la amateur es parte de una economía de contribución, libidinal. Como explica Hughes: “Stiegler’s amateur works for love no less than for wages and his or her making and producing is oriented toward passion and care more than toward possession or consumption” (Hughes 2014: 61). Ese amor y pasión contribuyen también a la obra o al campo de la actividad del amateur. Lo alimentan, lo cuidan, lo mejoran y, aún más, producen en quien recibe esa obra un reflejo de ese deseo, las ganas de hacer, también de crear, no solo de consumir. El o la amateur y lo que ama, y entre ellos, el tercer elemento de ese triángulo, quien recibe el producto de ese amor y deseo en movimiento: un público, una audiencia. Ahora llevo este triángulo a rodar en el campo de la traducción literaria y pregunto, ¿qué desea un traductor, una traductora? ¿Qué es lo que la pone en movimiento, a ella, su esfuerzo, su tiempo, su preparación? ¿Es el deseo/el amor por el texto escrito en otra lengua? ¿Una voz, otra voz? ¿Un autor, una autora? ¿Compartir esa voz a la que otros tal vez no tengan acceso? ¿Compartir un mensaje, una idea, belleza? Volveré a estas preguntas a medida que avanza este libro. Quedémonos con ellas y con la pregunta que lanza de pronto Lawrence Venuti en uno de sus ensayos sobre la traducción, “Where is your desire?” (Venuti 2019: 40).

7 Ver Hughes (2014).

La construcción de una traductora amateur

Con una gramática i un diccionario prestados, al mes y once días de iniciado el solitario aprendizaje, había *traducido doce volúmenes*, entre ellos las memorias de Josefina . . . Tenía mis libros sobre el comedor, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena: la vela se extinguía a las dos de la mañana, y cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado, registrando el diccionario⁸ (el énfasis es mío, Sarmiento 1850: 150).

Quien habla aquí es Sarmiento, en sus *Recuerdos de Provincia*. Dice que así, con una gramática y un diccionario prestados y en solitario aprendizaje, aprendió francés luego de que una visita a una biblioteca repleta de libros en ese idioma le despertara el apetito lector. Para 1850, las bibliotecas llevaban siglos sin ser cosa de monasterios y universidades. Ya también se habían extendido más allá de los salones de las familias dueñas de viejas riquezas. La afición por los libros y las lenguas había salido del territorio exclusivo de la aristocracia abriendo un espacio para el lingüista y el literato amateur y autodidacta. El crítico y novelista Saikat Majumdar propone que “Autodidacticism, or self-education, is usually a process of amateur training. More often than not, it is conducted in private, often in isolation, outside institutions, though it sometimes happens in and around their precincts” (Majumdar 2017: 5). Sarmiento cuenta que quemaba velas mientras aprendía. Rápido. Solo. Inspirado por una biblioteca, pero lejos de ella, con los libros sobre la mesa. La institución reconvertida en el espacio doméstico. “Manía de autodidacta”, dice Sylvia Molloy citando el trabajo de Sarlo y Altamirano sobre los *Recuerdos* de Sarmiento, y sigue: “(manía) de rebelde que desafía a la academia con su personalísima ‘máquina de aprender’, reivindicando un cuerpo a cuerpo con el libro en el que sobran los mediadores” (Molloy 1988: 413). Sarmiento y su entrenamiento amateur o aprendizaje autodidacta de una lengua extranjera son los únicos mediadores ante los textos escritos en un idioma que apenas comienza a conocer. Explica Molloy sobre esos comienzos: “Los libros que lee o quiere leer Sarmiento son textos vedados mientras no conozca idiomas: ‘Para los pueblos del habla castellana, aprender un idioma vivo es solo aprender a leer’. . . Leer, por tanto, significa desde un principio *traducir*” (Molloy 1988: 414).

Alice Stone Blackwell, nacida en Orange, Nueva Jersey, en 1857, también gustaba de leer libros vedados, impenetrables por estar escritos en lenguas que

⁸ Se respeta en esta cita la grafía de esta primera edición de *Recuerdos de Provincia*.

ella, graduada con honores, una de las dos mujeres de su clase en el College de Liberal Arts de la Universidad de Boston, no conocía. Blackwell, como Sarmiento⁹, leía traduciendo, pero sus traducciones pasaban al papel y requerían otros lectores aparte de ella misma. Blackwell era una traductora de formación autodidacta, que traducía en su tiempo libre en una época en que las mujeres luchaban por el voto. De hecho, ese, la lucha por el sufragio femenino, era su trabajo principal, el que la sostenía. Blackwell había nacido en cuna rebelde, sus padres, Henry B. Blackwell y Lucy Stone, fueron conocidos abolicionistas e incansables defensores de la igualdad de derechos de la mujer y ella había seguido sus pasos desde siempre. Después de graduarse de la universidad trabajó junto a ellos en la Woman Suffrage Association y en *The Woman's Journal*, periódico que editó por 30 años, quedándose a la cabeza de este después de la muerte de sus progenitores. Además, fue una de las editoras del *Woman Citizen* de Nueva York y escribía constantemente para otros muchos periódicos y revistas. A estas actividades hay que sumar los varios cargos que ocupó en la Asociación de Mujeres Cristianas por la Temperancia, la Unión de Amigos de Armenia y la Unión de Amigos por la Libertad de Rusia.

Sherry Simon dice que durante los siglos XVIII y XIX, a los que propongo sumar las primeras décadas del XX, muchas mujeres combinaron sus intereses en causas sociales y políticas con la producción de traducciones. Según Simon, en épocas en las cuales fueron históricamente marginadas del mundo de las letras y de la opinión pública, la traducción “despite its historical status as a weak and degraded version of authorship” (Simon 1996: 54), sirvió a las mujeres como un espacio importante de expresión:

They understood that *the transmission of significant literary texts* was an essential, not an accessory, cultural task. The translation of key texts is an important aspect of any movement of ideas. This is evident of first-wave feminism and for the causes to which it was allied, especially the anti-slavery movement . . . (el énfasis es mío, Simon 1996: 40).

Blackwell venía de una familia donde las mujeres tenían opinión y la posibilidad de expresarla, en periódicos, en charlas públicas, en salas de la universidad¹⁰. Sin embargo, las mujeres de la familia se sabían un caso excepcional y luchaban para que sus privilegios se extendieran y se hicieran comunes. Black-

⁹ En 1848 Sarmiento había viajado a Boston, donde había conocido a Horace y Mary Mann – quien haría la primera traducción al inglés del Facundo– y a Longfellow.

¹⁰ Elizabeth Blackwell, una de las tías de Alice Stone Blackwell, fue la primera mujer médico de Estados Unidos. Elizabeth y su hermana Emily fueron claves en la promoción de la educación de la mujer. Antoinette Brown Blackwell, además de ser una conocida charlista en el tema de la reforma social, fue la primera mujer del país en ser ordenada ministro. (*Blackwell Family Papers*).

well, sufragista hija de sufragistas y abolicionistas, era una de estas mujeres en los márgenes que supieron ocupar la traducción, también disciplina de los bordes, de manera estratégica. Blackwell pensaba la literatura, específicamente la poesía y sobre todo la de países extranjeros atravesando situaciones convulsas, como textos claves para un mundo conectado, cosmopolita, que entre conflictos y guerras aspiraba al entendimiento. Consideraba una especie de misión, como ya veremos, el poner en movimiento, distribuir esos textos, esas literaturas, amplificando su recepción: el amateur como engranaje de circulación que se desprende de las miradas de Stebbins y Duong. Blackwell, entonces, mujer, traductora, amateur, intervenía el campo cultural en el que se movía desde un espacio fronterizo. Avanzaba allí movida por su deseo.

Siguiendo con la idea de los márgenes vuelvo al trabajo de Majumdar, quien dice que el término amateur usado por cerca de un siglo mayormente para identificar a esos “men of leisure” de la aristocracia, se feminizó específicamente en el escenario asociado a la academia y al estudio de literaturas y lenguas, a fines del siglo XIX: “. . . This professionalism came with a distinct gendered performance, where credible scholarly authority belonged to the masculine mind, and the amateur sensibility, now suddenly trivialized, was identified with the feminine” (Majumdar 2017: 9). La inagotable conversación, forzosamente antagónica, entre los términos “profesional” y “amateur” llevó al amateurismo conformado en torno a las letras a ser considerado un terreno más apropiado para las mujeres. Así, mientras los académicos de las letras comenzaban a llenar las universidades, el amateurismo era desplazado hacia los bordes, donde ya se encontraban las mujeres y también la traducción. El encuentro parecía inevitable. Aunque las fuerzas que convergen en ese encuentro entre mujer y amateur en el campo literario, en la traducción, son de distinto orden y origen, se potencian: la mujer, marginada del proceso de mercantilización de la fuerza de trabajo tiene espacio para desarrollar otro tipo de economías, como el afecto, con las que regular sus actividades, sus redes. Dentro del reducido espacio del margen encuentra lugar para la diferencia.

Sigo explorando el borde, ahora a través de la traducción: si para Sarmiento leer es traducir, para Borges, según interpreta Molloy, traducir es leer con una diferencia, es marcar ese texto con la propia escritura. Ese texto traducido no repite el original, esa es la manera como traducía Borges y como traducía Blackwell, según veremos más adelante. Traducir, entonces, es leer y además es la escritura de esa lectura, como dice Patricia Willson. Estas dos características ponen a la traducción y a la traductora en una posición de segundo orden en el campo literario. Están después, por debajo, de una autora o un autor, por lo que los nombres de los traductores se caen de las portadas de los libros, de los pagos de las regalías. Están en el margen del mercado editorial, también. Con

todos estos sujetos y objetos de los bordes en mente quiero pensar la traducción literaria como un espacio ideal de encuentro de estas marginalidades que no se agotan en sí mismas, sino que buscan accionar –anotar, corregir, proponer– desde el lugar al que se las ha relegado, un lugar en el que caben principalmente mujeres como Blackwell, pero también hombres como Sarmiento, pobre, autodidacta, amateur, latinoamericano. Aunque no, no hombres como Sarmiento que hacen de esta forma del amateurismo una estrategia para llegar al poder, sino los que se quedan en esa frontera amateur que los atrapa en su expansión, pero que al mismo tiempo los deja andar libres por el borde.

En *Cosmopolitan Desires* Mariano Siskind piensa el lugar de cierta literatura latinoamericana cosmopolita en relación a una construcción de un “mundo” conformado por intercambios culturales desiguales. Su trabajo se centra en particular en un grupo de escritores hombres latinoamericanos cuya subjetividad cultural es modelada por el lugar marginal de enunciación que ocupan –Latinoamérica– y por la certeza de que su ubicación geopolítica los deja fuera de un proceso global de modernización. Escritores, entonces, marginales. Esta idea me permite decir algo distinto, me permite hablar de los traductores amateur, estos agentes culturales doblemente marginales, que como Blackwell –que como mujer sería tres veces marginal– usan su trabajo para corregir el desequilibrio que ven en el intercambio cultural que los rodea, a través de las anotaciones y propuestas de las que hablaba antes y en las que ahondaremos dentro de poco. Así como el trabajo de Siskind sigue los intentos de estos escritores del margen por ir contra la exclusión producida por estructuras hegemónicas eurocéntricas al mismo tiempo que registra el nivel de agencia cultural y política que ganaron en el intento, aquí quiero poner atención sobre las anotaciones o correcciones que el traductor amateur realiza. Quiero poner especial atención en cómo estas anotaciones hechas al proceso de circulación de obras suelen ir también contra ciertas estructuras hegemónicas –ya sea el mercado o en el caso de Blackwell, la injusticia social o el intervencionismo del movimiento panamericano– que han modelado de antemano la circulación de literaturas y lenguas.

Desear traducir

Durante su niñez Blackwell había escrito poesía que, según ella, no tenía mucho mérito. Dice que por eso la abandonó y decidió concentrar su escritura en la lucha por los derechos de la mujer y otras causas justas no solo de Estados Unidos, sino también de otras partes del mundo. Como dice Simon, la traducción se volvió parte vital de las luchas sociales que daban las mujeres en esos años y

Blackwell supo usarla para abogar por sus propias convicciones. Su relación con la traducción comenzó cuando supo de las masacres armenias de fin de siglo que presagiaban el genocidio que vendría con la Primera Guerra. Fue como reacción a ellas que Blackwell se volvió traductora. En Boston conoció a un grupo de armenios refugiados en Estados Unidos y decidió que era su deber dar a conocer la realidad de la violencia a la que estaban siendo sometidos por el imperio Otomano. Supo, por sus amigos, que los poetas eran especialmente perseguidos y pensó que una mayor circulación de esa misma poesía amenazada se podía volver contra la represión del imperio. En 1896 publicó *Armenian Poems*, una antología que tradujo con la ayuda de sus amigos expatriados. Ellos hacían una versión en prosa en inglés de los poemas a traducir y Blackwell la versificaba según su gusto. La primera tirada se agotó en cosa de semanas y en 1917 los dineros recaudados por una segunda edición fueron en su totalidad a la Unión de Amigos de Armenia. Este método de traducción que ya retomaré, fue el mismo que usó para producir su antología de 1908, *Songs of Russia*, inspirada y pensada para ayudar a quienes sufrían bajo el yugo zarista, y también su *Songs of Grief and Gladness*, una selección de poemas escritos en ídish por el inmigrante ruso Ezequiel Leavitt¹¹. Blackwell sentía que su interés por la traducción era una consecuencia lógica de sus intereses políticos e intelectuales, así lo escribió en un perfil sobre ella misma que en 1919 le piden los editores de *The Mexican Review*, periódico del que era colaboradora frecuente¹²:

Brought up in a home that was full of the spirit of the *Crusaders*¹³, it was natural that Miss Blackwell, in her poetical work, should try to serve as an *interpreter* for nations that are oppressed and persecuted, or for those that are *little known in the United States*, and consequently misunderstood (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*).

Blackwell entendía, entonces, la traducción como una misión digna de cruzados, una que ofrecía, en su caso, a los pueblos oprimidos o poco conocidos en

11 Este fue su único trabajo de traducción que tuvo como resultado un libro dedicado a un solo autor.

12 *The Mexican Review* fue un periódico bilingüe publicado entre 1916 y 1922 con la idea de promover “the enlightenment of the American people in respect to the hopes, ambitions, beneficent intentions and accomplishments of the constitutionalist government of the republic of Mexico”. En su primer número, este periódico editado por estadounidenses, llevó en la portada los retratos a toda página de los presidentes Venustiano Carranza y Woodrow Wilson.

13 Soy consciente de la complejidad de la alusión a las Cruzadas en un contexto en el que la idea de “misión” se relaciona con una idea de inclusividad y respeto por el otro, lo extranjero, lo diferente. Sin embargo, El *Oxford English Dictionary* muestra que en la época de Blackwell, “*crusade*” era usado como sinónimo de cualquier lucha imperiosa, agresiva contra un mal que afectara a la sociedad, o contra cualquier institución o persona considerada pernicioso para el bien común.

Estados Unidos. Su ofrecimiento y su deseo conformados por la idea de interpretar, tomar lo escrito por esos pueblos y desentrañarlo, explicarlo para presentarlo en Estados Unidos y así generar conocimiento sobre esas literaturas y quienes las producían. Traducir, como se desprende de las propias palabras de Blackwell, era también para ella hacer una lectura, entregar una interpretación. Esther Allen dice que traducir y anotar un texto –glosar, dar fuentes, comentar– son dos acciones más cercanas de lo que habitualmente se cree¹⁴. Es más, las propone acciones gemelas, separadas de manera artificial por el uso y las convenciones, pero siempre tendientes a volver a encontrarse en el lugar que es la interpretación de un texto. Sin embargo, Blackwell no tenía especial predilección por anotar las traducciones que hacía. Tanto así que cuando reúne gran parte de sus traducciones de poesía latinoamericana en su *Some Spanish-American Poets* (1929) hay solo 13 notas para los 207 poemas comprendidos en el volumen, las que revisaremos en el capítulo cuatro. Esto no significa que no anotara o contextualizara sus traducciones, sino que su trabajo de anotación iba más allá de las notas del traductor. Blackwell, como otros en su época¹⁵, creaba contexto para estas literaturas de manera más amplia. Entre los muchos escritos que producía en su trabajo por el sufragio femenino y los derechos de la mujer, Blackwell se dio tiempo para escribir artículos sobre literatura latinoamericana y presentar así a sus autores favoritos en cada revista que le daba espacio para hacerlo (así escribió perfiles sobre Darío, Mistral, Nervo y Santos Chocano, por nombrar a algunos). Contaba sobre el fervor por la poesía que según ella era común para toda la región¹⁶, y le otorgaba al género una importancia vital como instrumento para el conocimiento de los vecinos del sur de las Américas. “Anyone who wants to understand our Latin American neighbors ought to know something of their poetry” (Blackwell 1935: 407), proponía Blackwell en un artículo en el que presentaba una serie de perfiles de escritores latinoamericanos. De esta forma, hacía suya la idea fuerza de que la literatura encierra caracteres, identidades, pueblos enteros. Esa misma frase, con algunas variaciones, la iría repitiendo de artículo en artículo y luego, en el prólogo de *Some Spanish-American Poets*. Quería, deseaba, conocer a los habitantes de Latinoamérica a través de su literatura, como Alfred Coester y tantos otros en ese tiempo. Sin embargo, el

¹⁴ Ver Allen (2013).

¹⁵ Entre ellos, el traductor y escritor Isaac Goldberg, a quien dedicaremos el siguiente capítulo.

¹⁶ Varios de sus artículos comenzaban contando cómo acorazados argentinos y uruguayos habían acompañado los restos de Nervo desde Montevideo a México, o cómo los viajes de Darío y la Mistral por Latinoamérica eran celebrados como si fueran viajes de la realeza. Estas mismas anécdotas las usará después para la nota de traductora que elabora para su propio libro *Some Spanish-American Poets*.

conocimiento que Blackwell esperaba generar con su trabajo de divulgación y de traducción literaria no era uno que develaba “la mente” o el intelecto de las elites latinoamericanas¹⁷. Blackwell buscaba otra cosa, como dijo en el auto-perfil que escribió para *The Mexican Review*. Lo que la impulsaba, y esto es de suma importancia para este trabajo, era “the desirability of bringing our Southern neighbors to public attention not as markets but as souls” (*Blackwell Family Papers*). Almas y no mercados. Ella, cristiana, puritana, trataba de encontrar un piso común profundo, estable, con los vecinos del sur, uno que fuera más lejos que la precaria y jerárquica noción de Latinoamérica como una serie de mercados a conquistar. Con esto, Blackwell corregía la visión panamericanista, le daba alma, y a su vez anotaba, hacía un comentario, sobre el desequilibrio que veía en el intercambio cultural del hemisferio. Así, intervenía en el desequilibrio de poderes que resultaba en la falta de circulación de las obras producidas por literaturas extranjeras. Esta forma de comentario o corrección, entonces, retoma al amateur como engranaje clave para la circulación de bienes culturales. Blackwell en su papel de traductora socializa, expande, la recepción de ciertas obras e ideas y, en general, de una literatura que le parece importante y a la que observa fuera del circuito de circulación. Su participación entonces en este circuito de distribución y circulación de bienes materiales tiene la marca de la resistencia y de la subversión. También del amor, del deseo por conocer a ese, a esa, a quienes ve como vecinos. Blackwell, como amateur, propone un orden distinto al imperante, uno que no podría proponer si no fuera desde su rol de traductora.

Hay debates nuevos que iluminan escenarios pasados, como el que le toca a Blackwell. Esther Allen y Susan Bernofsky explican que en las últimas décadas “There is a generational move toward an image of the translator as an intellectual figure empowered with agency and sensibility who produces knowledge by curating cultural encounters” (Allen y Bernofsky 2013: xix). Según los debates en torno a la agencia del traductor que se han hecho más comunes desde comienzos de los 2000, además de conocimiento, traductoras y traductores pueden producir también alternativas a las formas en que se distribuye ese conocimiento¹⁸. Edwin Gentzler dice citando la introducción que hizo junto

17 Para más sobre Coester y los primeros latinoamericanistas estadounidenses y su aproximación a la región ver el *Interregno* de este mismo libro.

18 En la primera década de los 2000 el giro cultural de los estudios de traducción produjo textos que exploraron específicamente la relación entre poder y traducción y, dentro de esta relación, la agencia de los traductores. Muchas de las discusiones que se han dado en el campo de la traducción sobre esta como instrumento de subversión fueron originadas por la publicación en 1994 de *The Translator's Invisibility (A History of Translation)*, de Lawrence Venuti. Ver también Tymoczko y Gentzler (2002) y Tymoczko (2010).

con Maria Tymoczko para una antología dedicada al tema de la traducción y el poder, que la traducción, al igual que otras actividades culturales puede ser movilizada “for counter-discourses and subversion, or for any number of mediating positions in between” (Tymoczko y Gentzler 2002: 32). Tanto el traductor como las traducciones resisten y/o subvierten flujos de circulación de literaturas y lenguas, cambian, estimulan o molestan a las culturas receptoras al mismo tiempo que hablan de las culturas de origen¹⁹. En la misma línea, Johannes Göransson lee a George Steiner a contra-corriente y dice que:

Works in translation have a destabilizing potential that is important in this age of imperialism, invasions, hegemony and neo-colonialism. . . I propose we look at this imbalance as a key to what translation does; it creates imbalances, it ruins illusions of completion and mastery (Göransson 2018: 34–35).

La subversión y resistencia traductora era acometida en el caso de Blackwell con un fervor intenso, propio del amateur –recordemos que según Stebbins su posición marginal, lo dispondría a perder el control sobre su oficio, desbordado por la pasión y la falta de límites “profesionales” – y de ciertas figuras religiosas. Esto último, al menos según Gabriela Mistral, quien en 1931, después de más de una década de amistad y correspondencia, conoció por fin a Blackwell, la primera traductora consistente de su obra al inglés²⁰. Se conocieron en Boston, en una sala de la universidad²¹. A partir de ese encuentro de horas –que Mistral resiente por no haber sido en la casa de la traductora–, la chilena escribe para un

19 Después de unas décadas centrados en la parte más funcionalista de la traducción, en los años 70 y 80 se desarrolló la disciplina de los estudios descriptivos de traducción, la que hizo efectivo el giro hacia aspectos más ideológicos de la disciplina. En esta corriente se enfatizó la idea trabajada antes por gente como Borges de que el impacto de las traducciones debía buscarse –y estudiarse– en las culturas receptoras, una idea que hoy ha sido asimilada, debatida y complejizada. Para leer sobre la influencia sobre todo estética de las traducciones en la cultura receptora y la importancia de la agencia del traductor en este escenario ver Willson (2004).

20 Blackwell fue una de las primeras traductoras, si no la primera, en llevar al inglés la poesía de la poeta chilena. En *Some Spanish American Poets*, aparecen 17 poemas de Mistral, siendo la segunda escritora con más obras del volumen (el peruano José Santos Chocano tiene 18 poemas ahí). “Nos ha abierto el difícil camino hacia esta lengua”, le agradece Mistral a Blackwell en una carta de 1930, en la que le cuenta que por primera vez ha podido mirar el libro terminado (*Blackwell Family Papers*).

21 Blackwell llega a la obra de Gabriela Mistral gracias al periodista, escritor y traductor chileno Ernesto Montenegro, vecindado en Nueva York desde 1915. Dice Sherry Simon que las mujeres del XVIII y XIX traducían para crear redes de comunicación y solidaridad en torno a las causas sociales comunes. Para leer más sobre la red intelectual en la que se encuentran Gabriela Mistral y Alice Stone Blackwell ver Cabello Hutt (2014).

diario colombiano un artículo que titula “Una amiga de los poetas suramericanos: Alice Blackwell Stone [sic]”. Allí, Mistral da su propia versión de cómo la traductora está impregnada del espíritu de los cruzados y la nombra “apóstol” de una causa justa –la traducción literaria– en un país “. . . de chata conformidad y de desabrida indiferencia literaria”, donde “. . . la carencia de humanidades verdaderas, es un mal concreto que casi se toca en el aire” (Mistral 2002: 252). Un país materialista, especificaba Mistral, dedicado a la producción y al consumo, pero donde florecían personas encendidas de un fervor casi místico que se lanzaban a misiones pedagógicas, sociales, letradas, como Blackwell. Para Mistral la palabra “misión” era clave. Había leído bien a la traductora. Era la idea de misión, decía, la que hacía que gente como Blackwell se involucrara con todo su ser en la tarea elegida, costara lo que costara. Cuando se conocen, en 1931, Blackwell ya tenía 74 años y muchas décadas de trabajo intenso, como editora, sufragista y traductora. Mistral se encuentra entonces con:

Una anciana flacucha de cuerpo pero montada en acero liviano como el reloj suizo y que es una de las mujeres más trabajadas del mundo. El semblante sensible y tocado de tristeza, la frente vasta con suavidad y la voz palabra que hace bien con solo ser dulce, la cabeza en blanco unánime, son cosas tan extraordinariamente parecidas en ella y mi madre que yo le hablo a lo largo de tres horas levantando y bajando los ojos en que la lágrima se hace y se deshace (Mistral 2002: 253).

Imposible saber en qué lengua ocurrió esa conversación. Mistral no lo cuenta. Tampoco se puede saber qué marcaba la cara de Blackwell con tristeza, pero sí sabemos que en esta conversación Mistral *reconoció* a Blackwell como parte de su familia. Blackwell pasó a ser así mucho más que la traductora y la habitante de un país vecino, pasó a ser la figura de la madre que encuentra a Mistral en una sala impersonal de Boston. Como en toda familia, en esta reunión no se habla todo. A pesar de que en las cartas que intercambiaron antes de conocerse en persona discutían sobre Estados Unidos y su política para con Latinoamérica además de sobre poesía y traducción, la literatura es la que se toma todo el espacio aquí²². Lo demás queda afuera y Mistral cree saber por qué:

²² Solo encontré tres cartas de Mistral a Blackwell y un par de postales que esta última le manda a Mistral, y a una serie de amigos y conocidos, una vez que comienza a perder la vista. Por las mismas cartas, y por cartas de terceros en que se las menciona a ambas, debería haber más correspondencia entre ellas, cartas que se han perdido o que, por el momento, no han salido a la luz en los archivos de las escritoras e intelectuales. Por ejemplo, en una carta de 1928, Mistral le pide a Blackwell que en nombre de “mi vieja amistad” le perdone por la demora en contestarle una carta que no he podido encontrar.

La noble anciana conoce tal vez mi leyenda de enemiga oficial del sufragismo, que me han hecho unas cuantas “acomodadas”, porque nada me dice de su *left bank*, ni una sola palabra de su obra política (mi amiga, mal le dijeron lo mío)²³. . . Me habla tan bien de la poesía. . . que yo también olvido lo que calla y no veo en ella sino la traductora de cien poetas, una *santa diaconesa* de mi oficio (el énfasis es mío, Mistral 2002: 254).

En este tiempo de correspondencia, Mistral cree entender que alguien le ha contado a Blackwell, de manera torcida, sobre su compleja relación con los grupos feministas chilenos. Por eso, piensa, la traductora ha decidido ser con ella, por estas horas, solo eso, traductora de poetas. Mistral, que finalmente dice haber olvidado lo que no se habla, vuelve a la idea de la misión, de la dedicación casi religiosa o consagración de Blackwell al oficio de la poesía y a su traducción. Mistral dice que Blackwell, quien dos años antes del encuentro con la poeta chilena había escrito en el prólogo de su *Some Spanish-American Poets* que esperaba que su libro colaborara con el mutuo entendimiento y la buena voluntad de las regiones, le explica de esta manera por qué considera la práctica de la traducción tan necesaria:

Yo creo, amiga mía, que cada lengua debe poseer las traducciones perfectas, las más acabadas que sea posible, de los poemas definitivos que hay en las demás lenguas. Cada cultura se cuida muy bien de reunir los sistemas filosóficos antiguos y actuales; cada país se cuida de que no le falte en sus museos ejemplares animales y vegetales de cierta importancia. Los grandes poetas son piezas de la misma índole, documentos necesarios de (los) que una lengua no puede prescindir sin que le falten en su ojo y con su ojo y en su espíritu (Mistral 2002: 254).

Blackwell además de ayudar al entendimiento hemisférico deseaba coleccionar el mundo a través de sus traducciones. Mejor dicho, quería que el mundo se coleccionara a sí mismo, que se preservaran los documentos de la cultura, en todos los rincones, que se intercambiaran como forma de mejorar el conocimiento entre las naciones. Se podría decir que la traductora anhelaba la construcción de un archivo de la alteridad conformado por las voces de los poetas, una tarea impensable sin la intervención de la traducción. Trabaja en eso con sus antologías de poesía armenia y rusa y, sobre todo, durante las dos décadas que dedica incansable a la traducción de la poesía latinoamericana. Esta última tarea culminará con esa colección de textos que es *Some Spanish-American Poets*: 207 poemas, 89 poetas, 19 países. No la llama antología porque no la considera

²³ Mistral era una decidida defensora y promotora de los derechos de la mujer. Sin embargo, se declaraba como no feminista, movida sobre todo por los varios desencuentros con feministas chilenas que según la poeta no consideraban en sus ideas (las que, decía Mistral, eran escasas: “Tiene más emoción que ideas, más lirismo que conceptos sociales”) a las muchas mujeres de la clase obrera del país (*Gabriela Mistral Papers*).

tal, sino solo una colección de los poetas que prefiere del español. Otra vez aquí el deseo y el amor. Sus poemas queridos. Luego traducirá poco más, tal vez por causa de sus ojos ya casi inservibles, pero satisfecha de haber escrito ese libro que comenta y corrige un vacío en los estantes de las bibliotecas de una nación que se hace cada vez más poderosa y que parece querer dejar a todos atrás, lejos.

Apuntes sobre un método: traducir para leer

En 1908, el mismo año en que se publica su *Songs of Russia*, Blackwell conoce en Boston a la educadora mexicana Juana Palacios²⁴, quien la introduce en la poesía mexicana y latinoamericana. Es entonces que Blackwell comienza a traducir del español, aún sin conocerlo. Lo hace siguiendo el mismo método que había usado antes en sus traducciones del armenio, el ídish y el ruso: pidiéndole a amigos que fueran hablantes nativos, en este caso a Palacios, a quien veinte años más tarde dedicará *Some Spanish-American Poets*, que le hicieran traducciones en prosa en inglés de los poemas, las que ella, después, versificaba. Esta estrategia de traducción no era un invento de Blackwell, unos años después de ella lo usaría famosamente Ezra Pound, quien sin saber leer ni hablar chino usó las notas del Orientalista de Harvard Ernest Fenollosa como materia prima para las traducciones de poesía china que publica en 1915 bajo el título de *Cathay*²⁵. Blackwell era una firme convencida de las ventajas del método, como le explica en una carta de 1918 al diplomático y poeta mexicano Juan B. Delgado. En la carta, que escribe para pedirle a Delgado que le ayude a conseguir a alguien que traduzca un par de poemas de una amiga de ella al español, dice:

I beg that you will not think it necessary for the person who makes the versified translation to understand English. Let someone who understands English select the poems for translation and translate them into Spanish prose. Then let someone who can write good Spanish verse turn the prose translations into poetry. It narrows the choice of possible translators very much if it is necessary to find someone who has the two kinds of ability – to understand English and to write good poetry in Spanish²⁶ (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*).

²⁴ Juana y su hermana Adelia Palacios fueron figuras pioneras de la educación en México. Las dos eran metodistas y viajeras incansables que se perfeccionaban afuera para volver a mejorar el sistema educativo mexicano. Cuando Blackwell conoce a Juana Palacios, esta última estaba estudiando en Boston auspiciada por el gobierno de su país. Para más sobre Juana Palacios ver Bastian (2006) y Lau Jaiven y Rodríguez (2014).

²⁵ Ver Williams (2009). La recepción de la crítica académica fue complicada tanto para las traducciones de Pound como para las de Blackwell, como veremos más adelante.

²⁶ Alice Stone Blackwell a Juan B. Delgado. 14 de septiembre de 1918. TS. *Blackwell Family Papers*.

Para Blackwell el proceso de traducción se parte en dos, se desdobra. El conocimiento de la lengua extranjera solo es necesario, para ella, para hacer la selección, para apartar del mar de textos el que se quiere coleccionar, pasar a la otra lengua, llevar al estante de esa biblioteca que queda lejos. Esa primera mitad del traductor desdoblado debe poder contar la historia, *interpretar* el poema hasta volverlo trama o algo que se pueda relatar. Luego, la segunda mitad de este traductor bicéfalo versificará *bien* la historia que se le entrega, la llevará otra vez a ser poesía a partir de las notas tomadas antes por otro. Siguiendo esta propuesta de Blackwell, no se puede sino pensar la traducción como lectura, una interpretación de un texto, de su sentido o de su espíritu, como diría esta traductora que sin saberlo comulga desde el pasado con la idea de traducción hermenéutica que defiende, entre muchos y muy notoriamente, Lawrence Venuti²⁷. El texto primero, el que será traducido, podría pensarse entonces como equivalente a una pieza musical que se *interpreta* a partir de una partitura – vuelvo a pensar en esos músicos amateurs de siglos anteriores–, a una obra de teatro que poner en escena o a una pieza de danza que se lleva a un escenario. El traductor sería el ejecutante y la traducción sería el resultado, la performance²⁸. Blackwell considera sus propias interpretaciones o performaces “full of imperfections”, lo advierte así en el prólogo de *Some Spanish-American Poets*, en cartas y artículos, como en uno donde presenta un par de poemas de Darío luego de decir que debido a su extraordinaria cualidad musical, mucho se ha perdido en la traducción que ella ha hecho. O en otro, donde declara que “a few *exceptional translators*, such as Longfellow and Bayard Taylor, have been able to reproduce in English the melody as well as the meaning of foreign poetry, but *ordinary translators* cannot do this” (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*). Blackwell nos quiere decir que no es extraordinaria. Sin embargo, aunque no se sienta capaz de llevar una música de una lengua a otra (cosa que revisaremos en el capítulo cuatro), hay tanto más que la vuelve fuera de lo común. Por ejemplo, el trabajo que hizo con el español, lengua con la que estableció una relación distinta a las más efímeras que tuvo con el ruso o el armenio. Así se lo cuenta a Delgado en esa carta de 1918 que ya mencionamos:

27 Venuti, que defiende con pasión de amateur –del que ama– la traducción como interpretación de un texto, plantea en su *Contra Instrumentalism* que el modelo de traducción con el que se trabaja –instrumentalista o hermenéutico– no es elegido deliberadamente por teóricos, críticos o traductores, pero que de todas maneras se hace una elección inconsciente que pasa a formar parte de la episteme con la que una se aproxima a la traducción. Ver Venuti (2019).

28 Ver Cheetham (2016).

About ten years ago when I began to put Mexican poetry into English verse, I did not know any Spanish. *A Mexican friend* translated several Mexican poems into English prose for me, and I turned the prose into verse. We went on in this way for several years, and some of my versified renderings of Mexican poetry which have been the best liked were made by this method. Now I have learned enough Spanish to translate direct from the original. But *the method of collaboration is very useful*, and makes possible a much larger number of translations (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*).

Blackwell y Juana Palacios fueron por un tiempo una sola traductora de poesía mexicana. Primero, trabajan codo a codo. Cuando eran vecinas en Boston, Palacios le mandaba cartas diciéndole que se juntaran antes de la cena para trabajar en algunos poemas. Su hermana Adelia mandaba desde México los libros que le iban interesando a Blackwell y los comentarios y dudas se hablaban y quedaban también en cartas que iban de casa en casa. Cuando al año Palacios regresó a México, las cartas siguieron, con preguntas y traducciones. Entonces, Blackwell decidió aprender el idioma, “persistently digging out the meaning of Spanish poems with a dictionary” (*Blackwell Family Papers*)²⁹. La manía autodidacta que Molloy ve en Sarmiento se hace presente en el trabajo de la traductora. Blackwell se enseña el español con la ayuda de libros y de amigos y sin la presencia de profesores, tutores, o de ninguna institución que aplique algún determinado modelo de enseñanza. Blackwell aprende sola, sigue su deseo, amateur de la lengua, y versifica y traduce como la lectora que es. Sin embargo, su trabajo de autodidacta tiene mucho de trabajo colectivo. Blackwell acude a amigos y a amigos de amigos para abrir la lengua que ha decidido aprender. Así, aprende español leyendo los poemas que descifra y traduce y las palabras que explican, definen para ella, las cartas que le llegan de Latinoamérica y de Estados Unidos cargadas de sentido y contexto. A veces le mandan poemas enteros traducidos de forma casi literal, como hace una y otra vez Ernesto Montenegro, periodista y escritor chileno avocinado en Nueva York que tiene una intensa correspondencia con Blackwell durante la década del veinte, la que retoman luego, en los '40, cuando Montenegro vuelve otra vez a vivir por un tiempo en Estados Unidos³⁰. Él le recomienda poetas latinoamericanos para leer, sobre todo chilenos. Ya para 1919 le ha ayudado con traducciones de textos de Mistral. Es él, también, quien la pon-

²⁹ Así lo cuenta en el perfil sobre sí misma que, según ya hemos mencionado, escribe a pedido de *The Mexican Review*.

³⁰ Montenegro vivía en Nueva York y trabajaba como corresponsal de *El Mercurio* y, luego, de *La Nación*, de Buenos Aires, donde durante la década del 20 escribirá una serie de artículos pioneros sobre literatura estadounidense. Además, escribe asiduamente sobre literatura latinoamericana para *The New York Times* y participa con un artículo crítico del especial sobre poesía latinoamericana que publica de forma extraordinaria la prestigiosa revista *Poetry*, en 1925. En la década de los 40 vuelve a Estados Unidos a dar una serie de charlas sobre literatura

drá en contacto con la poeta. Además de Montenegro, Blackwell recibe la ayuda recurrente y desprendida de gente como Isaac Goldberg (a quien dedicaremos el tercer capítulo de este libro), la socialista y feminista argentina Alicia Moreau de Justo, los académicos Samuel Waxman de la universidad de Boston, Guillermo Rivero de Harvard, J. Moreno Lacalle de Middlebury, y el corresponsal y representante de *La Nación* argentina en Nueva York, W.W. Davies³¹.

Blackwell no espera dominar el idioma para comenzar a publicar sus traducciones. En agosto de 1914, apenas después del estallido de la Primera Guerra Mundial recibe una carta de Lillian Elwyn Elliott, la entonces editora literaria de *The Pan-American Magazine*, en la que le agradece por la traducción recién publicada –no se menciona cuál es– y le dice “I am really surprised to hear that your Spanish is not of the first class, for you have entered into the Spanish idea so thoroughly” (*Blackwell Family Papers*)³². Blackwell sigue adelante con su diccionario e insiste con la publicación de los poemas que va traduciendo. Busca espacio para ellos, convencida de la importancia de su misión para la unidad hemisférica y el bien del “vecindario”, de las almas que lo habitan. Es entonces que comienza a circular entre los escritores latinoamericanos la historia de esta traductora que podría abrir para ellos el circuito editorial en inglés, que aunque aún no era tan codiciado como el europeo, no estaba de más como salida al mundo. Cuenta Mistral en el artículo sobre Blackwell que escribe en 1931: “Me hablaba hace quince años el chileno Ernesto Montenegro de una mujer norteamericana que andaba siempre golpeando la puerta de los diarios y revistas para hacerse aceptar un poema o un estudio de nuestros escritores. . .” (Mistral 2002: 253).

latinoamericana invitado por la fundación Carnegie. En los 50, ya instalado de nuevo en Chile, será nombrado como el primer director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

31 La relación que Blackwell tiene con la gente que la ayuda a traducir del español es de cariño y admiración, excepto la que entabla con el corresponsal de *La Nación*, quien le fue presentado por Ernesto Montenegro. Al menos eso se desprende de las cartas en las que Davies, muy correcto, le entrega la definición de una serie de palabras que Blackwell antes le mandó en una carta. Por ejemplo, dice “matecito: a diminutive of mate, an infusion used instead of tea in South America. It is claimed that this herb has invigorating properties”. En la carta siguiente, antes de pasar a la definición de otra serie de palabras, Davies le sugiere a Blackwell que compre el *Pequeño Larousse Ilustrado*, en el que abundan los argentinismos y que se puede conseguir en Nueva York por 3.75 dólares (*Blackwell Family Papers*).

32 Elliott sabe de qué habla. Ella misma manejaba el español y el portugués. Era una escritora de viajes y negocios que recorría Latinoamérica durante varios meses cada año. Solo es editora de la revista panamericana por unos años, después escribe libros como *Chile, Today and Tomorrow* y *Brazil, Today and Tomorrow*, los dos de 1922 y la novela centrada en el Amazonas brasileño *Black Gold*, de 1925.

Woman of leisure

Blackwell golpeaba puertas con la tenacidad de una amateur, de alguien que ama. Llevaba entre las manos, lo amado, la poesía extranjera, traducida, y buscaba el tercer elemento del triángulo: el lector, la lectora. La ponía en movimiento ese sentido de misión que le reconoce Mistral en ese encuentro en Boston, esa necesidad de colaborar con la unidad del hemisferio, con el entendimiento de norte y sur del continente y, sobre todo, el deseo, el amor por la poesía, el ejercicio de placer que era para ella dedicarse a la traducción. A Mistral le cuenta:

Yo he ido a lo largo de veinte años traduciendo, *sin plan y sin intención* deliberada, a éste o a aquel poeta suramericano del cual *mis amigos* me traían un libro y que *me gustaba* mucho. Porque esta vez, yo se lo confieso, he publicado un volumen por darme *un placer exclusivamente individual*. En vez de una antología, aquello debe considerarse como un grupo de poetas queridos de *mi complacencia* (el énfasis es mío, Mistral 2002: 254).

Como Lispector, Blackwell escribe o, mejor dicho, traduce, cuando quiere. En su práctica del oficio hay deseo, libertad y gusto, también está el afecto de otros, los amigos que la van ayudando a armar el corpus de traducciones que irá trabajando en el tiempo. Vuelvo atrás y agrego, anoto: Blackwell escribe cuando quiere y puede. Como ella misma dice en el prólogo de *Some Spanish-American Poets*, “These English versions have been made *for recreation*, in the few *spare moments* of a very busy life” (el énfasis es mío, Blackwell 1929: xvii). Sus traducciones son entonces recreación y descanso de sus actividades y compromisos políticos y editoriales. Cuando los “men of leisure” de la aristocracia ya no son más que un recuerdo, Blackwell se apropia de la idea, como la burguesía se ha apropiado de la idea, y bautiza como tiempo libre las pocas horas del día o la noche que usa para trabajar en sus traducciones. De esto da cuenta parte de esta reseña sobre su libro que publica el boletín de la Liga de Mujeres Votantes de Massachusetts: “Miss Blackwell has worked (*played if we agree to her use of leisure*) tenderly and sympathetically. Her work reveals to many of us a world of beauty entirely unknown. . .” (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*).

La enorme cantidad de trabajo que Blackwell ha puesto en esas traducciones que luego irán al volumen de poesía en traducción que publica, es evidente, aunque ella hable de recreación, de “leisure”. Por mucho que la traductora diga que lo ha hecho como descanso, cuando otras personas bordarían o armarían rompecabezas, las costuras del esfuerzo son notorias, no solo en la producción de las traducciones en sí mismas, sino en la búsqueda de editores dispuestos a publicar su trabajo, tanto a lo largo de esos veinte años de producción, corrección, aprendizaje, como en el momento final de la publicación del libro, del que

hablaré pronto. El esfuerzo también se hace presente en la búsqueda del material, los poetas y poemas con los que trabaja.

¿A quién traduce Blackwell? Su *Some Spanish-American Poets*, como ella misma dice, está atravesado por el gusto personal y por la idea que tiene de América Latina y de su intento por identificar las complejidades de la región y de sus naciones en particular. Hace el esfuerzo de que todos los países hispanohablantes de la región estén representados y lo logra. Para eso, como dijimos, le pide libros a sus amigos o conocidos que estén por viajar al sur, como lo hace con Lillian Elwyn Elliott, a quien le manda un cheque por veinte dólares —una cantidad considerable en 1914— para que le compre libros por un viaje a América Central que planea la editora. Esta le contesta con entusiasmo y disposición:

There are a few good Venezuelan, some dainty Guatemalan, and a number of minor but sweet versifiers of Costa Rica known to me; the trouble is that many of the most modern are completely influenced by France —just as are their clever little stories; I always feel sure that millions of these tales would never have seen daylight if Maupassant and Flaubert had not written first. And D'Annunzio (*Blackwell Family Papers*).

La influencia europea, sobre todo francesa, le molesta a Elliott, como les molestará a otros³³, pero no a Blackwell quien no está preocupada por ordenar su colección de poemas y poetas queridos de acuerdo a estilos o cronología. Lo que lee ella es lo que le proveen los amigos. Sabe, dice en su prólogo, que en su libro debe haber grandes ausencias, pero lo que muestra es lo que quiere. La división de los poemas que presenta en su libro es estrictamente territorial, y los países y sus bloques poéticos no se dividen por orden alfabético sino por un orden que parece aleatorio y que no tiene mayor explicación ni en la introducción a la obra que hace Isaac Goldberg ni en la nota de traductora que elabora la misma Blackwell. La obra publicada en formato bilingüe, pues Blackwell espera que sirva para producir en los lectores la sed de aprender el español que la

33 En una reseña de *Some Spanish American Poets* aparecida en junio de 1930 en *The Spectator* en Inglaterra, se lee:

We have the spectacle of Spanish-American writers moved more by the cafés of Montparnasse than by their native scenes; hence much of the fountain-tinkling artifice in Miss Blackwell's volume. We have the spectacle of a Ruben Dario in poetry — not adequately represented in this volume — and a Jose Rode [sic] in prose, produced by the influence of their contact with French rather than Castillian thought (*Blackwell Family Papers*).

Se castiga entonces en la colección de poemas de Blackwell que los poemas elegidos no hablen de Latinoamérica, no se les cree el no que canten a su tierra y no se considera tampoco que lo hacen debido a una cuidadosa selección hecha por Blackwell y movida por su propio gusto y su idea de presentarle a los estadounidenses lo que ella entiende por Latinoamérica.

ha animado a ella, parte con México, con el poema “Ondas muertas” de Manuel Gutiérrez Nájera y termina en la entonces novísima y dolorida Panamá, con “Al Canal de Panamá”, de Benigno Palma. El volumen comienza entonces con esas aguas subterráneas a las que canta Gutiérrez Nájera, ocultas, revueltas, pero corriendo al mar de todos modos y termina con un poema grandilocuente, de versos rimbombantes sobre el canal, “maravilla del mundo americano”, que desgarrar las entrañas de la patria del poeta para beneficio del mundo. Es fácil, o tentador, intuir una narrativa, un deseo, en el orden de los poemas, por lo menos, en la entrada y la salida que le ha dado Blackwell al volumen aunque para cuando por fin logra publicarlo en 1929 ya se podía presumir que las promesas del gran intercambio comercial del Canal de Panamá no iban a cumplirse. La Gran Guerra ya había terminado hace una década y a pesar de que se acercaba el momento en que Estados Unidos inauguraría su Política del Buen Vecino, el fervor por Latinoamérica, el español y los asuntos latinoamericanos parecía haber decaído entre la gente común, pero ella aún creía en la posibilidad de un entendimiento, de una unidad hemisférica que inaugurara un orden de cosas distinto, uno que, para usar su visión poética, sacara, tal vez, las aguas a correr a la luz.

El panamericanismo y los profesionales de las letras

En 1918, Blackwell recibió una carta que comenzaba así: “The editors of *Pan American Poetry* know how devote you have been to the cause of Pan Americanism and what valuable service you have rendered Latin American letters by means of your translations from South American Poets” (*Blackwell Family Papers*). La carta seguía luego invitando a Blackwell a colaborar con la naciente revista, especialmente con traducciones de poesías escritas por poetisas³⁴, y a ayudar a pensar en formas de financiar las siguientes ediciones. Firmaban, los editores, entre los que estaban Pedro Henríquez Ureña y Salomón de la Selva. Se ve que no pudieron pensar una buena manera de financiar su emprendimiento. La revista, un experimento bilingüe en cuyo número inicial se juntaron las voces de poetisas tan variados como Leopoldo Lugones, Robert Frost, Rubén Darío y Amy Lowell, no sobrevivió más allá de su primer número. La falta de fondos terminó con el empeño convertido en una sección especial de la *Pan-American Magazine* que duró algunos meses y que estuvo en las manos solitarias de De la Selva³⁵. Sin

34 En *Some Spanish American Poets* Blackwell presenta la poesía de once poetisas mujeres, del total de 89 autores. La mejor representada, por lejos, es Gabriela Mistral. Luego la sigue Alfonsina Storni.

35 Para más información sobre la revista y Salomón de la Selva ver Cohen (2015).

embargo, el único número de la revista logró buenas reseñas, una de ellas, “The Mission of Poetry in Pan-American Relations”, publicada en *The American Review of Reviews*, asegura que De la Selva, poeta, traductor y editor nicaragüense vecindado en Nueva York fue uno de los primeros en darse cuenta de que “the realization of the Pan American ideal is the special task of poets, rather than of diplomats or businessmen” (“The Mission of Poetry” 1918: 319). De la Selva creía que no había mecanismo político o económico que pudiera crear un lazo duradero entre Estados Unidos y Latinoamérica, que lograra subsanar el “orgullo herido” de ésta última, subestimada por Estados Unidos durante años. Además, se lamentaba de la incomunicación que veía entre las dos culturas y del poco esfuerzo institucional, editorial, si se quiere, que veía para contrarrestar esta situación. Por eso, el poeta traducía y reclutaba a otros con ideas e intenciones como las suyas, como Alice Stone Blackwell.

En 1918, De la Selva le revela en una carta a Amy Lowell una docena de seudónimos que ha ocupado, a escondidas, para traducir poemas estadounidenses al español y poemas latinoamericanos al inglés: “You see, no one hardly cares to translate; it is hard, wearisome, inglorious business; so I have to do it nearly all myself . . . My sole motive has been, in the first place, not to let it be known that Pan Americanism almost has in me its beginning, middle and end” (Cohen 2015: 195). De la Selva dice, de otra manera, que el panamericanismo necesita de misioneros, de cruzados, y parece ver poco más allá de sus propios esfuerzos. Su declaración es ciega a la laboriosidad de otros como Blackwell, quien golpeaba puertas de editores y mandaba cartas y más cartas buscando lugares para publicar sus traducciones. Sin embargo, el diagnóstico era casi acertado. Un puñado de hombres y mujeres intentaban acercar las dos culturas, buscando que el conocimiento entre Latinoamérica y Estados Unidos generara simpatías, entendimiento, pero también algo más profundo, ¿tal vez algo así como esa comunidad de espíritus o almas de la que hablaba Blackwell? Como sea, ese conocimiento que iba más allá de lo intelectual, que buscaba más que conformar políticas económicas y diplomáticas con el sur, no se acomodaba a la realidad del panamericanismo propuesto por el Departamento de Estado. De la Selva dejó de creer en la idea panamericana después de ir y volver de la Primera Guerra Mundial y luego de que en unos años Estados Unidos renovara su política intervencionista en Nicaragua y el resto de Centroamérica. Fue tanta su decepción que volvió a Nicaragua, donde se convirtió en líder sindicalista y vocero de Sandino³⁶. Nunca más tradujo. Encarnando el ascenso y caída del sueño

36 De la Selva fue considerado hasta su muerte, según cuenta Cohen, una gran figura política y literaria.

panamericano, De la Selva, que había abrazado la idea de una América unida en los años previos a la Primera Guerra, se reinventaba entonces como portavoz del líder nicaragüense que desde 1920 y durante el resto del siglo representó para Latinoamérica la resistencia a la injerencia estadounidense en la región³⁷.

Por su lado, Blackwell mantuvo la esperanza en la posibilidad de la unidad hemisférica más allá de la Primera Guerra e incluso de la Segunda, aunque siempre sospechosa de la mirada superior del panamericanismo estadounidense sobre Latinoamérica y muy crítica del intervencionismo de Estados Unidos en la región. La traductora participaba de las redes que tenía el panamericanismo, entraba en conversaciones con los intelectuales que lo promovían, incluso colaboraba con ellos, usaba las revistas institucionales para publicar sus traducciones y así promover la literatura latinoamericana, pero siempre en tensión, siempre desde el lugar del comentario, de la corrección, de la búsqueda de algo que iba más allá de preparar el camino para transacciones comerciales y arreglos políticos. Su figura de amateur le daba la posibilidad de poder publicar en el *Pan American Bulletin* o en la *Pan American Magazine*, o de pedir financiamiento o ayuda para publicar al mismo Leo S. Rowe —director general de la Unión Panamericana entre 1920 y 1946— sin deberle nada al movimiento.

La anotadora

El amateurismo de Blackwell la volvía extraordinaria, le permitía leer literatura latinoamericana por placer, por gusto, como forma de descansar, según sus propias palabras. Además, la dejaba traducir por convicción y por, como ya se ha dicho, deseo. Pero si ella hacía esto, ¿quiénes leían esta literatura como profesionales? Con esta pregunta retomo la dicotomía entre amateur y profesional que parece regir el entendimiento de una y otra categoría en la mirada general. Con esta pregunta también vuelvo al trabajo de Saikat Majumdar quien se interroga a su vez sobre este encuentro o desencuentro entre amateurs y profesionales, aunque lo hace en relación a los críticos literarios, y no a los traductores, vistos como amateurs y refiriéndose a la literatura en general y no a la latinoamericana. Sin embargo, su respuesta es la misma que busco acá: el profesional que se encuentra desde otro sitio con las obras literarias que explora el amateur es el académico. Entonces, quienes entran en conversación con los traductores amateurs son los profesionales de las letras, los académicos, como Coester, como su maestro Jeremiah D.M. Ford. La literatura latinoamericana es el territo-

³⁷ Ver Friedman (2012: 123).

rio común que los une con Blackwell. Lo que los separa es la forma de leerla. El conocimiento que buscan en ella es de muy distinta índole. Ella busca entender, busca el alma y el espíritu de una región y de su gente y los busca a través del placer, de la realización de su deseo de cercanía, de entendimiento. Estos profesionales de las letras, de quienes hablaré con más profundidad en el capítulo siguiente, también buscan entender, porque necesitan acumular conocimiento, para conquistar los mercados, para conformar políticas de relaciones exteriores, para establecer el liderazgo de Estados Unidos como fuerza de progreso sobre la región. Para ellos, la literatura en español es un lugar donde leer hechos, como dice Coester en su historia de la literatura latinoamericana. Esperan que esos hechos y ese conocimiento que acumulen generen la simpatía de los estadounidenses por los latinoamericanos, pero a diferencia de nuestros traductores, esperan que esa simpatía no vulnere la jerarquía establecida entre las regiones. No buscan la visión hemisférica que persigue Blackwell. Por eso, en sus manos académicas, las traducciones del español son instrumentos para el avance del panamericanismo. Blackwell, traductora amateur, es la que resiste esta instrumentalización de la traducción. Porque una traductora amateur es una traductora literaria, es quien lee por placer, por deseo, quien generalmente no recibe paga por esas traducciones, pero que se dedica a ellas con esmero y pasión. Deja tiempo y trabajo en ellas. Aunque el tiempo que use para hacerla sea el poco tiempo libre que le deje su actividad pagada, aunque le quite horas a la noche o a cualquier momento del día. Además, con la elección que hace de autores, de textos, con la búsqueda de periódicos y editoriales donde publicar sus traducciones, esta traductora hace un comentario, una anotación, que resiste, corrige o subvierte un orden determinado de cosas, una estructura hegemónica, un flujo de circulación de bienes culturales, una relación de poder entre lenguas, entre géneros, entre territorios geopolíticos, una determinada realidad estética. Esta traductora amateur también propone un nuevo orden de cosas, uno que entrega desde su posición en los márgenes del campo literario, de las instituciones, y de tanto más que la deja moverse en libertad. Blackwell propone una unidad hemisférica alternativa a la propuesta por el movimiento panamericano. No cree en la hegemonía ni en la superioridad de Estados Unidos y espera que el conocimiento de los pueblos lleve al entender de las almas o espíritus extranjeros. Blackwell, que como amateur está en el margen de los modos de producción del capital y más cerca de los afectos, quiere acercar gente, no mercados. Sus traducciones operan entonces como corrección de la instrumentalización de la traducción y la literatura que se opera desde el panamericanismo que ella conoce tan bien, porque se mueve cerca, porque entra y sale, mirándolo de frente, haciendo usos de sus recursos, pero sin depender de él.

Capítulo 3

Isaac Goldberg, profesional del cosmopolitismo roto

“We were a cosmopolitan gang. There were Italians, Scotch, Irish, Bohemians, Jews and nondescripts. *Here* we received our first lessons in languages” (el énfasis es mío, Goldberg 1929: 355). Ese “aquí” al que se refiere Isaac Goldberg (1887–1938) son las calles del West End de Boston, un lugar donde los niños de distintos orígenes no nacían en hospitales, a pesar de que a unas pocas cuadras se levantaba uno de los más famosos del mundo en ese entonces, el Massachusetts General. Goldberg y los otros como él, según cuenta el crítico, académico, traductor y escritor, nacían en las camas de sus madres y aprendían en las calles palabras y palabrotas en otras lenguas, del mismo modo como aprendían sobre sexo en esquinas oscuras, en casas desocupadas, en burdeles. El suyo era un conocimiento de los bordes, un cosmopolitismo de aceras. Dentro de los márgenes de la ciudad, existían otros, más íntimos, donde las lenguas también se multiplicaban, como en la misma casa de Goldberg. “Most Jewish children . . . grow up more or less language minded. They belong, are born into, an internationale of tongues” (Goldberg 1933: 271). Goldberg creció escuchando y hablando el inglés bostoniano, el hebreo de las plegarias reservado solo para hombres y el idish común que se hablaba en la casa y que usaban las mujeres para orar. Su idea del mundo se forjaba desde esos márgenes atiborrados de gente con sus lenguas.

In those days we knew nothing of boundary lines between nation and nation; of creeds that severed mankind instead of uniting it . . . When, in later years, some of us began to hear about the *superiority of one tongue to another* –an unscientific attitude at best, which is shared by more than one teacher of languages– and about the *inferiority of one race to another* –scientists are not at all agreed upon the very concept of race– some of us were saved by our childhood memories from capitulating to these facile prejudices. Most of us, I am sorry to add, were not . . . (el énfasis es mío, Goldberg 1933: 271–272).

Goldberg nació varias décadas después de que se instalara en el hemisferio la noción de una raza latina enfrentada a una raza anglosajona que pronto comenzó a pensarse superior a la primera¹. Durante su niñez estas ideas ya eran

¹ Según Michel Gobat, el término de raza “latina” surgió en Europa a comienzos del siglo XIX “when the rise of romantic nationalism and scientific racism led Europeans to identify their nations with races and languages” (Gobat 2013: 1348). Alrededor de la década de 1830, mientras Estados Unidos amenazaba con expandirse sobre tierra mexicana, los intelectuales franceses popularizaron el término “latinoamericanos” para nombrar a los habitantes de las antiguas colo-

comunes y aunque se debatían sus bases científicas, biológicas, su validez parecía bastante extendida entre los estadounidenses. Incluso años después, en 1941, Pedro Henríquez Ureña, uno de los editores de la *Pan American Poetry*, esa revista de tan breve existencia, volvía a Estados Unidos nombrado catedrático Norton en Harvard, haciendo hincapié en que la única manera posible de que el panamericanismo diera frutos era, primero, “modificando los paradigmas interpretativos”, como dice Fernando Degiovanni, y los modos culturales de ver a Latinoamérica como una región inferior². Esos paradigmas interpretativos, que exploraremos un poco más adelante, eran derivados directos de aquella división de las razas. Dice Degiovanni que lo que más le preocupaba a Henríquez Ureña era que estas ideas preconcebidas no solo circularan entre la gente común sino también entre gobernantes, diplomáticos y académicos norteamericanos.

Goldberg, que venía desde los bordes de Boston y de las lenguas, se movía en mundo que avanzaba hacia la modernidad e intentaba navegarlo desde una subjetividad cosmopolita, universalizante. Esa idea suya de un mundo abierto se va a reflejar en un primer momento en su gusto y habilidad con las lenguas extranjeras, a las que consideraba su salvación: “Had I not gone on to high-school and begun the study of foreign languages, I should have remained in that *outer darkness which surrounds all Americans* who have never progressed beyond the elementary grades” (el énfasis es mío, Goldberg 1929: 357). El margen, esa oscuridad allá afuera de la que habla Goldberg, es el de un país cerrado en sí mismo, en su propia lengua y cultura, a pesar de sus ideas expansionistas. El cosmopolitismo de Goldberg es entonces uno que piensa el universalismo como una forma de quebrar esas formas de localismo nacionalista y de hegemonías raciales, de igual modo como lo articulan los escritores latinoamericanos que estudia Siskind y de los que hablamos en el capítulo anterior. Esos cosmopolitas de los bordes latinoamericanos desarrollan un cosmopolitismo que, en realidad, dice Siskind, es un discurso imaginario que intenta sumarlos a ese mundo moderno que miran desplegarse desde su orilla lejana. Goldberg en su etapa de traductor de obras latinoamericanas, en la que coincidirá con Alice

nias españolas del hemisferio occidental. Una década más tarde, los mismos intelectuales del centro y del sur de América adoptaron la idea y con ella el nombre de Latinoamérica, para así acercarse más a Francia y para enfrentarse también al impulso expansionista de Estados Unidos, país que además se había apropiado de los términos *América* y *americanos*, que hasta entonces también habían usado las nuevas repúblicas del sur del hemisferio. Estados Unidos, por su parte, se calzó el término de raza anglosajona para diferenciarse del resto de América a la que consideraba inferior por ser mestiza. Estados Unidos se calzaba así la marca biológica, racial, de la blanquitud. Para más sobre este tema ver Gobat (2013) y Horsman (1981).

2 Ver Degiovanni (2015: 145).

Stone Blackwell como veremos pronto, usa su idea de cosmopolitismo de una manera similar: para incluir en esta idea de mundo universal a otros y también a sí mismo, judío, hijo de inmigrantes criado en barrio marginal. El problema es que en el caso de Goldberg ese discurso cosmopolita, ese deseo de un mundo abierto y conectado, se piensa desde y colisiona con el paisaje de un país en proceso de construirse sobre la idea de que no necesita de otros, de que solo requiere territorios vueltos mercados o tierra anexada y gente que le sirva y que consuma lo que el tren de su modernidad produce en el camino.

He aquí el escenario para la complejidad de Goldberg, quien después de terminar la secundaria cursó un doctorado en Harvard. Allí estudió griego, alemán, español, francés, italiano, portugués y latín, aunque luego, gracias a la guía de su mentor, el profesor Jeremiah D. M. Ford, se concentró en el español y el portugués y en las literaturas de América Latina. Es decir, Goldberg se formó como un profesional de las lenguas y de la literatura y fue desde ese lugar que se acercó a la traducción, que solo practicaría por unos años. Además, escribió ficción, teatro, crónicas, música. Junto con su formación en lenguas y literaturas, Goldberg, el de las aceras cosmopolitas, fue formado en las ideas del panamericanismo, que contaba entre sus filas a Ford y a varios de sus discípulos en el departamento de lenguas romances de Harvard. Este capítulo explora estas complejidades suyas, como se encuentran y contraponen con las de Alice Stone Blackwell, con quien va a colaborar en un par de libros, y cómo se forma profesional de las letras, traductor con fines de lucro, pero también sediento de conocimiento por una región que entiende cercana desde su cosmopolitismo “innato” y desde su idea de panamericanismo, que comparte con muchos académicos que a diferencia suya siguieron el rumbo de los latinoamericanistas profesionales y quienes encontraron en el movimiento panamericano una inspiración y confirmación de sus proyectos pedagógicos e intelectuales.

Mentes panamericanas

Jeremiah D. M. Ford (1873–1958), quien sería chair del departamento de lenguas romances de Harvard por más de tres décadas, fue el mentor de Goldberg durante sus estudios en la universidad. Además, fue quien llevó a Harvard a constituirse en uno de los centros académicos de promoción del latinoamericanismo gerencial, como explica Degiovanni. Para Ford y sus discípulos, todos seguidores del panamericanismo, el español era una lengua deseable de aprender y enseñar por ser la lengua de los negocios que vendrían con la apertura de los mercados latinoamericanos, después de la inauguración del Canal de Panamá. Es decir, como dice también Degiovanni, el español como lengua de la expansión estadounidense.

Henríquez Ureña, dominicano, cercano a Ford aunque no directamente su estudiante, sugería en el *Minnesota Daily* en 1917 que “(for) those (students) intended to go into business, Spanish was the language to study” (Degiovanni 2015: 141)³. La lengua hispana se volvió según este programa pedagógico un instrumento para llegar más lejos en el avance hacia los mercados latinoamericanos. Pronto, la literatura producida en la región seguiría el mismo camino hacia la instrumentalización. Ricardo Salvatore explica que los *businessmen* estadounidenses se dieron cuenta de que para extender sus mercados y su influencia hacia las tierras vecinas del sur necesitaban conocer más y mejor la región. Para quitarles terreno a los comerciantes europeos —porque esa era la carrera, vencer a Europa— era necesario que los diplomáticos y representantes comerciales norteamericanos aprendieran no solo las lenguas sino también las tradiciones y costumbres de Latinoamérica. Ya para los años veinte estaba claro quién debía encargarse de esta tarea de preparación: “Universities and colleges had taken on the challenge of training men in foreign trade . . . but the curriculum was too practical and lacked content in the humanities. Greater training in the history and literatures of the world was required” (Salvatore 2016: 23). En consecuencia, la literatura se vuelve útil, instrumento, y es la academia la que asume la tarea de presentarla así y ponerla en uso.

En 1916, Alfred Coester, brooklyniano y discípulo de Ford escribió la primera historia de la literatura latinoamericana. Lo hizo en inglés y desde la academia estadounidense. En *The Literary History of Spanish America* Coester cubrió, en casi 500 páginas, desde la colonia hasta el movimiento modernista y trató de recorrer la mayor cantidad de países y de escritores y estilos posibles⁴. Su idea, allí, es leer la literatura como hechos, *facts*, dice cuando cita y a la vez traduce al ex presidente argentino Bartolomé Mitre quien había advertido que la Latinoamérica de comienzos del siglo XX aún no tenía una literatura, sino un conjunto de textos que podían leerse como hechos, o información. Para Coester, como para Ford y el resto de los estudiantes formados en el latinoamericanismo gerencialista, lo importante de la literatura era que permitiera aprender, entender. Por eso, dice que leyendo su libro “[an English-speaking American] will better *comprehend* the difference between the sober energetic Chilean and the fun-loving Peruvian, or the

3 Ford recomendó a Henríquez Ureña como lector y estudiante de posgrado en la Universidad de Minnesota en 1916. Luego, en 1940, lo invita a Harvard como catedrático Norton, en un nombramiento inusual para una cátedra que solía tener figuras de la talla de T. S. Eliot e Igor Stravinski. El nombramiento de Henríquez Ureña tuvo que ver con la Política del Buen Vecino, que intentaba “sumar aliados en el campo intelectual para impulsar la expansión económica hemisférica” (Degiovanni 2015: 136).

4 Más tarde, Henríquez Ureña le criticará no haber hecho distinciones entre escritores menores y mayores.

passionate Venezuelan. He will *understand* why there have been so many revolutions in Mexico. . .” (el énfasis es mío, Coester 1916: x). Comprender, aprender sobre esos vecinos del sur y sus diferentes caracteres, esa es la propuesta. “The ultimate result in improving relations between the Americas by dispelling ignorance is incalculable”, diría Coester unos años más tarde⁵.

Esta idea de la literatura –de cierta literatura, la elegida por esas mentes lectoras y educadoras que la importará y explicará en Estados Unidos– como vehículo de la comprensión extiende su influencia hacia los márgenes del campo ocupados por la traducción, que también se vuelve herramienta en manos de estas mentes del movimiento panamericano. Esta tendencia se iría asentando en el tiempo, impulsada luego por la Política del Buen Vecino y su propuesta de intercambio cultural como modo de ampliar la zona de influencia del panamericanismo⁶. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando de nuevo una Europa en crisis se ausenta de los mercados latinoamericanos, esta percepción instrumentalista de la literatura latinoamericana y sus traducciones recobraría fuerza. En 1942, Sumner Welles, subsecretario del presidente Roosevelt y uno de sus consejeros en política exterior, escribió lo siguiente en un folleto de promoción de las traducciones de textos latinoamericanos de la casa Knopf:

The works from the Latin American republics which will have the widest appeal in this country are recent volumes on inter-American or international affairs and novels. And it is perhaps in the field of novels that the greatest benefit will result from the standpoint of inter-American relations for the novel which deals with the *character* and the individual manner of being of each American people necessarily affords to its readers the easiest and, in many ways, the most effective method of getting the “feel,” and understanding the life, the national customs, and the problems of Central and South America (el énfasis es mío, Livingstone 2015: 12)⁷.

Como se ve, las ideas que comienzan a forjarse en torno a Ford y los suyos conservan su aliento a lo largo de la era del panamericanismo. La novela se ha convertido en el género de recolección de información por excelencia y también en

5 Parte del artículo “Practical Pan Americanism”, que Coester preparó para el Congreso Panamericano de Panamá, de 1926 (conmemorativo del congreso convocado por Bolívar en 1826). Ver Coester (1927).

6 Ver Fox (2013).

7 Welles escribe esa presentación en el folleto a pedido de Blanche Knopf quien viajó a Latinoamérica a buscar obras que traducir gracias a la ayuda de Welles y del gobierno estadounidense que veía con buenos ojos la cooperación intelectual inter-americana. Knopf está entre las primeras, pero no es la única editorial que vuelca su interés en Latinoamérica cuando la Segunda Guerra Mundial complica los viajes y el intercambio con Europa. Para más sobre esto ver Livingstone (2015).

el lugar donde abundar en las ideas sobre los caracteres nacionales y las diferencias raciales que estaban en boga ya para los tiempos del nacimiento de Goldberg. Es la academia estadounidense que se especializa en Latinoamérica la que sirve para amplificar y extender estas ideas sobre la literatura y sobre lo que trae sobre la gente de la región. En otros frentes se hacía lo propio:

Whether they were staunch supporters of Pan Americanism or not, scholars tended to envision the nature of the U.S. hegemony in South America as something to be wrought in the terrain of culture. In this regard, their views sustained and accompanied the transition from Big Stick diplomacy to the Good Neighbor Policy (Salvatore 2016: 6).

Los años de Ford, Coester y Goldberg, entre otros, fueron los años formativos. El tiempo en que estas ideas se forjaron eran aún los de la ‘Big Stick diplomacy’, cuando Theodore Roosevelt promovía su famoso “speak softly, and carry a big stick”, que lo llevaría entre otras cosas a quedarse con el proyecto del Canal de Panamá y a expandir su dominio sobre Cuba⁸. Fue entonces que en Estados Unidos comenzaron a explorar formas de relacionarse con las elites intelectuales latinoamericanas. La academia y sus investigaciones avanzaban junto con las políticas exteriores del país y, como dijimos en el “Interregno” anterior, muchos de los académicos involucrados estaban orgullosos de que sus conocimientos, su trabajo sobre América Latina, sirviera para conformar las políticas para con la región. Incluso, algunos académicos como Coester trabajaron directamente para el gobierno de Estados Unidos. En 1942, John T. Reid contó en un artículo que homenajeaba en vida a Coester, que en 1919 “(Coester’s) special linguistic talents were called into service by the United States Department of State” (Reid 1942: 264). El discípulo de Ford fue enviado a Chile, Argentina y Brasil como investigador de la American Geographic Society, cargo gracias al cual pudo recopilar “valuable information” acerca de la colonización alemana en los llamados “ABC countries” e investigar la relación de estos colonos con la guerra. Siguiendo el trabajo de Helen Delpar me gustaría enfatizar el hecho de que fue solo un puñado de académicos relacionados con el estudio de Latinoamérica quienes trabajaron directamente para el gobierno en la época que tratamos. Otros muchos, dice Delpar “had the opportunity to express their views regarding contemporary U.S.-Latin American relations in public lectures and in books and articles addressed to general readers as well as specialists” (Delpar 2008: 91).

⁸ Concretamente, Estados Unidos anexa parte del territorio, Guantánamo, y fuerza una serie de acuerdos comerciales que no benefician a la isla.

El intento de profesionalizarse: ¿traductor o traditore?

“It became evident, when at last I left Harvard as a Ph.D. in Romance Languages, that I was not cut out to be a teacher” (Goldberg 1933: 272), recordaría Goldberg poco más de dos décadas después de terminar sus estudios en Harvard⁹. Aunque Goldberg no haya querido seguir la vida de la academia, no es claro que le hubiera sido fácil obtener y mantener un puesto en ella en los años previos a la Primera Guerra Mundial. A fines de la primera década del siglo XX mientras universidades como Columbia y la New York University mostraban incomodidad con la gran presencia de estudiantes judíos, Harvard era reconocida por ser amable y hospitalaria con ellos. Aunque esa tendencia oscilaría con el tiempo –Sussane Klingenstein cuenta que en 1922 el entonces presidente de la universidad intentó establecer una cuota de estudiantes judíos– Goldberg siempre gozó del favor de su mentor¹⁰. Goldberg había sido uno de los mejores estudiantes de Ford y su influencia se dejó sentir aun en el camino no estrictamente académico que el antiguo discípulo decidió tomar¹¹. Para comenzar, fue Ford quien llevó a Goldberg a especializarse en el estudio y la divulgación de la literatura latinoamericana. En 1913, después de un viaje que emprendió a Sudamérica como representante de las universidades estadounidenses y que lo llevó a conocer las principales instituciones académicas de la región, Ford le ofreció a Goldberg que escribiera una serie de artículos sobre Latinoamérica que le habían encargado a él para *The Bookman*¹². Alegó estar muy cansado para ocuparse de ellos y que Goldberg era la persona perfecta para encargarse de la tarea. Después

9 Goldberg termina su doctorado en 1912, el mismo año en que Ford asume como chair del Departamento de Lenguas Romances.

10 Klingenstein cuenta que después de 1880 el número de estudiantes judíos matriculados en las universidades (colleges) de Estados Unidos tuvo un aumento explosivo. Dice: “A survey of 77 institutions carried out by the Immigration Commission in 1908 found that 8.5 percent of the male student body was composed of first- and second-generation Jews at a time when Jews made up only 2 percent of the American Population” (Klingenstein 1998: 6). Poco más de una década más tarde comenzarían los intentos por establecer cuotas, veladas o no, para la matrícula de estudiantes judíos. En cuanto a los profesores judíos en la academia estadounidense, como muestra Klingenstein, eran pocos antes de la Segunda Guerra Mundial y los que llegaban a ella tenían que romper una serie de barreras impuestas para evitar su presencia en la mayoría de las universidades.

11 Frederick C. H. García asegura que Goldberg se destacó por ser uno de los mejores estudiantes que tuvo J. D. M. Ford. Ver García (1972).

12 *The Bookman* fue una revista literaria publicada en Nueva York que circuló entre 1895 y 1933. Allí, por primera vez, se publicaron las listas de *best sellers* de Estados Unidos. Goldberg fue un colaborador frecuente.

de eso, *The Boston Evening Transcript* comenzó a pedirle a Goldberg artículos sobre literatura, pero también sobre música y teatro. “I didn’t know it, but I was launched”, diría después Goldberg (Goldberg 1933: 272). Sin darse cuenta, había comenzado su especialización en la literatura latinoamericana¹³. La cantidad de artículos que le pedían sobre las letras de la región aumentó con la apertura del Canal de Panamá y con el estallido de la Primera Guerra: “The national interest at the time, was great” (Goldberg 1933: 272). El orden geopolítico estaba cambiando, Europa se volvía sobre sí misma para revisar sus heridas y seguir un conflicto al que aún le faltaban años y millones de muertos. Latinoamérica era vista como una tierra fuera de la guerra y, sobre todo, un lugar de mercados por explorar ahora que las potencias europeas no podían ocuparse de comerciar con la región. Estados Unidos sentía la oportunidad que se le presentaba. El panamericanismo se preparaba para su avance. Así, Goldberg se encontró de pronto escribiendo sobre la región y traduciendo sus letras –y también del ídich y del italiano, aunque en menor medida–, a un ritmo desenfrenado. A los periódicos ya nombrados se sumaron otros, incluyendo *The Stratford Journal*, que editaba el mismo Goldberg con uno de sus amigos de la infancia, H. T. Schnittkind, otro niño de los bordes que había llegado hasta Harvard. Dice Goldberg sobre esos años de trabajo frenético:

Soon I was doing *numerous translations* from many tongues. The list would be too long for this brief reminiscence. Under the circumstances –*hurry, poor pay, uncertainty, crowded hours*– much of this activity was the toil of the hack . . . Some of the material deserved no better treatment than it received. It is disgusting to repent . . . of work done in haste, –to see mistranslation, or careless translation, when one knows that one is much superior to this ineradicable cold print– . . . (el énfasis es mío, Goldberg 1933: 273)

Una traducción tras otra. Por dinero, por poco dinero, pero de todas maneras por un pago y con tiempos de entrega y textos que caían uno sobre otro. Goldberg se hizo traductor como respuesta a esa necesidad de ocupar la literatura como herramienta de conocimiento en el gran plan de la expansión norteamericana. Como él mismo escribe, mucho del material que tradujo no le interesaba o le parecía de mala calidad, pero de todas maneras aceptaba traducirlo. Era su trabajo, su momentánea profesión, y no una cualquiera sino una que tenía que ver con uno de sus placeres, la literatura, pero que debido a las circunstancias –unas que traen a la mente las condiciones actuales de muchos traductores con-

¹³ Entre su producción más destacada de esta época se cuentan sus *Studies in Spanish American Literature* (1920), *Brazilian Tales* (1921) y *Brazilian Literature* (1921).

temporáneos¹⁴ se transformaba en “the toil of the hack”: el trabajo duro de una persona “who hires himself or herself out to do any kind of literary work; (hence) a writer producing dull, unoriginal work”, según una de las acepciones de “hack” del *Oxford English Dictionary*. Goldberg traducía lo más rápido, lo más transparentemente posible (como veremos con profundidad en el capítulo siguiente), como si no dejara, la mayoría de las veces, su huella en su escritura. Así, ¿podemos pensarlo como un traductor literario? Para explorar la respuesta a esta pregunta volvamos a la idea del amateur, del que ama, y detengámonos en la definición que hace Esther Allen de la traducción literaria:

Literary translation is the *re-embodiment* of a text within the lived experience and erudition of a translator, using rational thought, sense memory, nostalgia, yearning and a host of other conscious and unconscious factors to negotiate among shifting resonances of meaning that echo against and through a given culture at a given moment. (el énfasis es mío, Allen 2013: 214)

Con esto volvemos a la idea que ya habíamos discutido antes, la traducción como interpretación y, sobre todo, como expresión de deseo. ¿Cómo se le asigna un valor a ese trabajo? ¿Cómo se retribuye materialmente esa preparación intangible, sutil, que sin duda forma la experiencia de un traductor y la forma en que esta o este se acerca a un texto? Pareciera más fácil pagar el trabajo mecánico, pretender que la traducción no es interpretación sino el intento de trasvasar un texto de una lengua a otra, palabra por palabra, equivalencia semántica que dejaría afuera tanto. Sin embargo, esa traducción transparente es la única imposible, por lo menos cuando se piensa en literatura. Goldberg recibe algunos textos como si estos estuvieran muertos y, en esos casos, traduce como si desapareciera en ese trabajo forzado que le sirve para pagar la renta y sostener la familia. No quiere filiación con esas traducciones que no nacen del placer ni de la libertad de la selección. Aunque debe haber habido uno que otro encuentro fortuito con algún texto desconocido de antemano que lo haya conquistado después de una lectura. Además, sin duda hubo otros que buscó por gusto personal e impulsado por esa idea cosmopolita que lo animaba desde niño porque, como él mismo dijo, “On the other hand, many a page that I did in these years still gives me pleasure: the feeling that one was *part of a movement that opened windows*

14 Dice Venuti que la mayoría de los traductores independientes debieron enfrentar durante el siglo XX –y tranquilamente agreguemos el XXI– una situación marcada por “. . . below-subsistence fees (that) force them either to translate sporadically, while working at other jobs (typically editing, writing, teaching), or to undertake multiple translation projects simultaneously, the number of which is determined by the book market and sheer physical limitations” (Venuti 2008: 10).

upon the far-flung corners of the world” (el énfasis es mío, Goldberg 1933: 272). El placer rondaba su práctica de traducción, ciertos textos que lo hacían sentirse conectado a un mundo más grande, imposible de imaginar sin la intervención de traductores, de intérpretes de textos de otras culturas, de otras lenguas. ¿Qué pesaba más?, ¿ese placer ocasional o esos textos casi despreciados que traducía con prisa y sin prestar mucha atención?, ¿cómo afectaba eso su práctica de traducción, profesionalizada, puesta a correr dentro de los límites del sistema de producción capitalista, lejos de la idea del amateur, de Stone Blackwell, quien será estrecha colaboradora de Goldberg?

Traductor a trato

Querido colega:

Me ha sorprendido muy gratamente su carta . . . en la cual usted me hace el honor de proponerme traducir al inglés alguna de mis obras . . . Porque su carta me revela que no es usted un traductor de tres al cuarto sino un escritor de pluma experta y brillante que no quiere traducir al primer autor que le cae en las manos sino a los escritores con cuyo espíritu siente afinidad y a quienes ya ha juzgado como crítico (*Isaac Goldberg Papers*)¹⁵.

Esta carta que en 1919 Rufino Blanco Fombona, escritor y político venezolano, le escribe a Goldberg desde su exilio en Madrid es parte de un intento enorme que el traductor bostoniano hizo por asegurarse un buen número de obras para traducir y comercializar. Blanco Fombona tenía algo de razón, Goldberg quería traducir a ciertos autores por los que sentía afinidad o admiración –por ejemplo, el mismo venezolano, quien será uno de los pocos autores estudiados en el libro sobre los modernistas que Goldberg prepara durante el fin de la Primera Guerra Mundial y que tendrá las traducciones de Alice Stone Blackwell–, pero además buscaba cantidad. “The toil of the hack”, como dijimos. Goldberg quería traducir y ganar dinero, transformar la práctica en profesión y no solo en un oficio amateur. Se había formado en la escuela y en la universidad en lenguas y literatura y quería capitalizar eso –su formación de profesional, realizada en las instituciones pertinentes– por fuera de la academia. Por eso también en 1919 le escribió a John Garret Dunhill, el representante en Estados Unidos de la sociedad de autores españoles, para asegurar los derechos de traducción de los trabajos de “*todos los artistas destacados de España*” (*Isaac Goldberg Papers*)¹⁶ y

¹⁵ Rufino Blanco Fombona a Isaac Goldberg, 26 de junio de 1919, TS. *Isaac Goldberg Papers*.

¹⁶ El énfasis es mío. John Garret Dunhill a Isaac Goldberg, 10 de marzo de 1919, TS. *Isaac Goldberg Papers*.

mientras pensaba cómo conseguirlos le volvió a escribir a Blanco Fombona para pedirle la exclusividad de todas sus obras y también las de la editorial América que este dirigía en Madrid. El venezolano le contestó que le entregaría el derecho a traducir la totalidad de sus obras, pero que prefería tener más cuidado con los textos que publicaba su editorial, la que entre 1915 y 1933 puso en circulación más de 400 obras de escritores latinoamericanos. Blanco Fombona le ofreció a Goldberg prioridad con los títulos publicados por América, pero le reservó solo doce al año diciendo que no quería comprometer una cantidad mayor porque temía que de otra manera las traducciones serían hechas de manera descuidada o por terceros no tan diestros como Goldberg, quien para Blanco Fombona era el mejor traductor al inglés que había conocido. Esto, porque Goldberg además de tener formación en las lenguas, tenía pluma. Su escritura es ágil, cuidada, honda, y así lo había notado el escritor venezolano. En eso, lo sentía cerca. Además, los dos coincidían en la necesidad de que su producción literaria fuera bien remunerada, como le dice Blanco Fombona al traductor en una carta de 1919: “Tanto lo que usted como yo debemos procurar es que los beneficios económicos para ambos, lo mismo que la seguridad de cobranza respecto a los beneficios, no sean una quimera. . .” (*Isaac Goldberg Papers*)¹⁷. Para Blanco Fombona y para Goldberg, por lo menos en el momento de este intercambio, la escritura y la traducción son profesiones, actividades a las que se les dedica tiempo y recursos y por las que se espera recibir retribución monetaria. Esto es, la escritura, la del centro y la del borde, como mercancía. O, por lo menos, ese era el intento.

Como dijimos hace un momento, Ford también se hizo presente en esta etapa de la sinuosa carrera de su pupilo. En 1918, le escribe a Goldberg para agradecerle por la noticia de que sus cuentos brasileños en traducción –*Brazilian Tales*, publicados finalmente en 1921– van a estar dedicados a él y de paso lo felicita por la labor de educación que está emprendiendo con la preparación de su *Studies in Spanish-American Literature* (1920), un libro dedicado al estudio de los modernistas latinoamericanos, dentro de quienes Goldberg destacará a Darío, Blanco Fombona, Santos Chocano, Rodó y Eguren, además de otros a quienes presenta como precursores como Martí, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva. Además, Ford le recomienda a Goldberg una serie de textos literarios para traducir, entre ellos las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, *Amalia* de José Mármol y alguna novela de Alberto Blest Gana. Un año después el antiguo mentor vuelve a escribir, esta vez para calmar la ansiedad que parece tener Goldberg sobre las posibles ventas del libro que ya se apresta a terminar. Ford le dice:

17 Blanco Fombona a Isaac Goldberg, agosto de 1919, TS. *Isaac Goldberg Papers*.

One would expect a *reasonably good sale for works dealing with Spanish-American literature* and I hope that you will issue the book that you contemplate. You may be sure that I shall find a place for it in the curriculum here. It is a disconcerting thing that the sale for Dr. Coester's book remains relatively slow, but its size and price must have something to do with that. In all probability a less expensive book dealing with a limited number of leading personalities will attract greater attention. . . .¹⁸ (*Isaac Goldberg Papers*).

A fines de la Primera Guerra Mundial los temas latinoamericanos aún gozaban de una gran popularidad en los Estados Unidos. Goldberg se aprestaba a publicar su libro en un buen momento y había pensado muy bien el tipo de volumen que quería: una mezcla de la presentación de un movimiento que mostraba transversal a gran parte de Latinoamérica, en el que se referiría a pocos autores y en el que se entregaban fragmentos de obras, algo de crítica y de historia literaria. Un texto ágil y fácil de navegar, para uso de los amateurs de las letras y de quienes se formaban como profesionales de ellas. Un libro vendible, no como el de Coester. Y Ford ya le había prometido hacerle un espacio en el currículum en su departamento en Harvard. Goldberg pensaba su emprendimiento de la presentación de la literatura latinoamericana no solo como una forma de expandir el conocimiento de los Estados Unidos sobre América Latina, sino también como una forma de ganarse la vida. Tal vez fue su idea de vender bien el libro lo que lo llevó a buscar como colaboradora, específicamente como traductora de la mayor parte de los textos extractados, a Alice Stone Blackwell. En los años que rodean al fin de la Primera Guerra, Blackwell ya contaba con un enorme capital simbólico, era conocida y respetada por parte de la población por su trabajo como editora y sufragista, y había tenido un éxito inesperado con su antología de poemas armenios en traducción¹⁹. En ciertos círculos cultivados, su nombre ya era asociado a la traducción de poesía extranjera, un hecho no muy común para esos años, menos tratándose de una mujer. Para cuando Goldberg trabaja en su libro, Blackwell ya había aprendido español, es decir, ya se había enseñado la lengua y había publicado sus traducciones de poesía latinoamericana en diversos medios de prensa estadounidense. Además, ya era conocida entre los intelectuales de Harvard que estudiaban literatura latinoamericana. De hecho, en 1919 algunas de sus traducciones de textos de José Santos Chocano habían formado parte del capítulo dedicado a Hispanoamérica de *Main Currents of Spanish Literature*, de Ford. Como sea que se haya forjado la colaboración entre ella y Goldberg –no hay material de archivo que lo registre– Goldberg la invita a colaborar con él y usa sus traducciones a lo largo de casi todo su libro, excepto por

¹⁸ Jeremiah D. M. Ford a Isaac Goldberg, 24 de mayo de 1919, TS. *Isaac Goldberg Papers*.

¹⁹ “The well known editor and suffragist”, así presenta Goldberg a Blackwell en el prólogo de *Studies in Spanish American Literature*.

algunos fragmentos de traducciones hechas por él de textos citados en español en sus ensayos, pero no trabajados de antemano por Blackwell. Son estos pequeños textos, los que Goldberg dice trabajar “muy literalmente”, los que demostrarán la gran diferencia entre los dos traductores que volverán a colaborar en el libro de Blackwell *Some Spanish-American Poets* y en una antología de poesía mexicana en traducción editada por Goldberg. Ella tiene una escritura visible, una forma de traducir que la pone en la página mientras que en Goldberg se hace presente el acto de desaparición, la invisibilidad del traductor lograda a través de la supuesta fluidez del texto traducido. De todo esto hablaremos en profundidad en el capítulo que sigue, pero lo que quiero destacar acá es que ese intento de Goldberg de ser transparente coincide con la carga enorme de traducciones que tiene a su haber y con la idea de hacer de la práctica una profesión, con horas, plazos, pago. Le dice Blanco Fombona en una carta de 1921: “Por aquí he conocido a una persona que me ha hablado de usted. Me lo pinta al frente de taquígrafos, mecanógrafos, etc. a quienes usted dicta o hace copiar y que tiene en movimiento como un general a sus tropas” (*Isaac Goldberg Papers*)²⁰. Goldberg se dividía, organizaba su ejercicio de traducción y el de otros, tratando con todas sus fuerzas de sacar a la práctica de la traducción de los márgenes del mercado para poder vivir de ella. Tale vez sobra decir que no tuvo mucho éxito.

Goldberg, el escritor

Cuando Goldberg aún era un niño un diario de Boston publicó un cuento suyo. Al poco tiempo, el mismo periódico publicó un himno también compuesto por él, una canción en cuatro partes, inspirada en la música de las orquestas de las casas de burlesque. Solo, con los materiales que le proporcionaba su entorno, se construyó como escritor y compositor. Su educación literaria, dice, comenzó con las novelas de diez centavos, de las que devoraba bibliotecas enteras, y siguió con sótanos encerrados y húmedos donde se montaban espectáculos de marionetas italianas, casas de burlesque y los teatros pobres del barrio que más tarde serían reemplazados por otros menos precarios. La música la aprendió escuchando, anotando, y luego practicando con un violín viejo encontrado en el fondo de un ropero de su casa. Goldberg se enseñó a escribir música y cuentos, se formó, en primera instancia, como autodidacta, como sujeto maravillado ante el encuentro con ciertos textos, ciertas melodías que lo llevaron a aprender y practicar, lejos de cualquier institución, cerca de la calle y de lo que su intui-

20 Blanco Fombona a Isaac Goldberg, enero de 1921, TS. *Isaac Goldberg Papers*.

ción le iba dictando. En este escenario, las letras siempre tuvieron un lugar más importante tanto en el uso de su tiempo como en el despliegue de sus recursos. Esto porque él mismo se declaró siempre fascinado por la complejidad de la palabra más que por cualquier otra cosa: “Words, to me –words and structure of words– are, and always have been, among the miracles of the universe” (Goldberg 1933: 272). Goldberg ponía a las palabras en uso siempre que podía. Escribía y escribía, sobre muchos temas, porque le gustaba explorar y buscar a través de la escritura “new territory . . . material that is not submerged beneath a heap of anterior opinion” (Goldberg 1933: 273). Quería originalidad, a tal punto que produjo una colección de textos diversos y abundantes en tantas áreas que es difícil hablar de “una” carrera a su haber. La traducción sería una de ellas, como se desprende de este texto de Frederick C. H. García, quien trata de explicar la razón por la cual Goldberg dejó, de pronto, antes de la llegada de la década del 30, de traducir y de escribir sobre América Latina y sus letras:

Goldberg’s numerous activities have been mentioned, and in the light of them we may understand why he did not stay with Portuguese and Brazilian books, why he stopped writing about Spanish letters. Go to a library; find Goldberg’s drawer; count the cards that have his name –well over a hundred of them. Translations, literary criticism, music appreciation, biographies, anthologies, editions of plays and several foreign-language anthologies, linguistics, Jewish affairs, interpretation of philosophical writing, original fiction. . . and the cards cover only the books; a lot is lost or forgotten in all kinds of periodicals. . . each subject would go through a cycle, with a moment of high interest and, without much of a transition, *be all but forgotten* (el énfasis es mío, García 1972: 22–23).

Goldberg tiene pasiones fugaces. Con ciertos textos, géneros, temas, voces. Escribe y escribe como si buscara algo desesperadamente. Lo que no le sirve para encontrar eso que parece estar buscando, va quedando atrás, y es bastante lo que deja atrás en los cortos 50 años que alcanza a vivir. Sus aventuras escriturales parecen una versión en fast-forward de la actitud del crítico definido por Saitkat Majumdar:

The scholar is defined by his commitment to his archive of study . . . The critic on the other hand, celebrates and foregrounds his subjectivity; *the archive, in his case, is subordinated to the self*, through which is processed and presented, the very personal color of that refraction remaining the most cherished element of the process. In this, the *critic is more closely allied to the poet or the fiction writer than to the scholar*. . . (el énfasis es mío, Majumdar 2017: 7).

Goldberg pareciera acercarse más al poeta y al escritor de ficción que a sus compañeros de la academia. Escribe ficción y obras de teatro, además de crítica, ensayos, columnas sobre teatro, jazz, literatura. Pero suspende el impulso amateur al formalizar sus conocimientos y adquirir otros bajo la estructura de la universi-

dad. Sobre todo, profesionaliza su relación con las letras –aunque no sigue el camino de la academia y continúa con su impulso de escritura prolífica, diversa–, al llevar el impulso profesionalizante a su forma de pensar y relacionarse con las traducciones de literatura latinoamericana que emprende. Al intentar volver el oficio en empresa, en productos rápidos dirigidos, sobre todo, al consumo, amparado en la idea de que podía encontrar ahí, sobre cualquier otra cosa, ganancia.

Traductor panamericano, cosmopolita estadounidense

La breve etapa de Goldberg como traductor coincidió con años clave de la formación del panamericanismo. Como ya dijimos antes, Ford, su mentor en Harvard, fue uno de los académicos asociados a este movimiento que proponía una alianza regional basada en la expansión de las relaciones comerciales. Para los académicos vinculados con el panamericanismo tanto la literatura y las lenguas latinoamericanas como el estudio de estas mismas eran herramientas para avanzar en el proyecto de unificar el continente bajo el liderazgo estadounidense, como queda claro en la breve introducción que Ford escribe para el libro de Goldberg *Studies in Spanish-American Literature*. Allí se lee: “What the Modernist Movement means . . . Dr. Goldberg aims to make clear in the pages of this book, and, doing this, he is *also playing his useful part* in the *spreading of the evangel* of intellectual Pan-Americanism” (el énfasis es mío, Goldberg 1920: viii). Goldberg es, según la visión de Ford, uno de los apóstoles del movimiento. O tal vez deberíamos decir “misión” y pensar en la misión totalmente de otro signo que la Mistral veía en el trabajo de traductora de Blackwell (ver capítulo 2). Sin embargo, Goldberg desconfía de cualquier formación religiosa. Lo que marca su misión es de otro orden. A través de su trabajo académico, al entregar una mirada a las mentes vecinas, vuelve útil el estudio de las letras, las instrumentaliza y las presenta de modo que puedan congregarse gente, seguidores, adeptos al panamericanismo. Y no cualquier adepto, sino uno que se pliegue a esa idea de que son las mentes de la región las que están en proceso de acercamiento o en peligro de distanciarse, malentenderse y malograr la unidad panamericana. La palabra es poderosa, dicen Ford y los suyos, la literatura puede acercar pueblos a través del conocimiento que entrega o puede enemistarlos. Por esto, aquellos que usan la palabra o, peor aún, la literatura, para oponerse al panamericanismo son señalados y mirados con recelo, como Darío, Rodó, y tantos otros²¹. A comienzos de los 20, J. Fred Rippy “encargado” del área de historia latinoamericana en la Universi-

21 Para más sobre esto ver Rippy (1922) y Pita González y Grillo (2012).

dad de Chicago escribe un artículo titulado “Literary Yankeeophobia in Hispanic America”, donde dice que:

North American students of the modern literature of Hispanic America have noted a decided element of opposition to the United States. This they have attributed to the fact that the political aspirations of the literary men south of the Rio Grande are pretty closely bound up with the fear of the United States as a possible aggressor (Rippy 1922: 350).

Los estudiantes norteamericanos que se asoman a estos textos que deberían ponerlos en contacto con el pensamiento de las elites latinoamericanas descubren en ellos el recelo, y muchas veces el desprecio, contra Estados Unidos. Los profesores de esos estudiantes también acceden a esos textos y, en ocasiones, ayudan a llevarlos hacia el público estadounidense. En 1919, mientras Goldberg alistaba su libro para imprenta, Ford le escribe una carta donde le advierte sobre los malos pasos de uno de los escritores que Goldberg ha decidido antologar: “Be careful in your dealings with Blanco Fombona. He seems to be showing a change from his attitude of hatred for all men and things of this country; but I do not trust him. . .” (*Isaac Goldberg Papers*)²². El escritor venezolano desde sus comienzos había dejado en claro su oposición a los avances imperialistas de Estados Unidos y su decidida oposición al panamericanismo. Ford ya se había referido a él en términos duros en diversos medios, incluso en su propio *Main Currents of Spanish Literature*, y Goldberg se había hecho eco de la mirada de su mentor en un artículo en el *Boston Evening Standard*. A pesar de todo eso, Goldberg y Blanco Fombona continuaron su correspondencia y sus tratos o intentos de negociar los derechos de las obras del segundo. Además, siguieron en conversaciones por *Studies in Spanish-American Literature*, que ya estaba a punto de publicarse. Sobre el libro, le dice Blanco Fombona a Goldberg:

Estoy deseosísimo de leer su trabajo sobre mí. No deje de enviármelo en cuanto salga el libro. Esto me resarcirá de las imbecilidades seniles del profesor Ford . . . quien piensa que yo puedo estar vendido a alguna potencia europea para atacar a los Estados Unidos. Por cierto, he leído . . . que acepta usted como probable, el extremo de que yo obedezca a propagandistas anti-yanquis. Advierto, por ese desliz de su pluma –así quiero calificarlo– que usted desconoce en absoluto mi sicología . . . Yo no soy hombre que se vende²³ (*Isaac Goldberg Papers*).

Goldberg, en el fondo, sabe que Blanco Fombona no se vende. En su *Studies in Spanish-American Literature* el traductor lo llama “our most fanatic hater” (Gold-

²² J. M. D. Ford a Isaac Goldberg, 23 de julio de 1919. *Isaac Goldberg Papers*.

²³ Rufino Blanco Fombona a Isaac Goldberg, octubre de 1919. *Isaac Goldberg Papers*.

berg 1920: 336), pero al mismo tiempo declara respetarlo por su sinceridad a toda prueba. Además, se declara gran admirador de su versatilidad como escritor y le desea muchos años de abundante trabajo creativo, aunque también le desea que aprenda que no todo lo que viene de Estados Unidos es despreciable y poco digno de confianza. Goldberg se tensiona entre su admiración por el trabajo y la persona de Blanco Fombona y su lealtad por Estados Unidos y por el proyecto panamericanista. Finalmente, Goldberg solo traduce uno de los libros de Blanco Fombona, la novela *El hombre de oro*, pero la relación continúa y en 1922 América, la editorial del venezolano, publica la traducción al español de *Studies in Spanish-American Literature*²⁴. No está claro si Goldberg no traduce más obras del venezolano debido a los vaivenes del mercado editorial y la popularidad de la literatura latinoamericana, que trataremos en el capítulo siguiente, o porque ya se acercaba el fin de su etapa traductora. Como sea, en el caso de *El hombre de oro* Goldberg traduce un texto que elige, pero lo hace dentro de un contexto claro, que pone a su traducción al servicio de las ambiciones del panamericanismo²⁵. Esta traducción encarna una de las posibles relaciones entre la práctica de la traducción y el poder, como dice Edwin Gentzler, específicamente aquella en la cual la traducción viene a alimentar una idea nueva, el panamericanismo, que está en proceso de institucionalización. Pero, ¿cómo entender esta aparente tensión entre las obras que elige Goldberg y la causa que avanza su práctica de traductor? Goldberg desea un mundo cosmopolita, ese que presenta con añoranza cuando habla de su niñez en las calles de Boston. Quizá por lo mismo, se admira del deseo de unidad de la intelectualidad latinoamericana. Habla, en sus *Studies*, de que se está gestando una “All-America”, de que los países latinoamericanos están dando pasos para cumplir el sueño de Bolívar por lo menos en el área de las artes, de que está en ciernes una unidad de las mentes de la región²⁶. Dice también que tal vez Latinoamérica es el porvenir del mundo (Goldberg 1920: 337). En esta idea de Goldberg convergen dos miradas sobre la región: la de las elites intelectuales y políticas de Estados Unidos que, desencantadas con la deshumanización de la modernidad, la ven como reserva de valores, y la mirada idealista que se da

24 La traducción al inglés del libro de Blanco Fombona se publica a fines de 1920, después de haber sido postergada para darle espacio en la apretada agenda traductora de Goldberg a una novela mexicana encargada por alguna editorial, según se desprende de la correspondencia de Goldberg y Blanco Fombona.

25 Tanto como con *Studies in Spanish-American Literature* (1920) como con *Brazilian Literature* (1922) Goldberg crea contexto para las traducciones de literatura contemporánea que planea hacer (ver capítulo 2).

26 Goldberg explica que all-America se refiere solo a la unidad de Latinoamérica, ya que, según dice, los latinoamericanos hablan de América para referirse solo a la región al sur del Río Grande.

sobre la región, vista como un crisol de razas, desde ciertos sectores de la propia elite latinoamericana²⁷.

Mi lectura es que el afán cosmopolita de Goldberg es lo que lo lleva a transitar los recorridos del panamericanismo, con los que tal vez, según propondrían un Ford o un mismo Goldberg, Estados Unidos podría incorporarse a esa unidad de mentes que se gesta en el sur. En esta idea hay, por cierto, una contradicción innata. Se propone, se desea, una unidad, un mundo universal de las mentes, de las letras, pero esa propuesta va de la mano con la idea de la superioridad de Estados Unidos, de su capacidad para liderar ese universalismo. Goldberg cree, al igual que Ford, que el intervencionismo estadounidense, las anexiones y las invasiones previas a la Política del Buen Vecino fueron obras de ciertos políticos corruptos y no del país. Cree, a pesar de todo, que Estados Unidos es el llamado a liderar el hemisferio. El de Goldberg es, entonces, un cosmopolitismo roto, una base fallida para sostener la unidad hemisférica –tal vez cree demasiado en las virtudes de la “American tradition”, de las que se declara enamorado en su texto sobre su infancia bostoniana, y por eso piensa que son las únicas que pueden liderar un proceso de unión del hemisferio. Por eso, es que desde allí sale en busca de un territorio común.

Goldberg dice en su estudio sobre los modernistas que es necesario saber lo que se piensa en Latinoamérica sobre Estados Unidos para así poder contestar y corregir ideas y acciones: “*We must know the worst that Spanish America thinks of us and must strive to change that worst to best. If it takes two to make a quarrel, it takes two to make a friendship*” (Goldberg 1920: 335–336). La necesidad de conocimiento como base de una relación con la que se abandera el panamericanismo se hace presente una vez más y, de nuevo, es la literatura la llamada a contestar preguntas. En este sentido, Goldberg cree en la traducción como una manera de anotar, de comentar. Como vimos en el capítulo anterior, la anotación y el comentario, son inherentes a la traducción. Si con sus traducciones Blackwell comentaba, corregía, el desequilibrio que veía en el intercambio cultural del hemisferio y con eso también al panamericanismo, Goldberg corrige paradigmas de representación para buscar la viabilidad de la unión regional. Él, como Henríquez Ureña más tarde, cree que el panamericanismo solo puede

27 Goldberg habla de la “nueva raza”, la “nueva alma” que se gesta en Latinoamérica, resonando con la idea del mestizaje como fortaleza de la región que sintetizará José Vasconcelos solo cinco años después en *La raza cósmica*. A mediados del siglo XIX, las elites intelectuales latinoamericanas comienzan a preguntarse por el significado de “Latinoamérica” y le encuentran sentido a la categoría en la idea del mestizaje asociado a una sociedad fundada en las ideas antes que en el consumo, en los valores antes que en la competitividad económica y con más énfasis en el cuerpo social que en el individuo. Para más sobre esto ver Friedman (2012).

ser viable si primero hay un cambio en las miradas de Estados Unidos sobre Latinoamérica y vice versa. Por eso despliega a los modernistas en su libro, explica las influencias y las conexiones con Francia, los contextualiza en sus ideas políticas, económicas, en su mirada a Estados Unidos. Y aunque a veces él mismo cae en los estereotipos que intenta reescribir –como cuando dice que los latinoamericanos nacen recitando poesía y, por lo tanto, crecen propensos a la exageración– los incluye junto a europeos y a poetas neoyorquinos, así en general, sin nombrar ninguno, como parte de un mismo fenómeno que trasciende bordes y distancias geopolíticas: la modernidad. Así, también, inscribe a estos escritores latinoamericanos en ese mundo cosmopolita en el que dice habitar –o que desea habitar– desde niño.

As Latin America Sees Us

La propuesta de Goldberg, como la de sus colegas panamericanistas, tiene que ver con leer al vecino para conocerlo, incorporarlo, y lograr establecer una alianza regional. Su herramienta es la literatura –la traducción como parte de ella, por un tiempo–, porque cree en la palabra, en el milagro de las letras, como también cree en la superioridad de Estados Unidos y en la necesidad de cambiar los paradigmas de representación, como dijimos anteriormente. Hay que limpiar la mente de preconcepciones, dice ahí Goldberg, quien revisita el tema de las miradas en un artículo llamado “As Latin America Sees Us” (Cómo nos ve Latinoamérica). “Physical and material inferiority, as everyone knows, has a habit of translating itself into a sense of spiritual superiority” (Goldberg 1924: 465), dice Goldberg, quien luego explica que de esa supuesta superioridad Latinoamérica ha sacado la idea de que tiene una noble misión que cumplir en el hemisferio occidental, una que cobra dimensión cuando es contrapuesta a cierta imagen de Estados Unidos:

We of the North are visioned as the *incarnation of a gross materialism* while they of the South become paladins of idealism. We are vultures, birds of prey; *they are swans*, symbols of grace and culture. We are heavy-footed prose; they are light-wing poesy. These are all lies of self-defense, but in them dwells *a core of truth*. Translate these metaphors into the language of contemporary economics, and they mean simply that, with *the sure instinct of the weaker*, the South Americans sense in us a predestined enemy (el énfasis es mío, Goldberg 1924: 465).

Goldberg presenta la visión de Latinoamérica sobre Estados Unidos usando sus lecturas de Darío, de Rodó, y luego explica que deplora la idea del coloso del norte a punto de caer sobre los países del sur y que solo puede esperar que aquel temor no sea más que un espejismo, uno levantado sobre el desconocimiento y la

expansión de los estereotipos sobre el otro. Lo que él ve, es un territorio común. Es haciendo una lectura del Ariel —“A remarkable essay, for all the gaudy attire in which it moves” (Goldberg 1924: 466)—, donde Goldberg entrega pistas de esa unidad que presiente: “Ariel and Caliban are nor neat separable entities; they are *twin aspects of a single continental personality*; whether above or below the Rio Grande” (el énfasis es mío, Goldberg 1924: 467). Si fuera una sola la personalidad que existe a lo largo del continente tal vez no sería tan difícil hacer que el deseo de esa “all-America” que Goldberg lee en los intelectuales latinoamericanos pudiera incluir a Estados Unidos, a sus intelectuales. La Pan-América deseada desde el norte. Por eso el empeño de Goldberg por derrotar al desconocimiento mutuo:

On our own side, we are, even when not frankly belligerent or diplomatically oblique, just as one-sided in our views as the South Americans. Our moving-picture Mexican is hardly an exaggeration of what the *popular mind*, by the newspapers and other agencies, *has been taught* to regard as the Latin-American reality . . . a nightmare of bull-fights, bandits, revolutions, guitars and ogling señoritas . . . By way of return compliment we . . . become a complex of money grubbing swindlers, materialists with the hides of rhinoceroses, divorcing our wives every Monday and Thursday, lynching Negroes between dinner courses, and lighting our cigars with thousand-dollar bills (Goldberg 1924: 465).

Goldberg es consciente de la manera en que las representaciones sobre Latinoamérica se han construido en Estados Unidos. Uno de los culpables que señala es la prensa, las letras rápidas, efímeras, que sin embargo van construyendo imaginarios duraderos. Su propuesta entonces es la de las letras lentas, usar la literatura que se queda en el tiempo y va construyendo archivo de conocimiento para vencer imaginarios tan manoseados. Por esto, en este artículo, Goldberg intenta un mapa de las lecturas latinoamericanas de la escritura estadounidense. ¿Qué saben sobre nosotros?, se pregunta. ¿Qué han leído? Así recorre los “ABC countries” y después da un vistazo más general a varios otros países de la región. Se conoce algo de oídas, se ha leído poco, más que nada a Poe, muchas veces en francés o en algunas de sus traducciones al español, y Whitman, algo traducido. Después, según los países, suenan, más o menos, algunos nombres como los de Emerson, Thoreau, Mark Twain y Amy Lowell²⁸. Lo que Goldberg dice explícitamente sobre Argentina vale para toda la región: lo poco que se lee de literatura estadounidense se lee, sobre todo, en español o en francés, “readers

²⁸ En Argentina parece haber un mayor conocimiento de las letras estadounidenses —que incluye nombres como el de Jack London u O. Henry— gracias a las traducciones que publica la prensa, especialmente *La Nación*. Aquí, Goldberg le da crédito al periodista y escritor chileno Ernesto Montenegro por escribir para *La Nación* numerosos artículos y algunas traducciones sobre escritores y escritura estadounidense (Goldberg 1924: 469).

who know English are rarities” (Goldberg 1924: 468). En el sentido inverso y a pesar de toda la popularidad de la enseñanza del español, pasa algo parecido. La enseñanza de las lenguas extranjeras está muy lejos de poder conformar masas lectoras en el idioma enseñado. Cuenta Fernando Degiovanni que años después, ya en los 40, Américo Castro, desde su puesto en Princeton, hablará sobre la inconveniencia de enseñar español a estudiantes estadounidenses con textos del modernismo y del regionalismo. Castro dirá que si bien estos textos son útiles para aprender sobre “la vida y el carácter hispanoamericanos” (Degiovanni 2016: 2014) –es decir lo mismo que han dicho Coester, Goldberg y otros– la dificultad lingüística que presentan es irremontable para los estudiantes. Aunque el filólogo español tenía su propia agenda en mente al hacer estos comentarios –trabajar el tema del “entendimiento” panamericano o en su caso “el desentendimiento”, para darle centralidad al estudio de la cultura y literatura española– apuntaba a un tema clave, como dice Degiovanni: “La construcción de una comunidad lectora hemisférica a partir de la adquisición de una segunda lengua tropieza así con sus propias promesas de igualdad y accesibilidad” (Degiovanni 2016: 214). Goldberg, en su “As Latin America Sees Us” había apuntado en la misma dirección al notar la incapacidad de leer inglés que se extendía por Latinoamérica. El traductor presenta a una de las fuentes de su artículo, el escritor argentino Manuel Gálvez, como alguien “who reads English” y que por lo tanto está mejor informado sobre la literatura estadounidense que la mayoría de los latinoamericanos²⁹. Gálvez, desde el lugar de confianza que le otorga su manejo del inglés, le confirma a Goldberg que en Latinoamérica se lee muy poco de la literatura de Estados Unidos y que se cree, en general, que los norteamericanos solo piensan en amasar fortunas. También le dice:

You Americans are to blame for our unfavorable attitude. You take no interest in us and I believe this is to be deplored. Our literatures and our writers would gain mutual understanding. . . One thing alone is needed. . . *that your books be translated* and published in Spain (El énfasis es mío, Goldberg 1924: 468).

Traducción. Ese es el camino para la literatura extranjera ante la imposibilidad de crear masas lectoras. Y Goldberg se aboca a eso porque:

Minds, like water, seek a common level. The natural channel is print . . . What is needed for the immediate present . . . [is] a purely aesthetic consideration of each other’s accom-

29 Dice Goldberg que Gálvez es el Upton Sinclair, también bastante leído en Latinoamérica, de Argentina. Goldberg intentó conseguir los derechos de traducción de *Nacha Regules*, pero Gálvez se disculpó por dárselos a una editorial –Dutton–, que ya tenía traductor. Gálvez le explicó a Goldberg que había decidido hacer eso porque Dutton le ofrecía paga, poca, pero suficiente.

plishment . . . The Americas have nothing to lose by closer communion, and commercial advantage is the least of the things to be gained (Goldberg 1924: 471).

La comunión a través de los textos, eso dice el apóstol del panamericanismo. Así, se aboca a la traducción y a la difusión de las letras latinoamericanas hasta que la traducción cumple su ciclo y él pasa a otra cosa, a escribir una biografía de George Gershwin, el volumen de cuentos *Sexarian*, una biografía sobre Lola Montes, un libro sobre los protocolos de los sabios de Sion, otro sobre intelectuales que vuelven a caer en las garras de la religión en tiempos de crisis internacionales. Goldberg escribe hasta que una enfermedad repentina ya no lo deja. De todas maneras, antes de eso, ya para comienzos de los 30, cuando acepta el puesto en Harvard, parecía haber dejado de esperar que alguna forma de su escritura o sus pasiones le llenara los bolsillos. Luego de comenzar a enseñar la clase que le había ofrecido Ford en Harvard en 1932, Goldberg se ríe de verse de vuelta en la academia, de estar disfrutándola³⁰. Además, escribe que en el tiempo libre que le deja la enseñanza –y al decir “spare time” se asume amateur en su escritura, como no lo fue en la traducción–, hace lo que más le gusta, ordena sus notas sobre literatura latinoamericana pensando en publicarlas como un par de libros más, piensa algún día en escribir para el cine y prepara el lanzamiento de su revista *Panorama; A Monthly Survey of People and Ideas*. Dice sobre ella:

It will not make money, perhaps; it will disseminate ideas, and that too, is valuable coinage. It will be devoted, need I add, to the expression of an international outlook, –to the more or less universal language of thought and emotion that exists behind the various dictionaries of mankind (Goldberg 1933: 273).

Goldberg es entonces, al final de todo, un profesional de las letras y un cosmopolita, aunque su idea de cosmopolitismo esté quebrada. Sus intentos por hacer de la traducción una profesión que le diera para vivir lo llevaron a perder por momentos su libertad de elección y el compromiso con el material a traducir, el uso de su tiempo, incluso la misma calidad del trabajo que amaba, de esa escritura de los bordes que es también la traducción. Como dijimos en el capítulo anterior uno de los factores que hace del amateurismo una condición permanentemente marginal es la valoración social que se hace del amateur, la mirada peyorativa sobre su formación, sobre sus habilidades. Esta mirada que anula al amateur contraponiéndolo con el profesional anula la posibilidad de que el primero sea remunerado. Goldberg anuló a Goldberg amateur. Tal vez su esfuerzo

30 “As the course is not a linguistic one, but rather an aspect of comparative literature and the aesthetics of literary forms, I have enjoyed it immensely”, contaría después Goldberg (Goldberg 1933: 273).

debería haber sido otro, no el de buscar la profesionalización a través de horas, plazos de entrega, cantidades imposibles de trabajo hecho a toda velocidad. Tal vez hubiera debido mantener la relación de su práctica traductora dentro del territorio del amateur, es decir, en relación con el placer, con el gusto de elegir los trabajos de traducción que quería y haber negociado la mejor paga posible por eso, y haber vivido de alguna otra actividad relacionada con su escritura o formación. Aunque tal vez esto no le hubiera interesado.

Hace un tiempo le preguntaron a Michael Hofmann, poeta y traductor, si en esta etapa de su carrera, con más de 80 libros traducidos desde el alemán al inglés, era particularmente selectivo con los textos que elegía trabajar. Hofmann contestó que siempre había que comenzar por alguna parte y que el siempre comenzaba por ser susceptible de ser contratado, pero que era importante “to have that little word “No” somewhere around. Your parachute. Not everything deserves to be translated. Not everything should be translated” (Hofmann 2017). Tal vez ese no/paracaídas le hubiera permitido a Goldberg negociar de otra manera su faceta de traductor, aunque también cabe la posibilidad de que esa etapa de su escritura se hubiera cerrado sin importar los arreglos llevados a cabo. Como sea, durante su trabajo como traductor Goldberg se movió fuera del territorio amateur. A veces, hizo lo que deseaba y eligió textos a los que dedicó, tal vez, más recursos y tiempo. También se hizo parte de ese engranaje que puso en movimiento, de otra manera, haciendo sus propias correcciones, la circulación de productos culturales que no tenían antes un espacio en la cultura receptora, en el mercado literario de Estados Unidos. Tal vez, de alguna manera, el Goldberg traductor encarnó de manera torcida esa conversación constante entre amateurismo y profesionalismo. Como sea, como traductor Goldberg también corrigió, anotó, buscó demoler paradigmas representacionales en pos de una unidad intelectual que aunque movida directamente por el panamericanismo, en su caso se inspiraba en el cosmopolitismo, uno roto, pero que de todas maneras creía en una posible unidad regional, aunque solo fuera, como decía él, en el territorio de las artes.

Capítulo 4

La mujer peligrosa y el hombre invisible

Seguramente, Isaac Goldberg ya estaba enfermo cuando escribió el artículo que comenzaba así:

I should like to speak to you today about a noble, frail old lady who, in September of this year, will be eighty-one. If you read the liberal press, or watch the letter-columns of the more important daily newspapers, you may have seen her name signed to occasional communications –communications always of humanitarian nature (*Blackwell Family Papers*).

La nota, publicada tres semanas antes de la muerte de Goldberg, habla sobre Alice Stone Blackwell. Algunos años antes, la traductora, editora y sufragista había sido estafada por el contador que se había encargado por décadas de su dinero y del de la prima con la que vivía. Blackwell, casi completamente ciega a estas alturas, se había quedado sin ahorros para su vejez. Amigos y admiradores se pusieron a trabajar para arreglar la situación. En Madrid, en 1935, Mistral recibía una postal en la que un grupo de gente presentaba el fondo Alice Stone Blackwell y pedía colaboraciones. Por otro lado, tres años después, Goldberg escribía su columna pidiendo que la comunidad judía ayudara a la traductora y editora¹. En su nota contaba sobre las luchas de Alice, de su trabajo como editora, de sus traducciones del ídish, del armenio, del ruso, pero, por sobre todo, de su trabajo como traductora del español: “An American, she early associated herself with the cause of freedom all over the world . . . America, moreover, meant for her not only the land that lies above the Rio Grande, but the cluster of nations that lies below” (*Blackwell Family Papers*). Pocos, explicaba Goldberg, habían hecho tanto como ella por interpretar para los estadounidenses la cultura de Latinoamérica. Goldberg sabía de esto de primera mano porque los dos habían trabajado juntos en tres volúmenes sobre letras latinoamericanas, dos de los cuales hemos explorado en los capítulos anteriores y que seguiremos trabajando aquí.

Antes, nos habíamos preguntado por los motivos que habrían llevado a colaborar a una dupla tan desigual: Blackwell, una amateur, sin formación en lenguas, con una aproximación a la traducción comandada por el placer y el tiempo libre, y Goldberg, un profesional de las letras y las lenguas, que intentaba hacer de la traducción una empresa de la que vivir. Habíamos mencionado que tal vez Goldberg podría haber pensado que sumar a su proyecto el nombre de Blackwell, con todo su capital simbólico, mejoraría las posibilidades de ventas del libro. Por

¹ El artículo de Goldberg sobre Blackwell fue publicado en el periódico *Jewish Advocate*.

otra parte, el tener un prólogo de Goldberg tal vez ayudara a Blackwell a presentar su volumen ante eventuales audiencias académicas. Si bien estas dos posibilidades pueden ser ciertas hay una tercera, que hace posible entender el territorio común en el que se encuentran estos dos traductores de prácticas tan distintas. Me refiero precisamente al territorio intangible desde el que se mueven y al que aspiran, es decir, a una idea de mundo y a los esfuerzos para aportar a la construcción de esta idea, la de un mundo cosmopolita. En su trabajo, Michael Cronin repasa la historia del cosmopolitismo para hablar de la importancia que este tiene para la práctica de la traducción y cita a George H. Sabine para hablar de los inicios de la idea, atribuidos comúnmente a los filósofos cínicos Antístenes y Diógenes. Sabine cuenta que para Diógenes:

. . . all wise men made up a single, moral community, a city of the world, a city defined by *mental compatibility* rather than by physical geography. It was he who first explicitly used the idea of the cosmopolitan to describe someone who was not rooted in any contemporary city-state but was a ‘citizen of the world’ (Cronin 2006: 7)².

Blackwell y Goldberg bien podrían haber pertenecido a esa ciudad pensada por Diógenes, territorio de mentes que se hermanan, se comunican, aunque Blackwell prefiriera hablar de almas y su cosmopolitismo incluyera a las mujeres no mencionadas por el filósofo. Pero aquí en esta definición también está lo que los aparta de esta idea inicial de cosmopolitismo y de lo que se desprende su esencia de traductores. Blackwell y Goldberg sí tienen raíces en un Estado, su idea de comunidad parte desde su ser ciudadanos estadounidenses, es más, de ser ciudadanos estadounidenses en la era del panamericanismo, es decir habitantes de un país que busca sancionar su liderazgo por sobre los otros países del hemisferio. En este sentido, sus recorridos son los del cosmopolita cultural del que habla Cronin, quien elaborando sobre la evolución de la noción de cosmopolitismo en el tiempo llega a la conclusión de que los traductores son cosmopolitas culturales, capaces de posicionarse en un lugar distinto al de su nacimiento, su crianza, su lengua³. Los traductores entonces son viajeros culturales, pero siempre atentos a las diferencias y a las singularidades de sus lugares de origen y de sus lugares de llegada (o culturas de origen y receptoras). Son cosmopolitas que piensan en una comunidad más grande, situada en este

² Para ver más sobre el desarrollo de la noción del cosmopolitismo ver Cronin (2006: 6–16).

³ Para llegar a su definición de los traductores como cosmopolitas culturales Cronin trabaja con la idea de David Held quien argumenta que el “cultural cosmopolitanism” está definido por “the ability to stand outside a singular location (the location of one’s birth, land, upbringing, conversion) and to mediate traditions” (Cronin 2006: 11)

territorio intangible, de las ideas, del que hablábamos antes, pero sin olvidar los territorios y las lenguas que la nutren.

Así mismo se mueven los dos traductores que hemos seguido atentamente en este trabajo. Desde un territorio claro, tratando de traer hacia él las letras de otros que están lejos –geográfica y culturalmente hablando– y así acercarlos. Ellos desde sus bordes –del campo literario, del género, de origen–, miran a aquellos que circulan en otros márgenes y buscan traerlos a un lugar compartido. Es interesante pensar que tanto Antístenes como Diógenes también fueron intelectuales marginales de la polis de Atenas. El primero era tracio y el segundo, el creador de esa ciudad de mentes, había sido exiliado de su natal Sinope. Es desde el margen donde se piensa mejor una relación de mentes transnacionales. Tal vez porque el margen permite libertad de movimiento, libertad en relación a las instituciones que dictan normas culturales y sociales porque deja espacio para la resistencia y el comentario. Es desde sus propios bordes asociados a un país con ansias imperialistas, que Blackwell y Goldberg se encuentran pensando en un mundo más conectado, comunicado. Es desde allí que sostienen sus colaboraciones, su amistad y la admiración mutua que pasa por alto las diferencias en la práctica de la traducción, sus distintas miradas y compromisos para con el panamericanismo y la brecha generacional, esos treinta años, que los separan. Goldberg recuerda una visita que le hizo a Blackwell cuando esta aún vivía en Roxbury, cerca de Boston, y describe así su estudio⁴: “That little room, on the modest floor of an apartment house, was an eyrie that looked out upon *the universe*. It was like the *beacon of a lighthouse* shining out into the emotional and intellectual darkness of benighted humanity” (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*).

Blackwell, en la imagen que presenta Goldberg, se asoma al universo, a esa idea de mundo abierto y conectado en la que los dos coinciden. Lleva la luz del conocimiento, como también intentó hacerlo Goldberg en sus tiempos de promotor de la literatura latinoamericana, para iluminar a esa humanidad a oscuras que, a punto de enfrascarse en otra guerra a escala mundial, todavía no se da cuenta de la unidad que puede alcanzar, por lo menos la unidad que Blackwell y Goldberg creen posible.

⁴ Para cuando Goldberg escribe esta nota, Blackwell ya vivía en Cambridge, Massachusetts, donde permanecería hasta su muerte en 1950.

De invisibilidades y peligros

Studies in Spanish-American Literature fue el primer libro en el que Blackwell y Goldberg trabajaron juntos. Como ya vimos en el capítulo anterior, este estudio sobre los modernistas latinoamericanos de Goldberg usaba una gran cantidad de poemas traducidos por Blackwell. Había algunas excepciones: en los ensayos del libro aparecían aquí y allá poemas citados en español que luego eran presentados en traducción en las trece páginas finales del volumen. Goldberg había hecho esas traducciones, según él mismo anuncia en el libro, de manera casi literal. Con esa explicación, Goldberg evidenciaba su estrategia, daba a entender que lo que hacía era poco más que transmitir meramente el sentido del texto en español y, al mismo tiempo, se disculpaba por cualquier falta estilística. La función de estas traducciones era solo la de comunicar contenido. Sobre las traducciones de Blackwell no dice mucho. En el prólogo, la presenta –“the well known editor and suffragist”– y le agradece por su colaboración, pero el único comentario puntual sobre su trabajo lo hace después, en el cuerpo del ensayo inicial del libro, refiriéndose a una traducción de un poema de Gutiérrez Nájera. El comentario de Goldberg advierte que Blackwell no ha conservado la estructura métrica del original –cuyas primeras cuatro líneas se citan–, pero que sin embargo su versión transmite bien el pensamiento del autor. En las reseñas académicas aparecidas sobre el libro se alaban con entusiasmo las traducciones de Blackwell –“excellent”, “skilful”, “beautiful”, las llaman– y también, en un par, las hechas por Goldberg. Sin embargo, me quiero detener en una reseña muy poco halagadora aparecida en la prestigiosa revista *Poetry* porque en ella se presenta la fractura adjudicada a la relación entre profesionales y amateurs. En su crítica, el poeta y entonces profesor de inglés de la Universidad de Boston, Grant H. Code, hace una distinción clara entre las estrategias de traducción de Blackwell y Goldberg, declarándose partidario de la segunda. Dice, para comenzar:

. . . Most of these selections are given in the *crude verse* of Miss Alice Stone Blackwell . . . she would seem to have made verse versions from a literal prose translation and to have been ignorant of the original –a method *dangerously unscholarly*, and in this case *unjustified* by even a rudimentary rhythmic instinct (el énfasis es mío, Code 1920: 280).

Code se refiere acá a la manera en que Blackwell tradujo, entre otros, los textos de sus antologías de poesía rusa y armenia. Ella, como vimos en el capítulo dedicado a su práctica traductora, creía en el traductor como un ente bicéfalo, que por un lado seleccionaba e interpretaba un texto y por otro, escribía esa lectura, esa interpretación. En ese sentido, Blackwell había abogado, por un periodo de su vida, por la traducción en colaboración con otros: unos, hablantes nativos de la lengua a traducir, encargados de preparar una traducción simple, en prosa,

del poema extranjero, que luego versificaría alguien que escribiera y manejara bien la lengua receptora. Code cree que esa forma de traducir es peligrosa, por ser poco académica, por prescindir de la formación en las lenguas, y con esta idea suscribe a la división entre amateurs y profesionales y los enfrenta. Blackwell –la amateur– es ignorante y peligrosa, dice el crítico, sin saber que la traductora había aprendido español sola, con diccionarios y poemas, y que incluso así acostumbraba a pedir numerosas revisiones de sus traducciones. Es con esos ojos que la lee durante toda la reseña. También le molesta Blackwell como escritora, dueña de un método que resulta en una versión del poema primero, ese escrito en español, que le parece torpe, malo. Al decir que el método de Blackwell es “*in this case unjustified by even a rudimentary rhythmic instinct*” el crítico pareciera abrir la puerta para que esta estrategia de traducción tan peligrosa en su opinión pudiera ser aceptada en el caso de una traductora que pudiera llegar a versiones más logradas para el gusto de la crítica de turno.

Podemos suponer que uno de los casos a los que alude Code en los que se justificaría esta forma de traducir sería el de Ezra Pound, quien cinco años antes había publicado su libro de traducciones de poesía china *Cathay*, donde anulaba su falta de conocimiento de la lengua a traducir a través de un estilo impecable. Pound era considerado un erudito, lejos del amateur y más cerca de los profesionales de las letras, “that rare thing among modern poets: a scholar” (“Ezra Pound” s.f.), como lo llamó un reseñista anónimo⁵. En esta supuesta visión de Code sobre Pound que especulo y presento seguramente influiría la formación del poeta –aunque nunca terminara su doctorado en literatura inglesa– y su género. Como decíamos en el segundo capítulo de este libro, Garber, y después Majumdar, explican que a fines del siglo XIX, cuando los departamentos de lenguas y letras se profesionalizan, la actividad académica, creíble, fiable, pasó a ser sinónimo de la mente masculina mientras el amateurismo pasó a identificarse con “lo femenino”. Sin duda la visión de Code recoge algo de este espíritu cuando describe a Blackwell y su estrategia

5 La cita sobre Pound como “scholar” aparece en una reseña anónima del *Spectator* en diciembre de 1909. El mismo Pound escribió sobre la separación entre profesionales y amateurs, escogiendo entre estos a los amateurs, pero, al mismo tiempo, denunciándolos en favor de los expertos, alegando que la poesía no es un pasatiempo, es decir, haciendo suya la mirada peyorativa sobre el amateur. Dice Pound: “The mastery of any art is the work of a lifetime. I should not discriminate between the ‘amateur’ and the ‘professional’. Or rather I should discriminate quite often in favor of the amateur, but I should discriminate between the amateur and the expert. It is certain that the present chaos will endure until the Art of poetry has been preached down the amateur gullet, until there is such a general understanding of the fact that poetry is an art and not a pastime; such a knowledge of technique, of technique of surface and technique of content, that the amateurs will cease to try to drown out the masters” (Pound 2009).

de traducción. “She would seem”, dice el crítico, “parecería” que no habla español –lengua que casi con seguridad podemos pensar él tampoco habla– y aunque no tiene esa certeza prefiere construir su crítica negando la posibilidad de formación de esta amateur. En cambio, un Pound, tan erudito, de estilo tan trabado, podía traducir como quisiera, aun sin saber chino. Sin embargo, esta implícita propuesta de Code no era compartida por los profesionales del idioma chino, como explica R. John Williams:

It is fairly common knowledge that Pound could not speak or read Chinese. When referring to his ‘translations’, most Sinologists place the word in scare quotes, and quite often precede it with adjectives like ‘creative’, ‘inventive’, or, more often, ‘bad’. George Kennedy, for example . . . (says that Cathay) may be “fine poetry” . . . but “undoubtedly it is a bad translation. Pound has the practice, but not the learning. He is to be saluted as a poet, but not as a translator” (Williams 2009: 150).

Para los sinólogos la traducción bicéfala en la que creía Blackwell tampoco era una posibilidad, ni siquiera con Pound. El énfasis nuevamente se hace sobre la formación. El amateur frente al profesional de la lengua, otra vez. Tal vez para la misma traductora esta idea de la práctica como un ente que se desdobra deja de ser válida una vez que aprende español. Code tenía sus dudas, por lo que el resultado, la versión en inglés, podía disuadirlo, pero no en el caso de Blackwell. El crítico, que hablaba desde su educación como profesional de las letras inglesas y, por lo tanto, conocedor de sus formas, se muestra indignado con los afanes de escritora de la traductora:

Poetic diction for her seems to consist of archaisms, inversions and echoes of that volume’s phraseology which more than Kipling or Mother Goose had *corrupted* the popular taste on poetry, the Hymnal. How far her *awkward jingles misrepresent* the originals she is *pretending* to translate may easily be *guessed* after a *comparison* of her versions with the literal translations of Dr. Goldberg himself (el énfasis es mío, Code 1920: 280–281).

Code ‘adivina’ que la traductora ha corrompido la poesía escrita en el original a través de la traducción que *finje* hacer. Es decir, además de peligrosa, Blackwell es para él alguien que miente sobre su capacidad de traducir y que, además y en consecuencia, produce una versión distorsionada de la poesía latinoamericana, como si toda traducción no fuera más que una transparencia, un trasvasije de una lengua sobre otra y no una interpretación de un texto. Con esta crítica, Code también realiza la operación de intentar llevar a la traductora a la esquina destinada para las mujeres de la época: la casa. Al hablar del himnario, de las rimas de Mamá Oca, simbólicamente Code manda a Blackwell al ámbito doméstico, a cuidar niños –que la traductora no tuvo–, a ir a misa. Aunque la mención a Kipling sea una muestra de la molestia del crítico ante la rima fácil, queda claro que lo que descoloca a Code es mucho más que la escritura con ripios. Code re-

niega de la visibilidad de Blackwell, del estilo que tropieza y delata su pluma y que hace que se piense en ella, que se tome consciencia de que hay “alguien”, con género, historia, lecturas e ideas, entre el lector y el texto escrito en la lengua original. Pero, ¿acaso no es eso un traductor, una traductora?, ¿“alguien” que con su subjetividad interpreta un texto escrito inicialmente en otra lengua?

Code presenta como muestra del estilo poético de Blackwell tres versos de su traducción del poema “De blanco”, de Gutiérrez Nájera: “What thing than the lily unstained is more white? –/More pure than the mystic wax taper so bright? –/More chaste than the orange-flower, tender and fair?” (Code 1920)⁶. Es cierto que hay inversiones en las traducciones de Blackwell, como también ciertos anacronismos (“thy mouth”, “thy soul”) e incluso rimas que no están en los originales, pero, como ya dijimos, lo que provoca y saca de sus casillas a Code es el hecho de que Blackwell esté tan presente en sus traducciones. Lo que Code pide es equivalencia, transparencia, como veremos en un instante, pero como dice Sherry Simon “equivalence is a phantom hiding some idea of a cultural norm” (Simon 2013: 8). Aquí, la norma cultural que se esconde detrás de la indignación de Code son los requisitos que el panamericanismo hace a las traducciones: que entreguen conocimiento, información, no interpretaciones, ni creatividad traductora. La visibilidad de Blackwell entonces es su transgresión y es posible entenderlo así cuando se lee la comparación que el reseñista hace de las traducciones de Blackwell con las realizadas por Goldberg, reunidas al final del libro, las mismas que Goldberg excusa diciendo que han sido traducidas de modo muy literal. Dice Code: “*His scholarship* gives us most of the poet . . . the height of the translator’s art is clarity, lucidity –Dr. Goldberg offers his utmost, not his least, when he is *most invisible, most transparent*, to the images of Dario [sic], Rodo [sic] and Eguren” (el énfasis es mío, Code 1920: 281). El reseñista, primero, destaca la erudición, la formación de Goldberg como profesional de las letras. Después de haber leído sus críticas al supuesto desconocimiento de Blackwell del español no se puede leer de manera inocente esa mención a la erudición y a la preparación de Goldberg. De nuevo, es el profesional frente al amateur. Además, y sobre todo, la reseña plantea la invisibilidad –y la claridad, la lucidez, sustantivos todos referidos a lo transparente– como la gloria del traductor.

Code elabora una medida de calidad de la traducción que coincide con el régimen de invisibilidad descrito por Lawrence Venuti, en el cual mientras “the

6 “¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?/¿Qué cosa más pura que místico cirio?/¿Qué cosa más casta que tierno azahar?”, en palabras de Gutiérrez Nájera. En unas páginas más volveremos sobre este poema y haremos una breve comparación con el original en español y con el estilo de Goldberg.

more fluent the translation, the more invisible the translator, and, presumably the more visible the writer or meaning of the foreign text” (Venuti 2008: 1). En este sentido, la invisibilidad que destaca Code está en la “literalidad” de las versiones en prosa de Goldberg, porque es en la fluidez que Code lee allí donde radica, según Venuti, la ilusión de la desaparición. Es en la traducción de lectura fácil, sin sobresaltos sintácticos, ni estilísticos, que no fuerza al lector de ninguna manera, donde la invisibilidad es posible. Aquí, para ver la diferencia que tanto afecta a Code, cito un ejemplo de una traducción que hace Goldberg de un trozo de un poema de José Martí y luego retomo la primera estrofa del poema de Gutiérrez Nájera y de la traducción de Blackwell de este mismo. Todos los textos son parte de *Studies in Spanish-American Literature*.

Entró la niña en el bosque
Del brazo de su galán,
Y se oyó un beso, otro beso
Y no se oyó nada más.

Goldberg:

The maiden entered the forest arm in arm with her wooer, and there was heard one kiss, and another, and then nothing more was heard. She was in the woods an hour, and emerged without her lover. There was heard a sigh –a sigh, and nothing more.

Una hora en el bosque
estuvo
Salió, al fin, sin su galán:
Se oyó un sollozo, un
sollozo,
Y después no se oyó más.

¿Qué cosa más blanca que
cándido lirio?
¿Qué cosa más pura
que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que
tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que
leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el
ara divina
de gótico altar?

Blackwell:

What thing than the lily unstained is more white?
More pure than the mystic wax taper so bright?
More chaste than the orange-flower, tender and fair?
Than the light mist more virginal –holier too
Than the stone where the eucharist stands, ever new,
In the Lord’s House of Prayer?

La traducción de Goldberg no tiene la transparencia ni la fluidez que le asigna Code. Como punto de partida, borra todo ritmo, toda musicalidad del poema de Martí, pero hay que notar que nunca fue su intención dársela, porque hizo estas traducciones finales solo para informar del contenido de los textos que ocupó directamente en español en su libro. Por otro lado, si Code hubiera tenido dominio del español habría notado las marcas del traductor en este fragmento que se presenta como literal. Por ejemplo, la elección de “maiden” –más cercano a doncella– para traducir “niña” o de “lover” por galán y

“sigh” –más bien un ‘suspiro’– por el más frontal “sollozo” dejan ver la interpretación que hace el traductor del poema que se le presenta⁷. Lo que tiene la versión de Goldberg es claridad, según Code⁸. Se lee fácil, sin tropiezos, de modo que puede crear la ilusión de que se está frente al autor extranjero o su idea. El ritmo, dice el reseñista, se puede disfrutar mirando los poemas en su versión en español, como sugiriendo que la forma, su registro gráfico, ya transmite la poesía. Sobre la música de los poemas escogidos, Code también dice que es “a thing not even suggested by a *crude apping* of rhyme-schemes and metrical patterns” (el énfasis es mío, Code 1920: 281). Así, vuelve a atacar las traducciones de Blackwell, las califica de copias fallida, mal hechas y a Blackwell de ‘imitadora’, alguien que no logra “copiar” el texto primero. Así como el amateurismo se identificaba entonces con lo femenino, lo mismo pasa, en general, con la traducción, como escribe Johannes Göransson: “As Lori Chamberlain has pointed out, the translator is often dismissed in gendered language as a feminine figure -lacking the power to assert the original, she merely *mimics* the original” (Göransson 2018: 73). Sin saberlo, Code está poniendo sobre Blackwell una valoración que se irá haciendo común en la rutina de criticar, reseñar o simplemente mencionar una traducción. Code no reconoce el intento que hace la traductora por preservar la rima, algo de la música del original, la forma en que sus versiones muestran al poema primero, aunque tengan algo de ruido. Blackwell quiere transmitir sentidos, ideas que encuentra en ese texto escrito en una lengua extranjera (ver el segundo capítulo) y se considera a sí misma una traductora que no pertenece a la categoría de los “traductores extraordinarios”, esos que logran preservar la música de los textos en la lengua fuente. Blackwell sabe de sus ripios, se disculpó por ellos en el prólogo de su *Some Spanish-American Poets* diciendo que sus traducciones: “They are no doubt full of imperfections” (Blackwell 1929: xvii). La traductora está lejos de la transparencia, que no es algo que ella busque. Su deseo corre lejos, por lo mismo, su pluma está demasiado presente para el gusto de alguien como Code.

Para Göransson esta petición de fidelidad que se le hace a la traducción – que se hacía ya en estos tiempos panamericanos y que se sigue haciendo hasta hoy– tiene como fuente las ansiedades eróticas de Sócrates frente al texto escrito: “Socrates believes writing will lead to a power imbalance because to read a text –to put a foreign text in one’s mouth, and thus one’s body– is akin to

7 El poema de Martí pertenece a los *Versos Sencillos*.

8 Veremos un poco más adelante que a pesar de su fluidez, en otros trabajos de traducción más cuidados Goldberg maneja marcas de visibilidad que tal vez incomodarían a Code.

being controlled by a foreign writer” (Göransson 2018: 18). El traductor luego argumenta que “This imbalanced power dynamic puts the translator in an impossible situation . . . The translator cannot be too slavish and at the same time cannot dismiss the original” (Göransson 2018: 22). Siguiendo a Göransson podríamos pensar que detrás de esa ansiedad de Sócrates hay una cuestión de miedo al deseo, al deseo de un texto extranjero y a la forma de llevar ese deseo al cuerpo que, en este caso, el de la traducción, es escritura. La traductora entonces debe escapar de la presión/prisión que impone la idea de la fidelidad a un original y buscar su relación con el texto a traducir desde la libertad que le puede dar el pensar la traducción como un ejercicio, voluntario, libre, de interpretación. He ahí el goce, el ímpetu, de la forma de llevar el oficio de alguien como Blackwell.

Leer con una diferencia

Dice Sylvia Molloy que “if to translate is to read, it is to read with a difference: the translation perpetrated, one might say, by the reader does not repeat the original; by its very nature it forcibly diverges, it *becomes other*, and *is incorporated in the other’s writing*” (el énfasis es mío, Molloy 2017). Ese desvío que Molloy describe como esencial de la traducción es el que hace imposible la transparencia en esta. No hay lectura que no venga conformada por las experiencias de vida y la erudición del lector, del traductor, como también dice Allen cuando define la traducción literaria. El texto que resulta es siempre nuevo, otro, un texto que lleva la marca del traductor que lo acuña. Su paso está inscrito en la selección de palabras, en el ritmo que se preserva o se quiebra, en las marcas de extranjería que se mantienen o se pierden entre el texto fuente y su traducción. He ahí la interpretación, la escritura del texto sin miedo al deseo detrás del motivo de elección, sin miedo a lo extranjero, tampoco.

Patricia Willson argumenta que el lugar de máxima visibilidad de un traductor son las notas al pie que hace a su traducción, estas, “(son) campo de batalla en el que se dirimen múltiples cuestiones, la nota al pie constituye un lugar privilegiado donde rastrear una lectura, una sanción, una perplejidad del texto a traducir” (Willson 2004: 173)⁹. Con esto en mente me quiero detener en las notas que Blackwell hace en su *Some Spanish-American Poets* y explorar más esa visibilidad

⁹ Sobre las notas como lugar de máxima visibilidad del traductor, ver la sección dedicada a Borges en Willson (2004). En el se hace un análisis muy interesante sobre las notas de Borges a su traducción de *The Wild Palms*, de Faulkner, que sirvió de modelo para el análisis que acá se hace.

que tanto molestó a un crítico como Code. En este libro –que consiste en más de 500 páginas de poesía latinoamericana en formato bilingüe–, hay dos tipos de notas, nueve al pie y trece reunidas en el apéndice, que también menciono acá porque en algunos casos no parece haber un criterio claro por parte de la traductora para decidir qué va como nota al pie de página o qué va hacia el apéndice.

Lo primero para destacar sobre las notas de Blackwell es que son siempre presentadas en formato bilingüe, en su forma más equivalente posible. Es decir, la traductora le cuenta lo mismo, le entrega la misma información, al lector estadounidense y al latinoamericano, a quien, como veremos, también intenta venderle su libro. Si hubiera seguido la propuesta del panamericanismo en cuanto a la acumulación de conocimiento, de la entrega de hechos y datos con los que conocer al vecino sus notas habrían abundado en información, en la construcción de una región legible en términos geográficos, políticos y culturales más claros. También habría presentado más información o comentarios sobre los distintos caracteres nacionales supuestamente identificables en los países de la región. No obstante, lo que hace es lo siguiente (reproduzco acá las nueve notas al pie y daré algunos ejemplos de las que van al apéndice. Si no cito la totalidad de estas notas finales es porque algunas tienen más líneas de lo que parece razonable reproducir acá)¹⁰:

1. *The Quena*¹¹: An Indian flute of a single pipe that is played within an earthen jar (Blackwell 1929: 216).
2. “Echoes” is a game in which the children dance up and sing or shout, and then listen for the echo” (Blackwell 1929: 268).
3. *Maipú*: A volcano in the Andes. *Junín*: a town where the South American army won a great victory (Blackwell 1929: 324).
4. *Echeverría*: A famous poet (Blackwell 1929: 350).
5. *Chimango*: A South American bird of prey (Blackwell 1929: 362).
6. *Mata*: a low-growing perennial shrub (Blackwell 1929: 364).
7. The maiten is a very beautiful South American tree (Blackwell 1929: 438).
8. *Ybapurú*: The guarani Indian name of a very black, shiny berry (Blackwell 1929: 470).
9. *Nandú*: The American ostrich (Blackwell 1929: 472).

10 Por un tema de espacio y porque tienen prioridad en la paginación del libro vamos a citar acá solo la versión en inglés de las notas.

11 Las palabras que aparecen en cursiva solo están presentes en el cuerpo del poema y no se repiten en la nota. Las presento de esta manera por motivos de claridad. En cambio “Echoes” aparece en la nota tal como está acá y “maiten” (por maitén) también aparece repetida en la nota y en el poema.

La mayoría de las notas tratan sobre nombres de objetos, plantas y animales propios del sur que ella presenta de la manera más general posible. No hace mayores descripciones ni precisiones geográficas, como por ejemplo con el maitén: un árbol muy bello, se dice, la palabra de Blackwell, que eso baste. Aunque tal vez la nota también podría funcionar como un cumplido en las tierras donde sí crece el maitén, es decir en Chile y en Argentina. Lo importante es que con esta nota Blackwell pide al lector que confíe en ella, en sus apreciaciones, su gusto. En la (3) y la (4) Blackwell habla, escuetamente, de lugares, de gente. Un volcán de los Andes, el sitio de una gran victoria, un ejército sudamericano. Blackwell no quiere interrumpir por demasiado tiempo el poema, tampoco, quitarle lugar. No le interesa educar —no hay fechas ni más datos de la batalla en Junín—, lo que quiere es transmitir el alma del poema, del escritor, de la gente de Latinoamérica. Lo mismo pasa con “Echeverría”: no se entrega siquiera un nombre de pila de este poeta mencionado en un texto dedicado a otro poeta, Santos Vega. Este poema, además de la breve nota al pie sobre Echeverría, lleva una nota en el apéndice, donde solo se explica brevemente quienes son los payadores, no hay más datos ni de Santos Vega ni del famoso Echeverría, baste saber con que eran poetas reconocidos en una región de poetas, como Blackwell califica a Latinoamérica en la introducción del libro. Tal vez una parte de los latinoamericanos que lean el libro sabrán quién son. Ahora, ¿por qué esos lugares y esos nombres merecen notas, aunque sea escuetas, y otros no? ¿Por qué el Bío Bío, el río que le da nombre al poema del maitén no lleva nota? ¿Por qué un José Sabas de la Mora que aparece en el título de otro poema no solo no lleva nota, sino que desaparece en la traducción del texto, titulada “The Dead Rebel”? Tal vez se espera que la lectura se complete siempre con una mirada a la página del lado derecho, que trae al original en español. O no. Quizás a Blackwell en este caso le importe más dedicar un poema a la figura general de un rebelde que muere por su causa y no a un solo nombre. ¿Por qué, en el apéndice, el poeta Juan Díaz Covarrubias un joven estudiante asesinado durante la guerra de la reforma de México lleva una nota de trece líneas, mientras ahí mismo se explica quién es Bolívar con un escueto “was the hero of the war of independence against Spain”? (Blackwell 1929: 532). O, en el mismo caso de Bolívar, ¿por qué no llevarlo como nota al pie?

Si estas preguntas son difíciles de contestar es porque en estas notas están los temas de Blackwell, su gusto, sus inclinaciones personales, es decir su subjetividad como traductora, como intérprete de un texto y de toda una cultura que intentaba presentar al lector estadounidense. También está presente su lectura sobre la necesidad de información de su público lector y, como ya dijimos, decide que la misma información es válida tanto para sus posibles lectores esta-

dounidenses y latinoamericanos¹². Por último, las notas al pie también trazan un mapa sobre la información que el propio traductor tiene a su alcance. En ese sentido, por ejemplo, es posible que Blackwell no haya logrado encontrar datos sobre José Sabas de la Mora, pero sí sobre Juan Díaz Covarrubias. Todo eso está entre el texto fuente y la versión traducida que nos entrega Blackwell. No hay transparencia en sus versiones, sino que se presentan allí toda ella y su aparato lector. Así, la traducción de Blackwell falla a la idea del panamericanismo. No entrega información, no sirve para conocer datos, hechos, sino el alma y la poesía de la región. Blackwell se mueve dentro de los marcos del panamericanismo, dialoga con académicos que abrazan estas ideas, publica traducciones en las revistas de la Unión Panamericana, pero al mismo tiempo se queda en los márgenes y desde allí opera su pequeña rebelión. Tal como hizo antes, explícitamente con su antología de poesía armenia, usa la poesía para resistir los deseos expansionistas de Estados Unidos y trata de hacer visibles a los latinoamericanos, de incorporarlos como mentes, almas, iguales a la de ella o de otros intelectuales y artistas cosmopolitas. Su escritura no se deja instrumentalizar, falla como vehículo de información.

Goldberg, por su lado, no le falla al panamericanismo, por lo menos por un tiempo. Sigue y hace suyo el imperativo del conocimiento, busca novelas para traducir, narraciones que entregan datos, arman contextos, pintan países, pero también mantiene su complejidad y su independencia al traducir, por ejemplo, a Blanco Fombona, quien ha sido declarado por Ford como enemigo de los Estados Unidos y del movimiento panamericano. Si sus traducciones le parecen tan transparentes a Code es, como ya dijimos, por su fluidez y claridad y también por el hecho de que el libro reseñado por *Poetry* es un estudio, donde el traductor explica a sus autores y a la región a través de las distintas etapas de los escritores, sus biografías, sus relaciones con la política local y con la idea del panamericanismo. También, y no en menor medida, Goldberg se le hace traslúcido a Code porque no ocupa en las traducciones recopiladas al final de los *Studies in Spanish-American Literature* ninguna nota al pie. Sí las ocupa en sus traducciones puramente literarias, como en *The Man of Gold* (1920), su traduc-

12 En este sentido es posible que haya considerado que Bolívar no necesitaba más presentación que la que cabe en una línea, tanto para los lectores de Estados Unidos como, obviamente, para los Latinoamericanos. Bolívar, durante la década del veinte, era bastante conocido en Estados Unidos, como indica una búsqueda en la base de datos de Google ngrams. Se había escrito mucho sobre él y su renombre venía desde los tiempos de la independencia de las repúblicas latinoamericanas, cuando varios pueblos y condados estadounidenses fueron bautizados con su apellido. Trece de ellos, ubicados en diversos estados, aún conservan su nombre.

ción de la novela de Blanco Fombona, donde las notas tienen que ver con chistes basados en juegos de palabras, con una cita al poema de Rubén Darío “Canción de otoño en primavera”, con la explicación de ciertas elecciones de palabras a la hora de traducir y con dejar en claro ciertos elementos de la ficción que sucedieron históricamente¹³. Tanto en esta traducción como en otras, por ejemplo, las de los cuentos que componen *Brazilian Tales*, Goldberg se maneja con un gran estilo y con mucho menos transparencia de la que pide Code en esta reseña. Lo hace así al dejar muchas palabras en la lengua original, marcando la extranjería del texto, resistiendo la domesticación de este mismo, como diría Venuti siguiendo el trabajo de Friedrich Schleiermacher. Hay que notar que todas las traducciones que publica Goldberg son de obras en prosa, especialmente ficción y teatro, por lo que cabe suponer que se sentía más cómodo con la traducción de la prosa que con la de poesía. Un análisis profundo de la estrategia de traducción de Goldberg de estos libros va más allá de lo que pretende hacer este trabajo. Lo que sí cabe decir es que cuando Goldberg deja de lado las traducciones y la difusión de la literatura latinoamericana, como vimos en el capítulo anterior, también le falla al panamericanismo, se podría decir que lo abandona.

Cuando Latinoamérica no vende

Some Spanish-American Poets de Blackwell demoró en ser publicado mucho más tiempo que el previsto. A comienzos de la década del 20, con el voto de la mujer ya ganado, y después de años publicando artículos y poemas latinoamericanos en traducción, Blackwell decidió que había llegado la hora de reunir en un libro todo su trabajo sobre la región. El Estados Unidos de la posguerra vivía un momento de expansión económica, las ciudades crecían con inmigrantes rurales, la gente iba al cine, compraba radios y electrodomésticos a crédito. Estados Unidos miraba hacia adentro, pero algunos, como Blackwell no se olvidaban de seguir mirando afuera. La traductora contaría que se había convencido de publicar luego de que numerosos profesores universitarios y profesores de español se le acercaran a decirle lo bueno que sería contar para sus clases con una colección de sus traducciones. No le costó demasiado encontrar casa editorial. Brentano, la misma que había publicado el libro de Goldberg sobre los modernistas latinoamericanos, se interesó de inmediato en la propuesta de la traductora. Firmaron con-

¹³ Por traducciones “puramente literarias” me refiero en este caso a las hechas por Goldberg no como parte de estudios académicos sino como obras en sí mismas, para así distinguir de una traducción hecha de manera literal, para cumplir una función ilustrativa, de transmisión de contenido, con las hechas como pieza literaria.

trato en 1921 y el libro se fue a imprenta. Entonces vino la huelga de los imprenteros de Nueva York y el libro quedó suspendido en el tiempo¹⁴. Después de unos meses, cuando la huelga terminó, el panorama editorial había cambiado. Por lo menos eso cuenta Blackwell en una carta que le escribe unos años más tarde a la socialista y feminista argentina Alicia Moreau de Justo. En esa y otras cartas de la época, Blackwell aprovecha la narración de distintas penurias y los pedidos de ayuda diversos para trazar un mapa complejo del mundo editorial, la opinión pública, el campo intelectual y el mercado literario sobre temas de América Latina en Estados Unidos. A Moreau de Justo le relata:

. . .the interest in the United States in Latin American matters and Latin American literature, which had been quite lively when Brentano took out the book, had *mostly died out*. Every publisher who had brought out a translation of a South American book had lost money on it, I am told. Brentano felt discouraged. There was nothing in our contract specifying when he should publish the book, and he put it off year after year . . . I released him from his contract, and got my manuscript back (el énfasis es mío, *Blackwell Family Papers*)¹⁵.

Al parecer, el interés del público en general por Latinoamérica no había sobrevivido a la Primera Guerra o, mejor dicho, al final del conflicto, ni tampoco a la evidencia inicial de que la apertura del Canal de Panamá en 1914 no inauguraba una nueva era para el comercio entre las Américas. De todas maneras, Blackwell estaba decidida a publicar el libro porque como le dice a Moreau de Justo – a quien había conocido a través de la lucha por el voto femenino (no conquistado en Argentina hasta 1947) y quien le había ayudado con algunas dudas de traducción–, sabía que ayudaría “a little to promote international understanding and good will” (*Blackwell Family Papers*). Si el público estadounidense no se interesaba por los vecinos del sur, razonaba la traductora, era precisamente porque no sabía mucho sobre ellos. Pero Blackwell también entendía que a las casas editoriales les interesaba hacer dinero y no educar a la gente con sus libros, por eso le escribía a Moreau de Justo, para pedirle ayuda. Primero le explica que Goldberg le había sugerido buscar el apoyo de la Hispanic Society of America de Nueva York, pero Blackwell sabía que allí no sería bienvenida porque: “I am known as a radical, and also, no doubt, because I have been an outspoken critic of the foreign policy of the United States towards the Latin American republics” (*Blackwell Family Papers*). Por eso, dice, la ayuda tiene que venir de otro lado, de Latinoamérica, pero no de cualquier persona allí: “South America

¹⁴ Para leer más sobre esto ver Zerker (1982).

¹⁵ Alice Stone Blackwell a Alicia Moreau de Justo. 31 de julio de 1924. TS. *Blackwell Family Papers*.

has the reputation of being full of millionaires. There might be some of them who would be interested in making the beautiful poetry of their countries better known in the United States” (*Blackwell Family Papers*).

Su plan era simple, encontrar una docena de latinoamericanos ricos o de instituciones con mucho dinero que se pudieran comprometer a comprar cien copias del libro cada uno. Con eso, calculaba la traductora, no habría problema en embarcar a alguna editorial en la empresa. A Moreau le pedía que la ayudara a encontrar millonarios argentinos que pudieran interesarse en su propuesta. Aunque no hay registro de la respuesta de Moreau a esa carta está claro que el plan no funcionó. Un año después, en 1925, Blackwell seguía en la búsqueda. Fue entonces cuando recibió una carta del chileno Ernesto Montenegro quien le decía que tal vez había llegado el momento de probar suerte nuevamente con las editoriales:

No doubt, you have noticed the increasing frequency in the publication of articles, notes of travel, book reviews, etc, related to Latin America in the U.S. press. I think “we” have done our full share of pioneering work in this connection; don’t you? I remember the time when to approach an editor with an article (let alone book reviews of untranslated works) required a lot of explaining before that worthy gentleman came to condescend to read¹⁶ (*Blackwell Family Papers*).

Montenegro, quien escribía desde su experiencia como corresponsal de *La Nación* en Argentina, *El Mercurio* en Chile, y como colaborador del *New York Times* y el *Christian Science Monitor*, le dice a Blackwell que él no ve otra solución posible para el libro que encontrar una editorial dispuesta a publicarlo y que este resurgimiento del interés por Latinoamérica puede ser el momento apropiado para buscar. Los gobiernos latinoamericanos, le advierte, están encaminándose a paso acelerado hacia regímenes militares, “and the soldier’s very instinct is set against “explaining” of any kind” (*Blackwell Family Papers*). Así, Montenegro se hace parte también de la idea de la literatura como instrumento, plataforma de conocimiento y explicación entre dos regiones que oscilan entre acercarse y no. El mismo Montenegro participa del primer especial que *Poetry* –la misma revista que años antes había publicado la reseña que analizamos unas páginas atrás– le dedica a la literatura latinoamericana¹⁷. El número, que cuenta con traducciones de Muna Lee¹⁸,

¹⁶ Ernesto Montenegro a Alice Stone Blackwell. 1925. TS. *Blackwell Family Papers*.

¹⁷ Ver Muna Lee (ed. 1925).

¹⁸ Muna Lee fue una poeta, traductora y novelista fuertemente comprometida con el panamericanismo a través de su trabajo en el Departamento de Estado. En 1926 Lee comenzó una vida de idas y regresos entre Puerto Rico y el Estados Unidos continental, después de casarse con Luis Muñoz Marín, quien luego –ya divorciado de Lee– sería el primer gobernador de Puerto Rico. Para más información ver Lee (2004).

abre con palabras de la editora Harriet Monroe, quien en su texto titulado “Pan-American Concord” afirma que ya se ha hablado demasiado del panamericanismo y que se ha promovido en exceso una mirada decorativa del sur con la intención de hacerlo vendible/comprable en su idea de mercado disponible para la expansión. “But if one may believe *authentic reports* from *competent observers*, cultural intercourse would be far more effective toward true and lasting friendship with these peoples . . . than the exchange of richest products in a thousand ships” (el énfasis es mío, Monroe 1925: 156).

Monroe, quien no habla ni lee español y compara a la traducción con un velo puesto sobre las palabras de un autor, cree lo que dicen los traductores, escritores, críticos, que están en contacto con la intelectualidad latinoamericana. Ellos son los que ven lo que se tiene que ver, los que están sobre la pista correcta para estrechar los lazos entre los pueblos. Con esto, la editora, sin saberlo, anticipa parte de la estrategia de intercambio intelectual y cultural que Estados Unidos inaugurará luego con la Política del Buen Vecino y que retomará aun con más fuerza durante la Segunda Guerra Mundial, al tratar de contener los avances propagandísticos de la Alemania Nazi que buscaba aliados en Latinoamérica explotando los impulsos imperialistas estadounidenses¹⁹. Sin embargo, como ya dijimos, Blackwell no pudo, ni con toda esta nueva atención puesta sobre América Latina, encontrar quien publicara su libro. Tal vez la idea promovida desde el panamericanismo de que las novelas eran el lugar indicado para adquirir conocimientos sobre los vecinos había jugado en contra de la predilección de Blackwell por la poesía²⁰. Pero eso no la detuvo y finalmente pagó por la primera edición con dinero de su bolsillo. La recepción fue buena en general. “Columbus discovered America for Spain. Miss Blackwell discovered Spanish-American poetry for North America” (*Blackwell Family Papers*), dijo el profesor de la Universidad de Boston Samuel M. Waxman, amigo de Blackwell y otra de las personas que la ayudaron a corregir sus traducciones. “I congratulate you on the *great service* you have rendered in publishing this splendid anthology” (*Blackwell Family Papers*), escribió Leo S. Rowe, director de la Unión Panamericana. “For

19 Para más sobre este tema ver Iber (2015) y Fox (2013).

20 En 1943, *The Modern Language Journal* publica una bibliografía de 200 libros latinoamericanos en traducción o sobre literatura latinoamericana publicados en Estados Unidos entre 1829 y 1943 (la inmensa mayoría publicados entre fines de los 20 y comienzos de los 40). De los 200, 65 son novelas, 14 colecciones de cuentos, 17 obras de teatro y 36 volúmenes de poesía, más de la mitad antologías, especiales en revistas, o estudios como el de Goldberg sobre los modernistas, que se encuentra incluido en la lista. También hay 68 libros de ensayo, historia y biografías, que presentan una cronología distinta al resto de los textos: hay muchos publicados durante el siglo XIX y otro puñado publicado entre 1910 –fecha de la creación de la Unión Panamericana– y el fin de la Primera Guerra Mundial. Ver Pane (1943).

the first time, we of the United States are given an opportunity to become intimately acquainted with the living soul of the Latin American republics” (*Blackwell Family Papers*), declaró también Rowe en su reseña del *St. Louis Post-Dispatch*. Un servicio, un descubrimiento, la oportunidad de conocer íntimamente al sur. Eso vieron casi todo el resto de quienes produjeron las numerosas reseñas que tuvo el libro. Pero el acercamiento entre las regiones no se produjo ni con el libro de Blackwell ni con los otros tantos que se publicaron entonces o después, sobre todo después.

La relación con Latinoamérica estaba por cambiar una vez más y la posición de Estados Unidos en el concierto de los poderes mundiales estaba también por redefinirse y esa redefinición incluía la desaparición del panamericanismo como propuesta viable de unión hemisférica. Aun así, el libro de Blackwell circularía bastante a través del continente. Gabriela Mistral pidió en un artículo que los libreros latinoamericanos ayudaran a devolver el gran favor que la traductora hacía a las letras latinoamericanas y compraran el libro para ponerlo a circular en Latinoamérica (y mencionaba allí mismo la dirección de la traductora para que se hicieran los contactos necesarios). La misma Blackwell dedicó horas a promocionarlo —es decir dedicó horas a la escritura de cartas con ese fin— y buscar canales de distribución. Así, contactó a la Unión Panamericana pidiendo las direcciones de todos los presidentes de los Estados latinoamericanos para hacerles llegar el libro. Le mandaron, con las explicaciones del caso, las de los ministros de Educación de cada país de la región. No podemos saber si logró mandar todas esas copias, pero no cabe duda de que lo intentó. Su libro ha tenido hasta ahora cinco reediciones a lo largo de los años.

El velo sobre Mistral o el fracaso de una escena de traducción

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial también llega el final de la era del panamericanismo, el movimiento que sirvió de contexto y fondo a los impulsos traductores de Blackwell y Goldberg y del resto de los autores y traductores que hemos mencionado en este trabajo. El año de estos finales, 1945, encuentra a Blackwell casi completamente ciega. Ya no traducía, tampoco podía leer ni escribir, pero seguía mandando postales de Navidad a sus amigos y conocidos con poemas o reflexiones que mandaba a imprimir y que firmaba con mano insegura. Algunas de esas postales están guardadas en los archivos de Gabriela Mistral. Al mismo tiempo que mandaba postales, Blackwell seguía coleccionando recortes de artículos sobre Latinoamérica, uno de los últimos que se encuentran entre sus papeles es una nota sobre el Premio Nobel de la Mistral, la poeta que tanto promovió, su vieja amiga a la que vio en persona en solo una

ocasión. Cuando la Mistral recibió el Nobel su obra solo se encontraba traducida al inglés como parte de antologías, siendo aún la de Blackwell la que contaba con una mayor muestra de su trabajo. Justo antes de que se le otorgara el premio comenzaron las conversaciones con editoriales que querían traducir y publicar su obra en Estados Unidos. Esas conversaciones terminarían muy pronto en nada. Como veremos en las páginas que siguen esto no se debió al poco esfuerzo de Mistral por ser traducida, sino a una serie de desencuentros, malos entendidos y también a circunstancias de la época. Si decido terminar este capítulo con un breve recuento del desafortunado camino de la poeta por intentar que su obra traducida al inglés se publicara en forma de libro es porque estos intentos coinciden con el fin de una era. Con el nuevo orden geopolítico resultante del fin de la Segunda Guerra, Estados Unidos comenzará a mirar a Latinoamérica a través del filtro de la Guerra Fría y si bien se reforzarán ciertos programas de intercambio cultural iniciados durante los años de la Política del Buen Vecino, las intervenciones directas de Estados Unidos sobre el ahora llamado “patio trasero” abrirán aun más la brecha entre las dos regiones²¹.

En noviembre de 1945, pocos meses después de terminada la guerra, Mistral recibe una carta de Federico de Onís, el célebre hispanista de la Universidad de Columbia que había estado detrás de la publicación de *Desolación*, el primer libro de la poeta, en 1922²². De Onís le escribía después de años para decirle que la casa editorial Knopf quería publicar una “amplia selección de su obra en prosa y verso”. Knopf, le recordaba de Onís a Mistral, era “una de las mejores (editoriales) del país y la que más está haciendo para dar a conocer aquí la literatura hispanoamericana” (*Gabriela Mistral Papers*)²³. Knopf había redirigido su interés por la literatura europea hacia la latinoamericana con el estallido de la Segunda Guerra. Hay que agregar que parte del impulso en ese cambio de dirección de interés editorial se debió a la ayuda del gobierno de Estados Unidos, que ayudó a financiar el viaje que en 1942 Blanche Knopf emprendió por Colombia, Chile, Perú, Argentina, Uruguay y Brasil en busca de obras para traducir. De Onís también le cuenta a la Mistral que su mujer sería la encargada de

21 En 1938 el departamento de Estado crea la División de Relaciones Culturales y en 1940 se forma la Oficina de Coordinación Comercial y Relaciones Culturales de las Repúblicas Americanas, que luego se convertiría en la Oficina de Coordinación de Asuntos Inter-Americanos (OCIAA, por sus siglas en inglés). Esta última, encabezada por Nelson Rockefeller, promovería después la enseñanza del español y el portugués, financiaría exhibiciones de arte y subvencionaría traducciones literarias. Para más sobre esto ver Livingstone (2015), Cohn (2006), Fox (2013) e Iber (2015).

22 En 1922, Federico de Onís dirigía el Instituto de las Españas, en Nueva York, que estuvo a cargo de la edición del primer libro de la poeta. *Desolación* sería publicado en Chile en 1923.

23 Federico de Onís a Gabriela Mistral, 9 de noviembre de 1945. TS. *Gabriela Mistral Papers*.

hacer la selección de la prosa y la poesía de la poeta, “en lo cual contará naturalmente”, agrega, “con mi ayuda amistosa” (*Gabriela Mistral Papers*). La mujer, su mujer, que De Onís no nombra en su carta, es Harriet de Onís, quien a partir de 1950 y hasta fines de los 60 será sin duda la traductora más importante de literatura latinoamericana al inglés²⁴. Jeremy Munday cuenta que por muchos años De Onís además de traducir, escribía informes sobre obras y buscaba nuevos textos para incorporar al catálogo de Knopf. Era ella, como dice José Donoso citado por Munday, “quien manejaba las esclusas de la difusión de la literatura latinoamericana en Estados Unidos y, a través de Estados Unidos, en todo el mundo” (Munday 2008: 52). Mistral se encontraría de frente con el poder de De Onís, enorme aun en sus comienzos. De Onís era una profesional de las letras, formada en universidades, que además trabajaba bajo el alero de una editorial que había recibido ayuda del gobierno en sus exploraciones del mercado editorial latinoamericano. Era entonces una agente cultural poderosa en tiempos en que las mujeres raramente tenían acceso a tanto poder, además de una traductora que vería su escena de traducción conformarse bajo la influencia de los últimos años del panamericanismo y el comienzo de la Guerra Fría.

Mistral había contestado prontamente a la carta de Federico de Onís mostrándose de acuerdo y conforme con la idea de publicar con Knopf. Poco después de recibir el Nobel recibe la carta formal en la que Blanche Knopf le confirmaba los puntos del trato y en la que le avisaba que prontamente recibiría los papeles para oficializar el acuerdo. “We are all so happy that the Prize went to you, and therefore again to an American” (*Gabriela Mistral Papers*)²⁵, le dice Knopf, juntando en una oración a las dos regiones, como si siguiera los impulsos finales de las propuestas panamericanas. La alegría y el acuerdo duraron poco. Unos meses después la Mistral recibió una nueva carta en la que Knopf se disculpaba por tener que abandonar la idea de publicarla en traducción. Harriet de Onís había informado que no podía terminar el trabajo. Knopf escribe que De Onís está agotada –según Victoria Livingstone esta queja se repetirá con los años, la traductora cansada de

24 En 1950 muere Samuel Putnam, quien hasta entonces traduce los títulos en portugués para Knopf, continuando la obra de difusión de la literatura brasileña que había iniciado Goldberg (quien había publicado su estudio *Brazilian Literature* con Knopf en 1922). Luego de la muerte de Putnam, la influencia de Harriet de Onís en Knopf llega a niveles impensables para un traductor antes que ella. Para más sobre ella, leer la tesis antes citada de Victoria Livingstone. Y sobre de Onís y la escena de traducción que vendrá después y que se inaugurará con la traducción de *Rayuela* por Gregory Rabassa en 1966 –traducción que inaugura el fenómeno editorial llamado boom latinoamericano– ver Munday (2008) y Rabassa (2005).

25 Blanche Knopf a Gabriela Mistral, 20 de diciembre de 1945. TS. *Gabriela Mistral Papers*.

traducir, escribir reportes y buscar nuevos autores— y que tampoco sabe cómo traducir la obra más reciente de la poeta²⁶. Además, dice Knopf:

You seem to make stipulations regarding the selections that make the work seem of extraordinary difficulty for her —she feels that a book to represent you at all fairly, must represent all of your work and must be chosen by *someone other than yourself* . . . *There is no one else to whom we could turn or could consider capable to handle your kind of work.* This leaves us with no choice but to have to decline the privilege of publishing you at this time . . . I feel certain that you will understand that we would not want to present you to the English-speaking public in anything less than either a perfect selection and/or a perfect translation²⁷ (el énfasis es mío, *Gabriela Mistral Papers*).

No sabemos cuáles son las particularidades del pedido a Mistral respecto a la selección, si por ejemplo quiso dejar afuera ciertas obras que De Onís prefería, pero sí sabemos que quería estar a cargo de elegir su trabajo. De Onís no estuvo de acuerdo y el trato fue anulado. En la carta donde Blanche Knopf le avisa a la poeta que ya no habrá libro, la editora también explica que las circunstancias ya son difíciles y que la salida de De Onís del proyecto solo empeora las cosas. ¿Cuáles son esas circunstancias difíciles? De partida, Knopf no era una casa editorial que tendiera a la poesía y, como ya dijimos, la influencia y el peso de la poesía estaban en retirada, rendida ante la utilidad —ya celebrada por los primeros intelectuales panamericanistas— y la fama de la novela²⁸. Dice Munday que la editorial en general prefería publicar libros antropológicos, sociológicos y novelas, por lo que el proyecto de sacar a la Mistral ya era un desvío de su catálogo. Por otro lado, la literatura latinoamericana se estaba vendiendo muy

26 La obra más reciente para esos años era *Tala* (1938), una selección de poemas publicada por Sur, que según la misma Mistral tiene bastante parecido con *Desolación*. Samuel Putman, el brasileñista, que es otro de los principales traductores de Knopf, reseña el libro y lo califica de “magnificent”. Langston Hughes, quien será el traductor de la primera selección de poemas de la Mistral al inglés, que aparecerá en 1957, poco después de la muerte de la poeta, dirá que su poesía le parecía más sencilla en cuanto al uso del lenguaje que mucha otra poesía escrita en español. Sin embargo, hay que mencionar que de Onís tradujo muy poca poesía y que es posible que en realidad no se sintiera tan cómoda en ese terreno, aunque su marido haya sido el encargado de comenzar las conversaciones con la Mistral asegurando que Harriet de Onís sería la traductora del proyecto.

27 Blanche Knopf a Gabriela Mistral. 21 de marzo de 1946. TS. *Gabriela Mistral Papers*.

28 Entre 1933 y 1943 se editan en Estados Unidos doce libros de poesía latinoamericana, de esos, seis son antologías —incluyo acá la segunda edición del libro de Blackwell, en 1937. De los restantes seis, uno está dedicado a José Santos Chocano (Perú), otro, a Amado Nervo (México), otro es *The Gaucho Martín Fierro*, de José Hernández (Argentina), otro son ensayos y poemas de Julio Torri (México), uno dedicado a tres poetas: Carlos Pellicer (México), Pablo Neruda (Chile), José Carrera Andrade (Ecuador) y, por último, *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay).

mal para los años finales de la Segunda Guerra y la tendencia no cambiaría hasta la llegada del boom latinoamericano en los 60. Otra cosa que menciona Knopf en la carta antes citada es que no ve a quién más puede encargarle el trabajo que no iba a tomar De Onís. La editora parece referirse a una escasez de traductores del español al inglés. Goldberg había muerto hace años, Blackwell estaba casi ciega, tal vez Putnam, brasileñista y el otro traductor importante de Knopf, no se sentía muy cómodo en el español. Pero ni siquiera se mencionan otros nombres en la carta de Knopf, para ella las posibilidades se acababan en Harriet de Onís. Esta idea de la escasez de traductores se vuelve a repetir en el camino de Mistral hacia la traducción al inglés. Luego de que Knopf retirara su oferta la poeta recibió de forma casi simultánea cartas de Random House y Farrar, Strauss and Company. Las dos editoriales habían “escuchado” sobre el fin de las negociaciones con Knopf y estaban interesadas en publicar a Mistral. Random House le ofrece que ella se haga cargo de la selección de sus poemas y prosa. Farrar, Strauss and Co. le dice que la selección puede ser hecha entre la poeta y el equipo editorial, que incluye a la traductora con la que quieren trabajar, “Ms. Biddle”²⁹. Random House no menciona a ningún traductor en particular. Por lo que se ve en las cartas, Mistral sondea a las dos editoriales e incluso explora la posibilidad de publicar distintos libros con cada una, pero las editoriales le advierten que no es una buena idea en términos comerciales. Finalmente es Ann Watkins Inc., la agencia que representa a la Mistral en Estados Unidos, la que sigue las conversaciones que pronto llegan, otra vez, a un punto muerto.

Lo que no funciona son las traducciones o el encuentro de los originales de Mistral con un traductor. Katherine Biddle, la traductora que Farrar, Strauss and Co. ha considerado para trabajar con la obra de Mistral, se ausenta del país por más tiempo de lo pensado y el proyecto va poco a poco siendo dejado de lado. En cuanto a Random House no parece haber apuro en llegar al nombre de un traductor. Van pasando los meses hasta que llega a la oficina de la agente de Mistral Eleanor Turnbull, una mujer de setenta años que antes había traducido parte de la obra del poeta español Pedro Salinas y quien decía que Mistral le ha dado permiso informal para traducir su obra³⁰. Watkins le escribe a la

29 Katherine Garrison Chapin Biddle, fue poeta, crítica, dramaturga y mecenas de otros artistas y escritores. Fue educada en escuelas privadas de Nueva York y además estudió música y filosofía bajo el tutelaje de reconocidas figuras de la época.

30 Eleanor Turnbull era hija de una rica y distinguida familia de Baltimore muy aficionada a la lectura, tanto que el padre se convierte en editor y la madre escribe novelas y funda el Club Literario de Mujeres de Baltimore. En 1891, la familia contacta a la Universidad John Hopkins para establecer las Turnbull Lectures en honor de uno de los niños de la familia, recientemente

Nobel preguntándole qué hacer con Turnbull. Le explica que después de que la traductora le dejara como muestra de su trabajo 75 poemas de Mistral traducidos al inglés, un famoso joven poeta británico, de paso por la oficina de la agente, había dado un vistazo a los textos. Watkins cita en la carta lo que dice el poeta:

These translations are written in a dead idiom –that of thou’s, thee’s, mine’s, etc. They make no real effort to conform with the Spanish rhythm or to translate them into an English one: the deadness of the translations is that of an Annual of the 1830’s –already outmoded then . . . horrid³¹ (*Gabriela Mistral Papers*).

Watkins dice que además el joven poeta, que algo entiende de español, cree que la traductora se ha tomado libertades con el idioma. Después de esta crítica a las traducciones de Turnbull la correspondencia sobre la búsqueda de traductor dura poco más. Turnbull corrige sus versiones, pero no logra convencer a los editores de Random House. Watkins le escribe a Mistral diciendo que necesitan encontrar a un poeta o una poeta que, como cosa secundaria, sepa español. Lo importante es la escritura, dice la agente trayendo con ella ecos de esa traducción bicéfala que en algún momento Blackwell defendió. Pero aún así, ni la agente ni las editoriales encuentran nombres de traductores que proponer y la obra de Mistral se queda ahí, suspendida, sin nadie que la lleve al inglés.

Mirado desde hoy, esa escasez de nombres sorprende. ¿Qué pasa con Muna Lee, la poeta y traductora que había trabajado en el especial de *Poetry* de 1925 que nombramos hace poco? Ella sigue traduciendo en los 40, incluso, al comienzo de la década, prepara una pequeña antología que publica la Unión Panamericana. ¿O con Waldo Frank, el escritor, crítico y activista que incluso viaja a Latinoamérica en 1942 por encargo del departamento de Estado? ¿Y el resto de los traductores de esas novelas y colecciones de poesía que aparecen, aunque sea escasamente, aquí y allá en distintas ciudades de Estados Unidos? ¿O como es que todos esos años de aumento del estudio del español, tanto en escuelas secundarias como en la universidad no han resultado en una mayor presencia de traductores? Las razones pueden ser muchas. Tal vez las editoriales, con el paso de los meses, van dejando atrás el entusiasmo del Nobel y comienzan a sacar las cuentas de las malas ventas de la literatura latinoamericana en general y de la poesía en particular y deciden no darle urgencia al proyecto o dejarlo que caiga en el olvido. Tal vez aún no se ha establecido una manera fluida en que los traductores literarios, amateurs, indepen-

fallecido. En 1937, Pedro Salinas, poeta español de la generación del 27, es invitado a dictar la Turnbull Lecture, donde conoce a Eleanor quien se convierte en su traductora. Para más información ver John Hopkins University (s. f.).

31 Armitage Watkins a Gabriela Mistral. 2 de julio, 1947. TS. *Gabriela Mistral Papers*.

dientes, movedizos, se contacten con editoriales cada vez más establecidas y preocupadas por los vaivenes del mercado.

Como sea, Mistral va a morir, en 1957, sin haber visto un libro con sus poemas en inglés. Una pequeña selección de su poesía aparecerá poco después de su muerte en la traducción de Langston Hughes, hombre de los bordes también por ser negro, poeta y por marcar su sexualidad con ambigüedades. Hughes, quien había aprendido el español en sus estadas en México y Madrid, se preguntará en la introducción de sus poemas selectos mistralianos: “why so little of Gabriela was translated into English, I do not know. Much of her poetry is simple and direct in language, never high-flown or flowery, and much easier, I think, to translate than most poets writing in Spanish” (Mistral 1957: 10)³². Las palabras de Hughes desbaratan la idea de la obra complicada que podía haber quedado después de leer la carta de Knopf donde se explican los diversos motivos de Harriet de Onís para abandonar el proyecto, y vuelven a plantear la interrogante. ¿Qué pasó que ni siquiera el Nobel pudo hacerla traducible al inglés? Tal vez la respuesta esté en lo que ensayábamos al comienzo de este apartado del capítulo, en ese quiebre de épocas, de miradas, que se da en 1945. Su Premio Nobel llega en un momento de finales. El fin de la Segunda Guerra Mundial y la amenaza nazi, el final del panamericanismo y de los últimos aires que había recogido de la Política del Buen Vecino y, precisamente, de la guerra, el fin, entonces, de una forma de mirar a Latinoamérica desde Estados Unidos y vice versa. Después vendrán los comienzos. Las nuevas invasiones de Estados Unidos en Centro América, la Guerra Fría, la revolución cubana y el consecuente boom latinoamericano, ese fenómeno editorial comercial alimentado, como dice Deborah Cohn, por el deseo de contrarrestar la influencia de Cuba en Latinoamérica y de crear centros literarios alternativos atractivos para la intelectualidad latinoamericana³³. Pero esto ya es parte de otro complejo escenario de traducción que escapa a los alcances de este libro que se ha dedicado en especial a Blackwell y a Goldberg, esos traductores que intentaban ejercer su práctica dentro de los marcos del comienzo del panamericanismo. Para ellos era posible una relación de cercanía, de amistad, de igualdad, con los escritores e intelectuales del resto del hemisferio. Tal vez con el tiempo también dejaron de creer o de esperar. Algo de eso se puede leer en un trozo de la última carta de Ernesto Montenegro que está guardada en los archivos de Blackwell. La carta es del 40 y Montenegro la escribe desde Estados Unidos, a donde ha vuelto gracias a una beca de la fundación Carnegie que lo tendrá por un tiempo dando charlas en distintas ciudades del país. Montenegro cuenta en la

³² Ver Mistral (1957).

³³ Ver Cohn (2006).

carta que a pesar de los años que han pasado desde la publicación, aún no tiene en sus manos una copia del *Some Spanish-American Poets* de Blackwell y que le encantaría visitarla y llevarle un libro para que ella se lo firme:

I would love to have one with your signature as a memento of days gone by. I know the cultured Latin Americans look at you as to a true friend. You have given us your talent and your time with no other end in view than to make available to your people some of the higher values in their neighbors to the south (*Blackwell Family Papers*)³⁴.

Si hubo encuentro e intercambio de libros y firmas, no parece haber registro. Lo que sí queda es la nostalgia de esos días pasados, del esfuerzo, del tiempo, del placer y el empeño puestos en acercar a las mentes vecinas, habitantes de un continente que siempre se quiebra. La nostalgia del trabajo de un puñado de amateurs que buscaban crear un territorio común, una ciudad de mentes, vecinas, iguales, juntas en la traducción, un territorio, al fin, al que ellos también deseaban pertenecer.

34 Ernesto Montenegro a Alice Stone Blackwell. 18 de mayo, 1940. *Blackwell Family Papers*.

¿Por qué traducimos?

La primera vez que me topé con el nombre de Alice Stone Blackwell fue en un capítulo de *Main Currents of Spanish Literature*, un libro publicado en 1919 y escrito por Jeremiah D. M. Ford, intelectual del panamericanismo y chair del departamento de lenguas romances de Harvard por más de treinta años. En medio del capítulo de Ford dedicado a los “puntos altos de la literatura hispanoamericana” se encontraba una línea que hablaba de las “felicitous versions” creadas por Miss Blackwell de los poemas de José Santos Chocano. Así decía: “Miss Blackwell”. Me imaginé una mujer con el pelo recogido sobre la nuca, sentada con sus faldones largos, tomando té a la luz de una ventana junto a una mesa llena de libros y papeles, lápices y plumas. Es decir, vi a Emily Dickinson, o la imagen que tengo de Emily Dickinson, quien, por cierto, escribía sobre todo de noche, a la luz de las velas. Buscando esa imagen hice la primera búsqueda –en internet– sobre Alice Stone Blackwell, en la cual alcancé a vislumbrar lo que después confirmaría la investigación en sus archivos, sus papeles: Alice Stone Blackwell estaba lejos de ser una mujer circulando solo en su hogar, en su jardín, en el espacio de una hoja de papel o en sus propios textos (y al decir propios me refiero a los que producía directamente y a sus versiones, traducciones de textos ajenos). Alice Stone, Miss Blackwell, además de ser traductora fue una mujer políticamente comprometida, radical, sufragista, editora, interlocutora de los hombres de Harvard que buscaban a principios del siglo XX explicar la literatura latinoamericana y, a través de ella, la “mente” de la región.

Blackwell no era Dickinson. Su escritura tampoco era la de la poeta de Amherst. Yo, que entretenía la idea de traducir, me prendé más de su figura, de sus motivos, que del resultado de sus traducciones, que me parecieron en un principio demasiado marcadas por el paso del tiempo. Pero también muchos de los originales en español tenían la marca de los años y poco a poco me empecé a encariñar con los intentos de Blackwell por buscar una música propia o una que evocara al original o por rendirse de antemano con algunos poemas y entregar sus versiones en prosa para respetar y transmitir el espíritu, el contenido. Me intrigaba que declarara que existían traductores excepcionales, capaces de llevar la música de un poema de una lengua a otra, y que se contara, sin problemas, entre los que quedaban fuera de esa categoría.

Luego, comencé a estudiar también a Isaac Goldberg, a entender sus complejidades, como traductor, escritor, crítico y hombre formado en letras y literatura. Lo que más me atrajo de él desde un principio fue su intento por hacer de la práctica de la traducción una profesión y ver el fracaso de ese intento. Me fascinó encontrar en su correspondencia con agentes y escritores su deseo de

ganarse la vida haciendo una de las cosas que más disfrutaba y ver cómo en el proceso produjo traducciones mal hechas o tradujo textos que jamás hubiera elegido si hubiera sido por él. Es decir, me sorprendió ver en él, en su práctica de comienzos del siglo XX, los mismos impulsos, los mismos problemas de los traductores de hoy, pero, sobre todo, me atrapó ver cómo modulaba su intento de profesionalización de la traducción dentro del mismo contexto, con los mismos marcos, con límites similares, que Blackwell. Respuestas disímiles para condiciones tan parecidas, producidas por deseos dispares, lejanos el uno del otro.

Casi al mismo tiempo que comencé a leer sobre estos traductores encontré esa reseña de Grant H. Code sobre *Studies in Spanish American Literature*, de Goldberg, en la revista *Poetry* y me sorprendió leer esa rabia contra las versiones de Blackwell. ¿Eran tan marcadamente antiguas? ¿Tan malas? ¿Me estaba perdiendo de algo por leer la reseña y las traducciones desde mi tiempo, mis condiciones? Pronto entendí que la clave estaba ahí, en la reseña misma, en sus alabanzas a la transparencia de las versiones de Goldberg, hechas por el traductor así al pasar, meramente como ilustración del contenido de versos que había usado directamente en español a lo largo de su estudio. Code abogaba por la invisibilidad del traductor como condición de una buena traducción, pero, sobre todo, pedía la invisibilidad de Blackwell, de su género, de su ser mujer traductora, radical, de no ser formada institucionalmente en la lengua o la literatura que había *elegido* traducir. Porque también esa rabia de Code, era atravesada por la libertad de Blackwell, por su deseo y voluntad, su amor, su pasión, en otras palabras, por su ser amateur. Poco a poco estas lecturas sobre Blackwell, sobre Goldberg, sobre esta reseña, se fueron transformando en preguntas, en temas, en ideas que llevaron a otras, a una red de inquisiciones sobre la práctica traductora y su relación con el amateurismo. Así apareció la necesidad de entender el contexto histórico, político, cultural, de la escena de traducción en la que Blackwell y Goldberg desarrollaron su trabajo, para así darle un fondo a toda esta problemática. De todas estas preguntas y temas que alimentaron este libro quiero volver aquí, en el cierre, a dos en particular.

¿Qué es una buena traducción?

O, ¿qué es una mala traducción? La pregunta me lleva a una de las características más discutidas de la traducción ya sea en críticas académicas, reseñas de periódicos, pautas editoriales, conversaciones comunes: la fidelidad. Se pide que un traductor sea fiel al autor, a su voz, al texto escrito en la lengua extranjera, pero ¿qué significa ser fiel en una traducción? Para algunos, como Code, la fidelidad está en la invisibilidad, la transparencia, en el quitarse del camino para que se cree la ilu-

sión de que el lector está en frente del autor. Code encuentra esa fidelidad en las traducciones literales que hace Goldberg para su *Studies in Spanish American Studies*. Pareciera que Code no está al tanto de los peligros de la literalidad, que me hacen pensar en Hölderlin y en lo que escribe Anne Carson sobre él:

The deadly literalism of the line is typical of him. His translating method was to take hold of every item of the original diction and wrench it across into German exactly as it stood in its syntax, word order and lexical sense. The result was versions of Sophokles that made Goethe and Schiller laugh aloud when they heard them. Learned reviewers itemized more than a thousand mistakes and called the translations disfigured, unreadable, the work of a madman (Carson 2016: s/p.).

Aquí aparece la literalidad como locura, como pérdida de sentido y, por lo tanto, como infidelidad para con el texto primero. Se lee tan de cerca, se reproduce tan apegadamente el material a traducir que se pierde la lógica de lo escrito. Algo parecido pasa, sin llegar a los extremos de las traducciones de Hölderlin, cuando en 1865 Francis W. Newman, helenista de la Universidad de Londres, publica la traducción de la *Iliada* que le había llevado años y que reproducía lo más detalladamente posible las particularidades del griego antiguo, resultando en un inglés extraño, casi extranjero. Efraín Kristal cuenta que Matthew Arnold un poeta y profesor de Oxford, organizó una serie de conferencias para proclamar que la traducción del experto Newman era pésima: “Arnold reconocía que Newman era un erudito del griego clásico, pero señalaba que las buenas traducciones requerían de algo más...” (Kristal 2013: 5)¹. Según Arnold, la rendición de Newman, su apego tan erudito a la fuente, había vuelto confuso y torpe el texto claro y ágil de Homero, reflejando, en su fracaso, el desencuentro de dos lenguas. Seguramente Arnold hubiera estado de acuerdo con Walter Benjamin, quien algunas décadas más tarde escribiría que “Any translation which intends to perform a transmitting function cannot transmit anything but information –hence, something inessential. This is the hallmark of bad translations” (Benjamin 1988: 69).

Las malas traducciones aparecen, entonces, despojadas de lo esencial, lo que nos lleva a preguntarnos qué es lo esencial, qué se esconde entre las líneas de una “buena” traducción. ¿Es el alma de la que hablaba Blackwell?, ¿la mente que buscaban Goldberg y los demás intelectuales cercanos al panamericanismo? ¿Es eso esencial de la traducción lo que permite “conocer” al otro, llegar a él, más allá de los datos y la información que buscaba el panamericanismo? Esa cualidad esencial de la traducción sería transmisible entonces a través de una tra-

¹ Como dice Kristal, esta discusión entre Newman y Arnold después sería vital para muchas de las ideas que Borges trabajará sobre la traducción. Sobre esto volveremos un poco más adelante.

ducción lograda, exitosa, una que hace trizas la noción de la literalidad como equivalente a la fidelidad. La noción de fidelidad se tambalea, se relativiza. Por ejemplo, pensemos en un par de buenas, clásicas, traducciones, como la que Borges hizo para *Sur* de la última página del *Ulises* sin haber leído siquiera el resto del libro de James Joyce. Cuenta Patricia Willson que Borges mira el texto, lo lee por aquí y por allá, y luego arranca sin historia previa, con esa única página que hasta hoy se conoce como el *Ulises* de Borges. O pensemos en el *Remembrance of Things Past* de C.K. Scott Moncrieff, que no solo borró de su título las pérdidas de Proust sino que creó un texto más delicado y poético que el original, una versión que ha perdurado en el tiempo como una obra maestra en sí misma². Aunque tenga sus detractores, para muchos lectores ingleses esta traducción ha hecho que el nombre del traductor se haga inseparable del autor, resultando en algo así como ‘el Proust de Scott Moncrieff’. O revisemos el comienzo de una traducción más reciente, recibida bien por algunos y mal por otros, la *Antígona* de Anne Carson³.

[Enter Antigone and Ismene] **Antigone:** We begin in the dark and birth is the death of us
Ismene: Who said that **Antigone:** Hegel **Ismene:** Sounds more like Beckett **Antigone:** He was paraphrasing Hegel **Ismene:** I don't think so (Carson et al. 2012: s/p.).

Aquí la fidelidad entra en un terreno intangible, el territorio de lo esencial, si queremos llamarlo así. Los traductores leen e interpretan un texto, como un actor interpreta un papel, como un músico interpreta una partitura. Lo hacen de acuerdo a su formación, su experiencia, sus vivencias, es decir, según su subjetividad, como dice la definición de Esther Allen de traducción literaria. Lo que hacen los traductores, lo que producen, son textos suyos, fieles en más de un sentido al texto, pero fieles también al ser traductor, al deseo que los motiva, los mueve, a esa danza de tres, a esa rueda triangular que lleva a publicar, circular, entregar esos textos que reflejan de alguna manera los textos iniciales escritos en lenguas extranjeras. Textos a los que se enfrentan sin ese miedo socrático del que habla Göransson, sin la ansiedad de entregar el cuerpo, la escritura a esas voces que vienen de afuera. Pero estos traductores que acabamos de mencionar, ¿no son acaso parte de los traductores extraordinarios de los que hablaba Blackwell? T.S. Eliot dijo en la introducción de 1928 a los *Selected Poems* de Pound:

² Jean Findlay cita en su libro sobre Scott Moncrieff una carta de Joseph Conrad al traductor, en la que Conrad decía: “I was much more interested and fascinated by your rendering than by Proust's creation. One has revealed to me something and there is no revelation in the other . . .” (Findlay 2015: 2).

³ Ver Staff (2012).

As for *Cathay*, it must be pointed out that Pound is the inventor of Chinese poetry for our time. I suspect that every age has had, and will have, the same illusion concerning translations, an illusion which is not altogether an illusion either. When a foreign poet is *successfully done* into the idiom of our own language and our own time, we believe that he has been 'translated'; we believe that through this translation we really at last *get the original* ... (el énfasis es mío, Williams 2009: 147).

El *Ulises* de Borges, el Proust de Scott Moncrieff, la *Antígona* que vuelve con Carson, tienen entonces esa aura de traducción genial, exitosa, original. Es su valor estético el que les da el pase de originalidad, el que, de alguna manera, los convierte en textos primeros. Ahora, ¿cómo leer un texto?, ¿cómo interpretarlo y traducirlo si no se tiene la libertad, la escritura o la autoridad de estos tres traductores que mencionamos?, ¿cómo hacerlo sin perder “al otro”, su cultura, sus valores, algo de la lengua que originó la traducción? Supongo que de la misma manera, interpretando, dejando que la experiencia, la formación y la vivencia aparezcan en la lectura y en la traducción. Dejando que la interpretación y la subjetividad terminen con la idea de que el traductor es invisible, por mucho que las condiciones de la práctica –los nombres que no aparecen en las portadas, los pagos exiguos o inexistentes– dicten lo contrario. Traer ese texto que de alguna forma se desea, sin olvidar que viene de un contexto determinado y que desde allí llega al nuestro.

Ahora, claro que hay formas de traducir, distintas estrategias para interpretar un texto. Borges, en su *Prólogos*, decía que la traducción es “un sorteo experimental de omisiones y énfasis” (Kristal 2013: 7), es decir idas y venidas, elecciones, entre momentos de literalidad –que según Borges pueden producir hallazgos mágicos– y momentos donde se hace necesario evitar la oscuridad o las torpezas de un texto fuente. Tanto Blackwell como Goldberg jugaron con los silencios y los énfasis en sus traducciones. En su intento por contar Latinoamérica crearon originales que se sostenían por sí mismos, que se pueden criticar como piezas únicas. En otras palabras, podemos decir que ellos al traducir buscaban el valor estético en sus versiones, algunas veces con mejor resultado que otras y, en el caso de Goldberg, dependiendo del compromiso con el texto. No obstante, como hemos dicho a lo largo de este estudio, una traducción no funciona sin su contexto histórico, político, cultural, social, por lo tanto, su valor estético se pone siempre en relación con algo que va más allá del desentrañar las entrelíneas del poema o del cuento o novela a traducir. Este algo más, que también podemos pensar como parte esencial de la traducción es el sentido, el propósito que acompaña a la práctica cuando en ella ha intervenido la elección, la voluntad del traductor. En el caso de Blackwell y Goldberg ese deseo pasaba por incluir a otros intelectuales y artistas del margen en una comunidad hemisférica de mentes, de almas, y también por la idea de contribuir en la construc-

ción de una idea de mundo más amplia, inclusiva. Pero el propósito que puede ser aun más radicalmente político también puede ser estético, como por ejemplo se da en las traducciones de Borges o de Victoria Ocampo para *Sur*, las que según Willson tuvieron como función el renovar el panorama estético de la literatura argentina de la época. Para resumir estas ideas podríamos ensayar una respuesta y decir que una buena traducción, entonces, es aquella que produce originales, textos dueños de su propio valor estético y que además son portadores de esencia, de la entrelínea de la escritura primera y del propósito establecido por el deseo del traductor.

Trabajo intangible

Si hablo tanto de deseos y esencias es porque parto de la base de la principal propuesta de este estudio, es decir, de que todos los traductores literarios somos amateurs: trabajadores que entregan su labor por poco o nada de dinero, que se mueven con cierta libertad alrededor de las instituciones pertinentes, que se preparan, se forman, roban tiempo del tiempo libre para un trabajo que nace del deseo y de la pasión y que entrega placer, pero muy raramente sustento. Trabajadores en el margen de la cadena de producción, en el margen del campo literario también. A veces, incluso, para poder seguir traduciendo hay que suspender tal vez el deseo y aceptar algún texto que no fascine, pero que hace de puente con otros que sí lo harán. Michael Hofmann explica así su forma de relacionarse con el material que traduce:

Whatever the contracts say, I like to think *I'm not "labor for hire."* I never learned to park my opinions outside like a pair of shoes – *I kept my likes and dislikes.* There are things that interest me, and things that interest me less. To translate a book is an immense *effort of affection.* There are stories and sometimes entire writers that seem important to me, and others that really don't ... Over time you of course lose some of your freedom (el énfasis es mío, Hofmann 2017).

Cariño o afecto y esfuerzo, dos coordenadas claves de la producción de traducciones que intentan interpretar sentidos, culturas y esas cualidades esenciales de la literatura, del propósito de la traducción. A eso nos aplicamos los traductores, desde Blackwell y Goldberg, y tantas, tantos, antes que ellos, y después de ellos. Omitimos, enfatizamos, probamos voces, investigamos, a veces nos atrevemos a innovar y siempre, aunque sepamos que no va a suceder, esperamos el momento en que por alguna razón –y ojalá no por sobrecarga extrema de trabajos como lo intentó Goldberg– podamos vivir de esto, de esta práctica amateur a la que se dedica la noche, los fines de semana. Práctica, como dice

Stiegler, orientada por la pasión y el cariño y no por la posesión ni el consumo, práctica, también, en la que se pone formación, experiencia, dedicación, subjetividad, cariño, a la que se le asigna un propósito.

Así llego al otro tema o pregunta que anticipaba un poco más arriba, ¿cómo se le asigna un valor material a esta serie de preparaciones intangibles, sutiles que forman a un traductor, a la manera en que se acerca al texto? ¿Hay alguna manera en que se pueda vivir de la práctica, hacerla profesión, como intentó Goldberg, y al mismo tiempo mantener el deseo, la libertad, el sentido, como lo hizo Blackwell? La verdad es que no tengo una respuesta definitiva para dar. Tal vez habría que partir por plantear de nuevo la relación entre profesionales de las letras y traductores literarios o amateurs, entenderlos no como polos extremos de una ecuación sino como elementos de un diálogo, tal vez habría que lograr sacar a la traducción de los márgenes del campo literario, hacerla visible como una escritura más, o tal vez tendríamos que esperar la llegada de un nuevo sistema que suceda e incinere al capitalismo y su manera de generar márgenes, bordes, sombras donde circula tanta gente, tantas ideas, tanta cultura, afecto, y un largo, demasiado largo, etcétera.

Lo que nos rodea

Mi inquietud personal por la traducción, por sus condiciones y futuro, se fue expandiendo hasta llevar buena parte del foco de la investigación hacia el terreno del panamericanismo: sus comienzos, su desarrollo, su fracaso. ¿Cuál era el lugar de la traducción en estos escenarios? ¿Qué es lo que se quería llevar desde una región a la otra de acuerdo a las ideas del panamericanismo? ¿Qué era lo que querían comunicar los traductores? La razón de este desplazamiento, de esta llegada al panamericanismo, se debe a que es en torno a él que la compleja relación traductora entre Estados Unidos y Latinoamérica toma un impulso significativo y a que a través de su retórica se estableció un marco desde el que Estados Unidos leyó a América Latina y desde el que Latinoamérica pudo también reconocer la mirada estadounidense sobre la región. Como ya hemos dicho, la práctica de la traducción solo puede ser entendida si consideramos su interacción con las condiciones que la rodean. En el caso de Blackwell y Goldberg esas condiciones estuvieron moduladas en gran parte por las ideas del panamericanismo, las que planteaban lecturas reduccionistas sobre Latinoamérica, pero que de todos modos hicieron sentir su influencia tanto en la creación de políticas estadounidenses para con Latinoamérica como en la definición del intercambio cultural entre las regiones. En este sentido, la necesidad de acumular conocimiento acerca de los vecinos latinoamericanos que se hizo moneda corriente en la academia norteamericana

dedicada en estos años al estudio de la región, marcó de manera particular el acercamiento a la literatura producida en las repúblicas del sur. Esta instrumentalización de la literatura llevó también al intento de instrumentalizar las pocas traducciones que se hacían entonces. La exploración del pedido de utilidad, de servicio, por parte del panamericanismo hacia la práctica de traducción, nos ayudó a revelar una cualidad esencial de la misma: su naturaleza amateur. Es desde ella que la tensión entre la práctica de la traducción y las propuestas del panamericanismo se hacen más evidentes. Se puede leer en la práctica de Blackwell el choque entre el proyecto hegemónico y la naturaleza deseante, resistente, del amateur, que en este caso identificamos como la del traductor literario.

Blackwell y sus traducciones, las que hace por deseo, no por dinero, y con la libertad de elegir qué traducir y cuándo hacerlo —todas características del amateurismo—, no son del todo funcionales para el proyecto panamericano, ordenado, mercantil, jerárquico. Ella no informa, no transmite hechos, datos, que es lo que pide el panamericanismo desde su necesidad de acumular conocimiento sobre Latinoamérica y sus habitantes. La inclinación de la traductora por la poesía también es un problema para la necesidad de información que plantea el panamericanismo y que se sirve mejor de la novela, de los hechos e información que esta pueda proveer. Por otra parte, la formación autodidacta de Blackwell, hace que prescindiera de las instituciones donde se profesionaliza el estudio de las letras y lenguas al mismo tiempo que se asienta la idea del panamericanismo. Además, está su ser mujer, que también la tensiona en relación con un proyecto formulado y propagado por una elite de hombres blancos. Blackwell, entonces, como toda amateur, es un sujeto de los márgenes que produce bienes culturales que circulan, pero se mantienen en los bordes del sistema productivo capitalista, tal y como la misma traducción se queda en los bordes de la literatura. Aun así, la amateur, Blackwell, pone a circular bienes culturales. Su deseo la pone en movimiento, a ella y a lo que produce desde ese deseo: traducción, literatura. Podemos decir entonces, como una de las conclusiones centrales de este trabajo, que el amateur movido por su deseo, su cariño, su amor, es una molestia, un engranaje quebrado en la maquinaria del sistema capitalista o de un proyecto como el panamericanismo. Si este establecía un marco en el que se entendía a las “Américas” como un territorio común, propicio para la expansión de los mercados, es decir, para la racionalización de las relaciones económicas, Blackwell, que circulaba dentro y fuera, por los márgenes del proyecto panamericano, era una pequeña piedra en el zapato. Esto, porque la misma idea del amateur conspira contra la expansión de las relaciones de mercado y porque la traducción, como ella la practicaba, no servía como instrumento del panamericanismo.

Blackwell y Goldberg, ¿tienen éxito en su distribución de bienes culturales originados en Latinoamérica? Sí y no. Sí, en cuanto logran lectores, traen a su lengua obras, miradas, que no existían antes. No, porque la circulación de sus traducciones es escasa y porque no consiguen crear esa unidad hemisférica de almas o de mentes que estos traductores piensan con urgencia a partir de las ideas del panamericanismo y de la rígida mirada que instala sobre Latinoamérica.

El panamericanismo ha presentado a Latinoamérica como territorio a modernizar mediante la expansión del capitalismo y, consecuentemente, de la influencia política de Estados Unidos. Un territorio conquistable entonces, no siempre por la intervención directa sino también por la hegemonía del poder político y económico. Esta idea de dominación arraigada en los orígenes mismos del panamericanismo se enfrentaba a otra característica de la traducción, la de su cosmopolitismo cultural. La capacidad de los traductores de posicionarse fuera de su cultura, su patria, su lengua, la idea de esta comunidad de mentes o de almas, de intelectos afines que se reúnen en un lugar intangible, entra en conflicto con la cualidad hegemónica, nacionalista, de un proyecto como el panamericanismo. Las opciones de un traductor ante un escenario así son escasas: puede colaborar con el proyecto hegemónico que impera en su contexto, transando su deseo, puede también, desde su margen, anotar, comentar, resistir el desequilibrio de poder entre las lenguas y las culturas a las que intenta comunicar, puede fracasar en el encuentro –no encontrar editoriales para sus textos, quedarse fuera de la circulación de productos culturales–, o perderse aun más en los márgenes. Estas tensiones entre la práctica de la traducción, el amateurismo que la conforma y los requisitos del proyecto hegemónico de turno, se renuevan en cada contexto, en cada nuevo escenario de traducción. Tal vez con el estudio detallado de estas tensiones y confrontaciones en distintos escenarios históricos, políticos, materiales, logremos entender mejor nuestra práctica, las búsquedas de Blackwell, de Goldberg y de todos quienes hemos venido detrás haciéndonos las mismas preguntas, agregando aristas nuevas mientras deseamos y escribimos nuestras versiones de un texto o de una voz que queda lejos y cerca, en la otra orilla del triángulo que avanza incesante en todo proceso de traducción.

Coda

En octubre de 2019 comenzó el estallido social o revuelta popular en Chile. El alza del precio del boleto de metro en Santiago movilizó primero a los estudiantes de secundaria y luego a millones de chilenos a lo largo del país que se tomaron las calles para denunciar décadas de abuso por parte de un sistema que ordenaba la vida –la salud, la educación, las jubilaciones, las viviendas, el acceso al agua y un largo etcétera– según el dictado y herencia de la dictadura de Augusto Pinochet que se extendió entre 1973 y 1990. Desde entonces, las décadas de gobierno democrático habían cambiado poco y nada del sistema neoliberal creado y establecido en los 17 años previos y la gente se ahogaba, en deudas, en falta de oportunidades, en desigualdad. Entonces, la calle se llenó de protestas, consignas, murales y también de poesía. Mucha de ella, en traducción. Un taller de traducción, formado un año antes del estallido, decidió transformarse en colectivo de “poesía, investigación, traducción y agitación” al ver la violenta represión policial ante las movilizaciones¹. Lo que provocó este movimiento fue el deseo grupal de sacar la traducción hacia el lugar que en ese momento de crisis social se transformó en el gran espacio del deseo común: la calle.

Así fue como el Colectivo Frank Ocean comenzó a pegar afiches con traducciones por las calles del centro de Santiago, no en cualquiera sino en las calles aledañas a la Plaza Dignidad, ex Plaza Italia, centro neurálgico de la capital chilena y del estallido. Bajo el nombre de un artista estadounidense –cantante, autor, fotógrafo– famoso por letras que visibilizan problemáticas raciales, de género y de clase, los diez miembros del colectivo se ponían en movimiento tras el deseo, ese que nace de la convicción, como en Blackwell. Ese deseo los sacó afuera de la página, afuera del espacio del taller para anotar y desafiar con el cuerpo y la escritura un proyecto hegemónico, ordenador de la suerte de un país que las elites han sancionado como enteramente vendible, privatizable. Los miembros del colectivo buscaron en la poesía formas de leer el momento que vivía el país. Hallaron, tradujeron y se abocaron a compartir lo que habían encontrado. Como cuenta el colectivo en su dossier “Poemas contra la policía”:

A partir de la traducción poética, se gestó un espacio artesanal y comunitario que intentó rescatar algunas de las voces que se habían rebelado contra la represión policial, principalmente autorxs migrantes, afrodescendientes, mujeres y miembros de la comunidad LGBTQ+, que *habitaban los márgenes* de una lengua y de un territorio (el énfasis es mío, Colectivo Frank Ocean 2021: 36).

¹ Se pueden seguir las actividades del colectivo y descargar sus producciones poéticas y traductoras a través de su cuenta de Instagram.

Habitantes de los márgenes. Los autores. Los traductores. La mayoría de quienes se detuvieron por esos días previos a la pandemia a leer las traducciones que anotaban desde la calle su mirada del sistema chileno. Una mirada que se hacía común con otras, porque los autores que terminaron en las calles santiaguinas habían escrito sus poemas en otras lenguas desde sus propias experiencias de represión o marginalidad. El margen es enorme y cosmopolita.

El Colectivo Frank Ocean ha seguido en su tarea traductora, el deseo intacto, movilizado ahora por las desigualdades de siempre, agudizadas o tal vez más expuestas por la llegada del Covid-19 y la pandemia que mientras termino estas palabras todavía nos aqueja. En este contexto pandémico el colectivo ha seguido produciendo material que, como el dossier “Poemas contra la policía”, circula online. Son las herramientas de hoy, las violencias neoliberales de hoy, las que utilizan y las que los provocan. Y es el deseo amateur el que los mueve, con la capacidad de anotación y resistencia que conlleva, con la libertad en la forma y en la curatoría que permite, con la misma fuerza presente desde los inicios de la palabra amateur, o antes incluso, tan antigua como el deseo y como el margen.

Aquí, como cierre y ofrenda –al deseo, a los amateurs, a los traductores, a los que resisten, corrigen y desafían la desigualdad desde cualquier orilla– van dos traducciones del dossier, gentileza del colectivo:

Barricadas

Oswald de Andrade

Todos los pajaritos de la Plaza de Armas
volarán
todas las estudiantes
gritarán con fuerza
desde sus uniformes, azules y blancos
las ejecutivas sufrirán la caída de la bolsa
sólo los árboles desertan
cuando cae la noche

s/t

Aharon Shabtai

Piñera parece una persona
y la paz inminente se parece a la paz
y el diario que la anuncia con fanfarria
parece a un diario
y los profesores parecen profesores
y la educación, educación.
Por la ventana de la 210

veo personas caminar por la vereda
y las acompaño mentalmente
y eso sólo confirma,
que parecen personas,
los zapatos, la empanada y la boca llena
etcétera.

En la verdulería,
con dedos temblorosos
reviso las papas,
y ellas también, también ellas
parecen papas.

Bibliografía

Archivos/Fuentes primarias

- Blackwell Family Papers, 1759–1960*. Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C. Julio 2016.
- Blackwell Family Papers, 1831–1981*. Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Harvard University, Cambridge, Mass. Marzo de 2015.
- Isaac Goldberg Papers, 1919–1938*. Manuscripts and Archives Division, New York Public Library, NY. Mayo 2013.
- Gabriela Mistral Papers*. Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C. 21 de julio 2016.
- Tour Tendered by the Government of the United States to the International American Conference, October 3d to November 13th, 1889: Under the Personally-Conducted Tourist System of the Pennsylvania Railroad Company* (1890): Philadelphia: Allen, Pennsylvania Railroad Co.
- Sesiones desde el 2 de octubre al 13 de diciembre de 1889: Relación del viaje de los señores delegados a diversos lugares de los Estados Unidos. Notas tomadas de “El Avisador Hispano-Americano” de Nueva York* (1890): Nueva York: El Avisador Hispano-Americano.

Fuentes secundarias

- “Ac-Cent-Tchu-Ate the Intertextuality: *Interview!* with Translator (Megan McDowell)” (2019): *Cagibi*. <https://cagibilit.com/interview-with-translator-megan-mcdowell/>. Último acceso: 9 de noviembre 2020.
- Allen, Bruce y Kato, Daniela (2014): “Toward and Ecocritical Approach to Translation: A Framework”. *The 2014–2015 Report on the State of the Discipline of Comparative Literature*. <https://stateofthediscipline.acla.org/entry/toward-ecocritical-approachtranslation-conceptual-framework>. Último acceso, 16 de agosto 2020.
- Allen, Esther, y Bernofsky, Susan (2013): *In Translation: Translators on Their Work and What It Means*. New York: Columbia University Press.
- Allen, Esther (2013): “Footnotes sans Frontières: Translation and Textual Scholarship”. *Perspectives on Literature and Translation*. Eds. Brian Nelson and Brigid Maher. London; New York: Routledge, pp. 210–220.
- Armitstead, Claire (2018): “Lost in (mis)translation? English take on Korean novel has critics up in arms”. *The Guardian*. www.theguardian.com/books/booksblog/2018/jan/15/lost-in-mistranslation-english-take-on-korean-novel-has-critics-up-in-arms. Último acceso: 7 de septiembre 2020.
- Bassnett, Susan y Lefevere, André (1990). *Translation, History, and Culture*. London; New York: Pinter Publishers.
- Bastian, Jean Pierre (2006). “Modelos de mujer protestante: ideología religiosa y educación femenina, 1880–1910”. *Presencia y Transparencia: La Mujer en la historia de México*. Ed. Carmen Ramos-Escandón. Ciudad de México: Colegio de México, pp.163–180.

- Benjamin, Walter (1988). "The Task of the Translator: An Introduction to the Translation of Baudelaire's *Tableaux Parisiens*". *Illuminations: [Essays and Reflections]*. New York: Schocken Books.
- Berger, Mark T. (1995): *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas, 1898–1990*. Bloomington: Indiana Univ. Press.
- Blackwell, Alice Stone (1929): *Some Spanish-American Poets*. New York; London: D.Appleton.
- (1935): "Poetry from Spanish America", *Woman's Missionary Friend*, pp. 407–408.
- Cabello Hutt, Claudia (2014): "Tejiendo un sueño americano: el poder de las redes de Gabriela Mistral con Estados Unidos en los años 1920 y 1930". Eds. Carolina Alzate, y Darcie Doll. *Redes, Alianzas y Afinidades: Mujeres y Escritura en América Latina: Homenaje a Montserrat Ordóñez (1941–2001)*. Santiago: Universidad de Chile, pp. 85–104.
- Carson, Anne (2009): *Eros the Bittersweet*. Champaign: Dalkey Archive Press.
- (2012): "Transcript for Poesis with Anne Carson". *Interview with To the Best of Our Knowledge, Poems Old and New*, by Jim Fleming. NPR. <http://archive.ttbook.org/book/transcript/transcript-poesis-anne-carson>. Último acceso: Febrero 2021.
- (2016): "Variations on the Right to Remain Silent". *Float*. New York: Alfred K. Knopf.
- Carson, Anne/ Stone, Bianca/ Currie, Robert and Sophocles (2012): *Antigonick: Sophokles*. Toronto: McClelland & Stewart.
- Castro-Klarén, Sara (2003): "Framing Pan-Americanism: Simón Bolívar's Findings." *CR: The New Centennial Review*, vol. 3, no. 1, pp. 25–53. www.jstor.org/stable/41949370. Último acceso: Septiembre 2018.
- Chau, Bonnie (2020): "594 ways of reading Jane Eyre". *Poets and Writers*. https://www.pw.org/content/594_ways_of_reading_jane_eyre. Último acceso: 4 de mayo 2020.
- Cheetham, D. (2016): "Literary translation and conceptual metaphors: From movement to performance". *Translation Studies*, 9 (3), pp. 241–255. <https://doi.org/10.1080/14781700.2016.1180543>. Último acceso: 7 de julio 2020.
- Code, Grant H. (1920): "South-American Poetry." *Poetry*, vol. 16, no. 5, 1920, pp. 280–283. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/20572749. Último acceso: 16 Febrero 2016.
- Coester, Alfred (1916): *The Literary History of Spanish America*. Macmillan Co.: New York.
- (1927). "Practical Pan Americanism". *Hispania*, 10 [2], pp. 95–98. doi:10.2307/330959. Último acceso: Marzo 2016.
- Cohen, Jonathan (2015): "Remembering Salvador de la Selva –Pioneer Leader of Pan American Poetry". *Literature and Arts of the Americas*. Issue 91. Vol. 48 No.2, pp. 193–199.
- Cohn, Deborah N. (2006): "A Tale of Two Translation Programs: Politics, the Market, and Rockefeller Funding for Latin American Literature in the United States during the 1960s and 1970s". *Latin American Research Review* 41.2, pp. 139–64.
- Colectivo Frank Ocean (2021): "Poemas contra la policía". Disponible en: https://tripwirejournal.files.wordpress.com/2021/01/colectivo_tw17.pdf Último acceso: Mayo 2021.
- Cronin, Michael (2006): *Translation and Identity*. London; New York: Routledge.
- Degiovanni, Fernando (2015): "Una disciplina de guerra: Pedro Henríquez Ureña y el latinoamericanismo". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. N.82, pp. 136–160.
- (2016): "Opacidad, disciplina, latinoamericanismo". *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Eds. Sergio Ugaldé Quintana y Ottmar Ette. Madrid: Iberoamericana Vueruert, pp. 205–223.
- Delpar, Helen (2008): *Looking South: The evolution of Latin Americanist scholarship in the United States, 1850–1975*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

- Doyle, Henry Grattan (1925): "Spanish Studies in the United States". *Bulletin of the Pan American Union*, Volume 60, Issue 1, 223–234.
- Duong, Paloma (2014): "Amateur Citizens: Culture and Democracy in Contemporary Cuba". Diss. Columbia University.
- Eipper, John E. (2000): "The Canonizer De-Canonized: the Case of William H. Prescott". *Hispania*. 83.3, pp. 416–427.
- Elliott, L. E. (1917): "Some Poets of Chile." *Pan-American Magazine* 26.2, pp. 64–71.
- Espinosa, J. Manuel (1977): *Inter-American Beginnings of U.S. Cultural Diplomacy, 1936 1948*. Washington: Bureau of Educational and Cultural Affairs, U.S. Dept. of State: For sale by the Supt. of Docs., U.S. Govt. Print. Off.
- "Ezra Pound" (s.f.): *Poetry Magazine*. www.poetryfoundation.org/poets/ezra-pound. Último acceso: 23 de mayo 2021.
- Fan, Jiayang (2018): "Hank Kang and the Complexity of Translation". *The New Yorker* www.newyorker.com/magazine/2018/01/15/han-kang-and-the-complexity-of-translation. Último acceso: 7 de septiembre 2020.
- Feinsod, Harris (2017): *The Poetry of the Americas: From Good Neighbors to Countercultures*. New York: Oxford University Press.
- Findlay, Jean (2015): *Chasing Lost Time: The life of C. K. Scott Moncrieff*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Fisher, Chas. E. (1947): "A Much Travelled Engine Pennsylvania R. R. No. 1053". *The Railway and Locomotive Historical Society Bulletin*, no. 70, 1947, pp. 76–79. www.jstor.org/stable/43519931. Último acceso: Mayo 2021.
- Ford, J. D. M. (1919): *Main Currents of Spanish Literature*. New York: H. Holt and Company.
- Fox, Claire F. (2013): *Making Art Pan American: Cultural Policy and the Cold War*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Friedman, Max P. (2012): *Rethinking Anti-Americanism: The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Garber, Marjorie (2009). *Academic Instincts*. Princeton University Press, 2009. *ProQuest Ebook Central*, <https://ebookcentral-proquest-com.pva.uib.no/lib/bergen-ebooks/detail.action?docID=617327>. Último acceso: Febrero 2021.
- García, Frederick C. H. (1972): "Critic Turned Author: Isaac Goldberg." *Luso-Brazilian Review*, vol. 9, no. 1, 1972, pp. 21–27. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/3512836. Último acceso: Octubre 2018.
- Gentzler, Edwin (2007): *Translation and Identity in the Americas: New Directions in Translation Theory*. New York: Routledge.
- Gobat, Michel (2013): "The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti Imperialism, Democracy, and Race". *The American Historical Review* 118.5, pp. 1345–75.
- Goldberg, Isaac y Ford, J. D. M. (1920). *Studies in Spanish-American Literature*. New York: Brentano's.
- (1929): "A Boston Boyhood". *The American Mercury*, pp. 354–361.
- (1924): "As Latin America sees us". *The American Mercury*, pp. 465–471.
- (1933): "Notes from a Multilingual Career". *Books Abroad*. Vol. 7, No 3. pp. 271–273.
- Goyal, Sana (2019): "In other words: four translators reflect on women on translation". *Wasafiri Magazine*. <https://www.wasafiri.org/article/four-translators-reflect-onwomen-in-translation/>. Último acceso: 6 de agosto, 2020.
- Görransson, Johannes (2018): *Transgressive Circulation: Essays on Translation*. Blacksburg, Virginia: Noemi Press.

- Hofmann, Michael (2017): "An interview with Michael Hofmann." *Asymptote Journal*. www.asymptotejournal.com/interview/an-interview-with-michael-hofmann/. Último acceso: Julio 2017.
- Horsman, Reginald (1981): *Race and manifest destiny: The origins of American racial Anglo Saxonism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hughes, Robert (2014): "Bernard Stiegler Philosophical Amateur, or, Individuation from Eros to Philia". *Diacritics*, vol. 42, no. 1, 2014, pp. 46–67. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/43304270. Último acceso: Julio 2020.
- Iber, Patrick (2015): *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press.
- John Hopkins University (s. f.): "The Writing Seminars". <https://writingseminars.jhu.edu/events/turnbull-lectures/>. Último acceso 23 de mayo 2021.
- Kagan, Richard L. (1996): "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain." *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, pp. 423–446. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/2170397. Último acceso: Julio 2017.
- Klingenstein, Susanne (1998): *Jews in the American Academy, 1900–1940: The Dynamics of Intellectual Assimilation*. Syracuse, NY: Syracuse University Press.
- Kristal, Efraín (2013): "Borges y la traducción". *Lexis*. v.23. n 1. p.3–23.
- Lau Jaiven, Ana y Rodríguez, Roxana (2014): "Panamericanismo femenino y protestantismo en México a través de la vida de la profesora Adelia Palacios Mendoza". *Revista Historia Autónoma*, n.º 4, pp. 145–56. <https://revistas.uam.es/historiaautonoma/article/view/479>. Último acceso: Mayo 2021.
- Lee, Muna (1924): "Contemporary Spanish-American Poetry." *The North American Review*, vol. 219, no. 822, pp. 687–698., www.jstor.org/stable/25113307.
- (2004). Ed. Jonathan Cohen. *A Pan-American Life: Selected Poetry and Prose of Muna Lee*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Lefevere, André (1990): *Translation, History, Culture*. London: Routledge.
- (1992): *Translation, History, Culture: A Sourcebook*. London: Routledge.
- Lispector, Clarice (1977): "Última entrevista". *TV Cultura*, por Julio Lerner.
- Livingston, Victoria (2015): "Translating Latin America: Harriet de Onís and the U.S. publishing market". Diss. Boston University.
- McNamara, Nathan Scott (2017): "The Making of a Tireless Literary Translator (Why Megan MacDowell Never Stops Working)". *Literary Hub*. <https://lithub.com/the-making-of-a-tireless-literary-translator/>. Último acceso: Abril 2021.
- Majumdar, Saikat (2017): "The Critic as Amateur". *New Literary History*, vol. 48 no. 1, pp. 1–25. *Project MUSE*, doi:10.1353/nlh.2017.0000. Último acceso: Abril 2021.
- Mandujano, Graciela (1916). "Los idiomas extranjeros [sic] en la enseñanza secundaria de Chile". *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress. Section IV: Education*. Washington: Govt. Print, pp. 574–576.
- Martí, José (1991): "Congreso Internacional de Washington". *Obras Completas*. Volumen 6. La Habana: Editorial Ciencias Sociales de la Habana.
- Mistral, Gabriela (2002): "Una amiga de los poetas suramericanos: Alice Blackwell Stone". Ed. Otto Morales Benítez. *Gabriela Mistral: Su prosa y poesía en Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- (1957): *Selected Poems of Gabriela Mistral (translated by Langston Hughes)*. Indiana University Press.

- Molloy, Sylvia (2005): "Latin America in the US Imaginary: Postcolonialism, Translation, and the Magic Realism Imperative". *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña. Nashville: Vanderbilt UP, pp. 189–200.
- (1998): "Lost in translation: Borges, the Western Tradition and Fictions of Latin America". Ed. Evelyn Fishburn. *Borges and Europe Revisited*. London: Institute of Latin American Studies.
- (1988): "Sarmiento, lector de sí mismo en *Recuerdos de provincia*". *Revista Iberoamericana*. Vol. LIV, N. 143. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1988.4465> Último acceso: Abril 2021.
- (2017): "Translation as a Deviant Practice". Charla en la Universidad de Richmond, Virginia. 4 de febrero de 2017.
- Monroe, Harriet (1925): "Pan-American Concord." *Poetry*, vol. 26, no. 3, pp. 155–158. www.jstor.org/stable/20575103. Último acceso: Mayo 2021.
- Muna Lee (ed.) (1925): *Spanish-American Number*. *Poetry*, vol. 26, no. 3 JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/20575066>. Último acceso: Mayo 2021.
- Munday, Jeremy (2008): *Style and Ideology in Translation: Latin American Writing in English*. New York: Routledge.
- Myers, Jacob W. (1922): "The Beginning of the German Immigration in the Middle West". *Journal of the Illinois State Historical Society (1908–1984)*. 15, pp. 592–599.
- Nester, William (2013): "The Monroe Doctrine." *The Age of Jackson and the Art of American Power, 1815–1848*, University of Nebraska Press, pp. 83–87. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/j.ctt1ddr80h.10. Último acceso: Marzo 2017.
- O' Rourke, Meghan (2010): "The Unfolding" *The New Yorker*. <https://www.newyorker.com/magazine/2010/07/12/the-unfolding> Último acceso, 4 de noviembre, 2020.
- Oxford English Dictionary* (2002): Oxford, England: Oxford University Press.
- Pane, Remigio U. (1943): "Two Hundred Latin American Books in English Translation: A Bibliography". *The Modern Language Journal*, vol. 27, no. 8, pp. 593–604. www.jstor.org/stable/316423. Último acceso: Febrero 2017.
- Pound, Ezra (2009): "A Retrospect" and "A few Dont's". *Poetry Magazine*. <https://www.poetryfoundation.org/articles/69409/a-retrospect-and-a-few-donts> Último acceso, 10 de abril, 2021.
- Pita González, Alexandra y Grillo, María del Carmen (2012): "Historia e imperialismo: Yanquilandia bárbara de Alberto Ghirardo (1929)". *Pensar El Antiimperialismo: Ensayos De Historia Intelectual Latinoamericana, 1900–1930*. México, D.F: El Colegio de México.
- Prismatic Jane Eyre, An Experiment in the Studies of Translations*. Oxford Comparative Criticism and Translation. <https://prismaticjaneeyre.org/> Último acceso: Abril 2021.
- Rabassa, G. (2005). *If This Be Treason: Translation and its Dyscontents: a Memoir*. New York, NY: New Directions Book.
- Reid, John T. (1977): *Spanish American Images of the United States: 1790–1960*. Gainesville: The University Presses of Florida.
- (1942): "Alfred Coester." *Hispania*, vol. 25, no. 3, pp. 263–271. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/334214. Último acceso: Diciembre 2016.
- Rippy, J. Fred (1922): "Literary Yankeeophobia in Hispanic America". *The Journal of International Relations*, vol. 12, no. 3, pp. 350–371. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/29738498. Último acceso: Diciembre 2016.
- Salvatore, Ricardo (2016): *Disciplinary Conquest: U.S. Scholars in South America, 1900 1945*. Durham: Duke University Press.

- (2005): “Library Accumulation and the Emergence of Latin American Studies”. *Comparative American Studies* 3, No 4, pp. 415–436.
- Sarmiento, Domingo F. (1850): *Recuerdos De Provincia*. Santiago: Imprenta de Julio Belin i Compañía.
- Sarmiento, Domingo F. y Ross, Kathleen (2004): *Facundo: Civilization and Barbarism*. Berkeley, Calif: University of California Press.
- Sheinin, David (2000): *Beyond the Ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Simon, Sherry (1996): *Gender in Translation. Cultural Identity and the Politics of Transmission*. London: Routledge.
- (2013): *Cities in Translation: Intersections of Language and Memory*. New York: Taylor and Francis.
- Siskind, Mariano (2014): *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press.
- Smith, Joseph (2000): “The First Conference of American States (1889–1890) and the Early Pan American Policy of the United States”. Ed. David Sheinin *Beyond the Ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Smith, Deborah (2017): “Why Readers Are Embracing Translation?”. *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/642f68f0-2a7d-11e7-bc4b-5528796fe35c>. Último acceso: Septiembre 2017.
- Staff, Harriet (2012): “Two Reviews of Anne Carson XE “Carson, Anne” 's *Antigonick*, Pro and Con”. *Poetry Magazine*. www.poetryfoundation.org/harriet-books/2012/08/two-reviews-of-annecarsons-antigonick-pro-and-con. Último acceso: Abril 2021.
- Stebbins, Robert A. (1977): “The Amateur: Two Sociological Definitions”. *The Pacific Sociological Review*, vol. 20, no. 4, pp. 582–606. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/1388717. Último acceso: Abril 2021.
- Stiegler, Bernard (s. f.): “Amateur”. *Ars Industrialis (Association internationale pour une politique industrielle des technologies de l'esprit)*. Translated by Robert Hughes. <http://arsindustrialis.org/amateur-english-version>. Último acceso: Mayo 2021.
- (2017): “The Quarell of the Amateurs”. *Boundary 2*, 44 (1), pp. 35–52. <https://doi.org/10.1215/01903659-3725857>. Último acceso: Abril 2021.
- Subercaseaux, Bernardo (2010): Literatura y prensa de la independencia, independencia de la literatura. *Revista Chilena de Literatura*. (77). <https://revistas.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/9034/45226> Último acceso: Mayo 2021.
- Swiggett, Glen L. y Claxton, Philander P. (1917): *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress: Washington, Monday, December 27, 1915 to Saturday, January 8, 1916*. Washington: Government Printing Office.
- “The Mission of Poetry in Pan American Relations” (1918): Ed. Albert Shaw. *The American Review of Reviews, an International Magazine*, LVII, pp. 319–320.
- Torruella, Juan R. (2007). *Global intrigues: The era of the Spanish-American War and the rise of the United States to world power*. San Juan, P.R: La Editorial, Universidad de Puerto Rico.
- Tymoczko, María y Gentzler, Edwin (2002): *Translation and Power*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Tymoczko, María (2010): *Translation, Resistance, Activism*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Valencia, Alba (1993): “El legado de tres maestros, Lenz, Oroz y Rosales”. Archivo de Referencias Críticas. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile <http://www.biblio>

- tecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-203668.html. Último acceso: Septiembre 2017.
- Venuti, Lawrence (2008): *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. London; New York: Routledge.
- (2019): *Contra Instrumentalism, A Translation Polemic*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Walsh, Rodolfo y Piglia, Ricardo (2013): “Nota al pie”. *Cuentos completos*. Buenos Aires: De la Flor.
- Williams R. John (2009): “Modernist Scandals: Ezra Pound Translations of “the” Chinese Poem”. Ed. Sabine Sielke. *Orient and Orientalisms in Us-American Poetry and Poetics*. New York: Peter Lang.
- Willson, Patricia (2004): *La constelación del sur: traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- (2001): “La fundación vanguardista de la traducción”. *Borges Studies Online*. <https://www.borges.pitt.edu/bsol/pw.php> Último acceso: Agosto 2017.
- Wittke, Carl F. (1949): “Immigration Policy Prior to World War I”. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 262, pp. 5–14. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/1026968. Último acceso: Mayo 2021.
- Zerker, Sally F. (1982): *The Rise and Fall of the Toronto Typographical Union*, University of Toronto Press. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/10.3138/j.ctt15jvw33.11. Último acceso: Mayo 2021.

Índice

- Allen, Bruce 38
Allen, Esther 56–57, 104, 124
amateur 3, 46–48, 51, 53
– y deseo 46, 49–50, 53, 65, 128
– y resistencia 48–49, 128
– y traducción 3, 12, 49, 53–54, 128
Antístenes 97
Arnold, Matthew 123
- Benjamin, Walter 123
Bernofsky, Susan 57
Biddle, Katherine
– Gabriela Mistral 116
Blackwell, Alice Stone 4, 12, 44, 51–52,
54–55, 57, 66, 68, 82, 95, 107, 110, 112,
118, 121
– colaboración con Goldberg 82, 95–98
– y cosmopolitismo 7, 96–97
– y el panamericanismo 6, 57, 64, 67,
69–70, 88, 105, 107, 128
– y Gabriela Mistral 58–60, 113
– y traducción 55–58, 60–63, 65–66, 70, 83,
98, 100–103, 105–106, 108–109,
111–112, 122, 125, 128–129
– y traducción y género 100, 103
Blaine, James G. 15–18, 22, 30, 32
Blanco Fombona, Rufino 80–81, 83, 86–87
Bolívar, Simón 16
Booth, Marilyn 2
Borges, Jorge Luis 17, 21, 53, 123–126
- Carson, Anne 1, 45–47, 49–50, 123–125
Castro, Américo 91
Castro-Klarén, Sara 16
Chamberlain, Lori 103
Code, Grant H. 98–103, 107, 122
Coester, Alfred 43, 69, 74, 76, 82
Colectivo Frank Ocean 131, 132
Cohn, Deborah 118
Croft, Jennifer 2
Cronin, Michael 96
Curtis, William 17–18, 20
- de Andrade, Oswald 132
de la Selva, Salomón 67–68
de Onís, Federico 113–114
de Onís, Harriet 114, 116
– y Gabriela Mistral 114
Degiovanni, Fernando 27, 72–74, 91
Delgado, Juan B. 61
Delpar, Helen 76
Diógenes 7, 96–97
doctrina Monroe 10
Donoso, José 114
Doyle, Henry Grattan 39, 41
Dunhill, John Garret 80
Duong, Paloma 46–48
- Eliot, T.S. 124
Elliott, Lillian Elwyn 64, 66
- Feinsod, Harris 38
Fenollosa, Ernest *See* Pound, Ezra
Ford, Jeremiah D. M. 69, 73–74, 77, 81,
85–86, 121
Frank, Waldo 117
- Garber, Marjorie 47, 99
García, Frederick C. H. 84
Gentzler, Edwin 57, 87
Goldberg, Isaac 4, 13, 71, 73, 77, 83–84,
92, 121
– colaboración con Blackwell 82, 95,
97–98
– literatura brasileña 11
– y cosmopolitismo 7, 88, 96–97
– y el panamericanismo 78, 85–86, 88–89,
92, 107–108
– y la relación lectora entre Estados Unidos y
América Latina 90–91
– y las representaciones de Estados Unidos y
América Latina 90–91
– y traducción 79–83, 86–88, 91, 98,
100–102, 107, 122, 125, 129
Göransson, Johannes 58, 103, 124

- Henríquez Ureña, Pedro 27, 67, 72, 74, 88
 Hofmann, Michael 93, 126
 Hölderlin, Friedrich 123
 Hughes, Langston
 – Gabriela Mistral 118
- Kang, Hang 1
 Kato, Daniela 38
 Klingenstein, Sussane 77
 Knopf (editorial) 75, 113–115
 Knopf, Blanche 113–114, 116
 Kristal, Efraín 123
- Lee, Muna 117
 Lispector, Clarice 45
 Livingstone, Victoria 114
 Lowell, Amy 68
- Majumdar, Saikat 51, 53, 69, 84, 99
 Mandujano, Graciela 40–42
 Mann, Mary
 – Facundo 10
 Martí, José 19, 22
 McDowell, Megan 2–3
 Mistral, Gabriela 13, 43, 58–60, 63–65, 95,
 112–118
 – Ann Watkins Inc. (agencia) 116–117
 – Farrar, Strauss and Co. 116
 – Random House 116–117
 – y Harriet de Onís 115
 Molloy, Sylvia 17, 20–21, 23, 28, 51, 53,
 63, 104
 Monroe, Harriet 111
 Montenegro, Ernesto 63–64, 90, 110, 118
 Moreau de Justo, Alicia 109–110
 Munday, Jeremy 114–115
- Newman, Francis W.
 – *La Ilíada* 123
- Palacios, Juana 61, 63
Pan American Poetry (revista) 67, 72
Pan-American Magazine 67
 Panamericanismo 37, 68, 88, 127, 129
 – definición 5
 – Leo S. Rowe 111
 – y profesionales de las letras 70, 75–76,
 85–87
 – y traducción 13, 17, 44, 68, 75, 78, 101,
 127–128
Poetry (revista) 107, 110
 Pound, Ezra 61, 99–100, 124
 Prescott, William 39
Prismatic Jane Eyre 6, 8
 Protopapa, Lina 2
 Putnam, Samuel 116
- Reid, John T. 9, 76
 Reynolds, Matthew *See* Prismatic Jane Eyre
 Rippy, J. Fred 85
 Rodó, José Enrique 89
 Roosevelt, Theodore 76
 Rowe, Leo S. 111
- Sabine, George H. 96
 Salvatore, Ricardo 5, 11, 38, 42, 74
 Sarmiento, Domingo Faustino 10, 51
 Scott Moncrieff, C.K. 124
 Seidman, Naoimi 4
 Shabtai, Aharon 132
 Sheinin, David 5
 Simon, Sherry 4, 52, 54, 101
 Siskind, Mariano 8, 54, 72
 Smith, Deborah 1
 Smith, Joseph 15
 Sócrates 103
Some Spanish-American Poets 56, 60–62,
 65–66, 103–104, 108
 Stebbins, Robert 3, 12, 48–49, 53, 58
 Stiegler, Bernard 3, 12, 46, 49–50, 127
Studies in Spanish American Literature
 – Colaboración entre Blackwell y
 Goldberg 98
Studies in Spanish-American Literature 81,
 85–88, 102, 107
- Townshend, Richard 18
 traducción
 – definición 8
 – y amateurismo 3, 12, 45, 49, 53–54

– y cosmopolitismo 8, 129
– y deseo 7, 53, 65
– y márgenes 6, 9, 53
– y panamericanismo 6, 13
– y resistencia 9, 12, 129
Turnbull, Eleanor
– Gabriela Mistral 116–117
Tymoczko, Maria 58

Venuti, Lawrence 8, 13, 17, 50, 62,
101–102, 108
Walsh, Rodolfo 7
Waxman, Samuel M. 111
Welles, Sumner 75
Williams, R. John 100
Willson, Patricia 53, 104, 124, 126

